

UNIVERSIDAD MONTEÁVILA

**FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN Y
COMUNICACIÓN**

PROYECTO FINAL DE CARRERA

TUTORA: MARÍA TERESA CASTILLO

ESTUDIANTE: RAQUEL ABEND VAN DALEN

INFORME DEL PFC

**CRÓNICA: MEMORIAS DE UN NIÑO
SOBREVIVIENTE DE LA SEGUNDA GUERRA
MUNDIAL 1938-1948**

CARACAS, 18 DE MARZO DE 2011

APROBACIÓN DEL TUTOR

En mi carácter de tutora del Proyecto Final de Carrera, presentado por la ciudadana Raquel Abend van Dalen, para optar por el título de licenciada de Comunicación Social, considero que dicho trabajo reúne los requisitos y méritos suficientes para ser sometido a la presentación pública y a la evaluación por parte del jurado examinador que se designe.

En la ciudad de Caracas, a los 18 días del mes de marzo del 2011

María Teresa Castillo

ÍNDICE

Justificación.....	4
Planteamiento del problema.....	5
Sustento teórico.....	6
Marco metodológico.....	11
Planteamiento y cumplimiento de objetivos.....	15
Análisis e interpretación de resultados.....	17
Conclusiones.....	18
Bibliografía.....	19

JUSTIFICACIÓN

La escritura se ha convertido en el principal medio de comunicación para expresarme, para mantener una estrecha relación con la realidad y para comunicarme con la sociedad. Tanto a nivel literario como a nivel periodístico, siento que es una herramienta que se relaciona con mi personalidad, con mis actitudes y aptitudes, y con las metas que quiero lograr en la vida.

La crónica es un género periodístico que se presta para la narración de acontecimientos noticiosos y para la recreación de hechos históricos de interés universal. Debido a que la temática de este trabajo es la narración de una travesía basada en hechos reales, que además es intervenida por comentarios subjetivos relatados por el protagonista de la historia, la crónica se adecúa perfectamente para la escritura de la misma.

Desde pequeña mi papá me ha contado anécdotas de cuando huyó de su país junto a su familia, siendo un niño de tres años de edad, gracias a la terrible realidad que se vivía en la Europa de mediados del siglo XX, consecuencia de los acontecimientos inhumanos provocados por la Segunda Guerra Mundial y por el exterminio de la *raza judía* liderado por Adolf Hitler. Puesto que este año tengo la oportunidad de hacer un proyecto final de carrera considero que, siendo hija de un sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial, tengo el deber y el privilegio de documentar el testimonio de mi papá, Harry Abend, un hombre que ha hecho grandes aportes en el área de las artes en Venezuela y que es considerado uno de los Maestros contemporáneos venezolanos más importantes del país.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Mediante la escritura de una crónica basada en el testimonio de un sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial, me propongo **recordarles** a la sociedad y a las nuevas generaciones los terribles hechos acontecidos durante este enfrentamiento bélico; **alertar** sobre las consecuencias que trae el olvido, el desconocimiento y la negación, y **prevenir** la posible repetición de estos sucesos.

SUSTENTO TEÓRICO

Géneros periodísticos: “Los géneros periodísticos no disponen de cajones finos donde resulte fácil encontrarlo todo. Se trata de cajas mucho más grandes, alrededor de las cuales — y no dentro — podemos encontrarnos a veces parte de la mercancía. Por eso el reto de definir los géneros periodísticos acarrea una tarea en realidad inabarcable”.¹ Sin embargo, pueden ser definidos aproximadamente como aquellas formas de escritura que se emplean para informar y relatar a la sociedad sobre acontecimientos noticiosos del pasado y del presente, a través de la publicación editorial o periódica.

Se originan en la tradición de los géneros literarios, pero su evolución y desarrollo no depende enteramente de la literatura sino de los medios de comunicación de masas, tales como el periódico y la revista, en donde se observa que se puede utilizar el lenguaje, la presencia del narrador y el grado de subjetividad de diversas formas. Daniel Defoe² trazó una línea para separar la sección editorial de la informativa en el año 1704, citando a C. P. Scott³: “los hechos son sagrados, la opinión es libre”; desde entonces, los géneros del periodismo cobraron perfil y rasgos particulares diferenciándose en dos grupos: los informativos y los de opinión.

Cada uno de ellos tiene distintas formas de utilizar un sistema de reglas para recoger la realidad y exponérsela a los lectores. “La mera existencia de distintos géneros periodísticos forma parte de ese segundo lenguaje — no verbal — que envuelve a las palabras y que transmite a los lectores datos relevantes acerca del enfoque de lo que están leyendo. Los géneros nos sirven para entendernos en las redacciones y para analizar los periódicos en las facultades. Pero también resultan

¹ Grijelmo, Álex. El estilo del periodista. Pág. 27

² Escritor y periodista británico, reconocido por su novela Robinson Crusoe.

³ Periodista, publicista y político británico.

útiles para el lector. Con una sola condición: que el periódico se moleste en diferenciar tipográficamente un género de otro”.⁴ De esta forma se le advierte al lector con qué grado de profundidad y confianza debe creer lo que lee.

La elección del género a la hora de escribir un artículo depende del tipo de información que se tiene, de cómo será la presencia personal del redactor en la escritura y del público al cual se está dirigiendo. La **crónica** incluye elementos de la noticia, del reportaje y del análisis. Ésta toma en cuenta el hecho noticioso de la noticia y del reportaje, porque servirá de *gancho* para atraer al lector. No importa si se escoge un tema repetido, es necesario narrarlo desde un punto de vista novedoso, pues de ahí surge su naturaleza informativa. Sin embargo, se diferencia de éstos ya que la crónica incluye una visión subjetiva del autor que enmarca su interpretación con respecto a la temática que está abordando. Así, “la crónica es un relato descriptivo que con estilo propio y manejo original del lenguaje cuenta un hecho que ya ha sido objeto de tratamiento noticioso, lo humaniza, lo hace más vivencial e involucra al lector como protagonista”.⁵

Aunque la crónica puede desarrollar un tema secundario, logra profundizar y detallar lo que otros géneros periodísticos no. Igualmente ahonda en los terrenos de la opinión y del testimonio más que en el género del reportaje, siendo además narrativo y analítico. La crónica exige un método literario atractivo con cierto suspenso para que el lector no abandone la lectura. Generalmente se narra de forma cronológica, ya que ésta nace como la relación entre hechos y acontecimientos en el orden en el cual sucedieron y se desarrollan en el tiempo. “El término crónica viene del latín *chronica*, y éste del griego *khronos*, tiempo, <historia que sigue el orden de los tiempos>”⁶.

La crónica engloba una serie de características que la convierten en uno de los géneros más difíciles de emprender; entre ellas están: ambientación, fuerza

⁴ Ibídem. Pág. 28

⁵ El Tiempo. Manual de redacción. Pág. 44.

⁶ Herrera, Earle. La magia de la crónica. Pág.52.

expresiva, atmósfera literaria que puede ser poética y evocativa de algún estado de ánimo, estilo y talento del autor. “En las buenas crónicas se destaca el lenguaje metafórico, el uso de recursos estilísticos y literarios que enriquecen este género, invitan a su lectura, abren un espacio estético y, de ninguna manera, trata de imponérselo al lector”.⁷ Este género permite el uso de la imaginación y del lenguaje no sólo para informar, sino para transmitir emociones, imágenes y opiniones acerca de un tema determinado. La crónica también puede invitar al lector a un goce estético mediante el buen uso del lenguaje y de las metáforas, sin dejar a un lado su función periodística.

Cuando se habla de la **crónica literaria** no se pretende hacer referencia a una narración basada en acontecimientos ficticios, o a la creación de poesía en forma de prosa. La crónica literaria rescata la poesía que está en la cotidianidad, que se encuentra en los rincones de la realidad y que enmarca los acontecimientos más singulares de la historia universal. Ésta permite hacer un uso meticuloso de los recursos literarios para transmitir una anécdota, un cuento o incluso un hecho histórico. “En un artículo titulado Periodismo y Poesía, Beatriz Briceño-Picón escribía: <La comunicación poética tiene una finalidad distinta a la que nos exige nuestra misión profesional, pero puede aportar mucho a nuestro espíritu, siempre urgido de servir de puente, de implementar instrumentos, para acercar los hombres y los acontecimientos, para hacer próximas las cosas e interpretar la misma cotidianidad>”.⁸

La crónica literaria no deja a un lado las características de los géneros periodísticos: actualidad, interés público, novedad y significación social. Sin embargo, las afronta distintamente que la crónica periodística. El autor se propone crear un ambiente que envuelva al lector en la historia, y se toma licencias parecidas a la de los escritores de literatura, cuando deja a un lado la necesidad por la exactitud de los datos y se afina en la forma en que éstos serán

⁷ Ibídem. Pág. 53

⁸ Ibídem. Pág.74

transmitidos. Por lo tanto, la crónica literaria no tiene una función netamente informativa, sino que intenta lograr cierto encantamiento con el uso del lenguaje y le permite al escritor tener una mayor libertad creativa a la hora de narrar los acontecimientos. De esta forma, se preocupa por darles mayor importancia a los personajes de la historia, para que el lector los conozca y sienta afinidad por ellos. Así, “la escritura ha estado presente como un acto de trascendencia, y la crónica, como una de las formas para recoger, contar y expresar el diario acontecer en la vida de los hombres y los pueblos”.⁹

Los temas escogidos para escribir una crónica no son limitados, por el contrario, este género se presta para la narración de cualquier tipo de suceso. De forma que, sin importar cuál es la temática, se debe buscar la manera de comunicarla de manera atractiva. Para algunos autores, la crónica se encuentra en la línea divisora entre el periodismo y la literatura. Por lo tanto, la crónica literaria, siendo un género que surge del periodismo, se acerca a la literatura porque puede llegar a tener una dimensión igual de fantástica y mágica que un cuento o una novela. Además, satisface la necesidad que tiene el ser humano por expresar y por dejar un testimonio perdurable de su estancia en el mundo. “En cualquier caso, desde la perspectiva que se enfoque, el fin es arrojar luz sobre la parte oculta, lo que no se ve, lo desapercibido para la mayoría, el claroscuro de la vida, el detalle revelador, la relación entre realidades aparentemente distantes o contradictorias, la sorpresa y el asombro, <el perfil del instante> que escapó a muchos y quedó expresado en la crónica”.¹⁰

Una de las principales fuentes para la escritura de una crónica es la **entrevista**. Ésta se utiliza para recabar información de forma verbal, a través de un sistema de preguntas planteadas por el periodista y de respuestas dichas por el entrevistado. Esta técnica es la más utilizada para recolectar, de forma directa, datos sobre un personaje específico. Funciona como canal de comunicación cara a cara, entre el

⁹ Ibídem. Pág. 109.

¹⁰ Ibídem. Pág. 112

periodista y el entrevistado, de tal manera que facilita la afinidad entre ambos para una recolección de testimonio más profundo y satisfactorio. La **entrevista-perfil** no sólo toma en cuenta la información recaudada, sino la interpretación que el periodista pueda tener sobre el tema en cuestión. “En este caso, ya no se emplea el esquema pregunta-respuesta, sino que las declaraciones del entrevistado se reproducen entre comillas y se alternan descripciones sobre el personaje o la explicación de su trascendencia. Su lenguaje y su técnica se puede asimilar a las descritas para las crónicas”.¹¹ Para la construcción de una crónica también es necesaria la recolección de material mediante la **investigación documental**. El autor debe plantearse qué datos desea relacionar con la historia que acompañará. Un periodista de calidad no puede prescindir de los datos y similitudes correspondientes al tema que se está abordando. Es importante la revisión y el análisis de la información que pueda ser encontrada mediante la búsqueda de material impreso, audiovisual y de internet, como respaldo informativo para la narración de una historia; así existe un fundamento veraz sobre lo que se está diciendo.

¹¹ Grijelmo, Álex. El estilo del periodista. Pág. 117.

MARCO METODOLÓGICO

- **Investigación documental y audiovisual:**

“Un documento es información que está escrita. El *Webster’s New World Dictionary* define la palabra como: <cualquier cosa escrita, impresa, etc., en la que se confía para registrar o probar algo>”.¹² A diferencia de las entrevistas, la información impresa tiene la certeza implícita de que no cambiará de opinión. Por lo tanto, es la forma más segura para respaldar la investigación que se está incorporando en la redacción de la crónica.

El primer paso para escribir una crónica es investigar e indagar en fuentes documentales, para la revisión y el análisis de la información que se utilizará posteriormente a la hora de la escritura. Igualmente es necesario que el autor se informe y estudie todo lo referente a la temática que va a abordar, para poder manejar el tema con propiedad y seguridad. En la búsqueda de material documental se toman en cuenta libros, artículos de periódico, artículos de revistas, enciclopedias, novelas y textos académicos. También es necesaria la revisión de material en internet, siendo éste un mundo casi infinito en donde se puede encontrar información y hacer una verificación de datos rápidamente.

Viviendo en una sociedad en donde la imagen muchas veces prevalece sobre lo impreso, es importante complementar la información documental con material audiovisual relacionado con el tema a investigar. Así se puede enriquecer la exploración desde diferentes puntos de vista, adicionando los ingredientes que tiene una película o un documental y que no se encuentran en los medios impresos: filmación, música, testimonios orales, etc. Además, en caso de que el autor esté escribiendo sobre un hecho histórico antiguo a su época, el material audiovisual lo ayuda a adentrarse en los acontecimientos de una forma más directa y veloz.

¹² Gaines, William. Periodismo investigativo para prensa y televisión. Pág. 14

- **Entrevistas:**

Las entrevistas se encuentran extendidas a lo largo de una investigación, de forma que es un proceso paralelo y consecuente. Éstas permiten que el autor conozca los hechos y la visión del entrevistado con respecto al tema en cuestión; por ello la importancia de hacer las preguntas adecuadas. En el momento de la entrevista es importante el uso de una grabadora — con previo permiso del entrevistado — y de una libreta para anotar las palabras clave o citas específicas que el periodista querrá recordar posteriormente a la hora de transcribirlas. Después de la ronda de entrevistas, se tiene una mayor ventaja al saber más acerca de la información que se desea recaudar.

Las entrevistas no se le hacen únicamente a la persona que ha de ser el blanco de la investigación, sino también a personas relacionadas con el tema o a especialistas que ayuden a tener una visión más profunda en la investigación. Para la elaboración de esta crónica, se llevaron a cabo una serie de entrevistas a Harry Abend como protagonista de la historia. Igualmente se entrevistó a su prima Regina Gross como sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial, al profesor Antonio Rodríguez Yturbe como especialista en materia de la historia político-económica del siglo XX y al judío-polaco Pynchas Brener como rabino principal y máxima autoridad religiosa y moral de la comunidad judía residente en Venezuela, para una visión más profunda del holocausto y del judaísmo.

Debido a que la travesía se desarrolla en siete lugares distintos, las entrevistas están segmentadas en siete partes: Polonia, Rusia, Kazakhsan, Austria, Alemania, Venezuela y un destino incierto cuya historia se desenvuelve dentro de un vagón de ganado. Entonces, por cada lugar se realizó una entrevista de aproximadamente 90 minutos, teniendo como producto final casi 700 minutos de grabación. Éstas fueron hechas cada 15 días, de forma que diera tiempo para la transcripción y revisión de las mismas.

En la mayoría de las entrevistas fue sencillo saber qué tipo de preguntas realizar, gracias a que tengo un conocimiento previo de muchas de las historias

relacionadas con la vida de Harry Abend en la época de la Segunda Guerra Mundial. En otros casos, fue difícil obtener ciertas respuestas debido a la carga emocional que éstas le producían a mi papá y al olvido de algunos sucesos, ya que apenas era un niño de tres años cuando estalló la guerra. Sin embargo, en muchas de las entrevistas no fue necesaria mi participación ya que él narraba de forma natural todos los acontecimientos que poco a poco iba recordando, y más bien se distraía con mis intervenciones.

- **Transcripción de las entrevistas:**

A medida que iba realizando las entrevistas, las iba transcribiendo en un documento de Word. Así, teniendo aún fresca la información, hacía la revisión del material para asegurarme de haber recaudado los datos necesarios para comenzar a escribir la crónica. Las intervenciones de mi papá han sido señaladas entre comillas en las crónicas; no obstante, me vi en la necesidad, por cuestiones de sintaxis, de hacer pequeñas modificaciones a algunas de sus intervenciones sin afectar su contenido. Igualmente hago mención de esta advertencia en la primera nota de página de la primera crónica. Tanto la transcripción de las siete entrevistas realizadas a Harry Abend, como la transcripción de las entrevistas hechas a las personas mencionadas anteriormente, se encuentran incorporadas en la sección de anexos al final del trabajo.

- **Selección y organización de datos:**

Una vez que transcribía cada entrevista, hacía una escogencia de los datos más resaltantes para ordenarlos cronológicamente. De esta forma, se hizo más sencilla la redacción de la crónica y se pudo seleccionar cuáles datos se incluirían en forma de intervención del entrevistado.

La selección de datos se convirtió en una segunda oportunidad para asegurarme de que tenía toda la información necesaria para comenzar a escribir la crónica. Dependiendo de cuántos detalles recopilara sobre los sucesos, sabría entonces qué tipo de narración los englobaría, y qué tanta información de apoyo tendría que seleccionar para ser utilizada como contexto. Igualmente dependiendo de cuántas historias había para un mismo segmento (país), y de la fecha en la cual acontecieron, el material fue distribuido para distintas crónicas. Por ejemplo, en el caso de Rusia y Kazajistán, el material fue dividido en tres crónicas para cada segmento. En cambio, para Polonia y Alemania, únicamente se dividió en dos crónicas para cada uno. A fin de facilitarle al lector la ubicación de los pie de páginas en la sección de los anexos, he decidido organizarlos por crónica.

- **Redacción y corrección de las crónicas:**

Con un total de 12 crónicas, escritas entre el mes de noviembre de 2010 y febrero de 2011, se construye la narración de la travesía de Harry Abend y su familia entre 1938 y 1948.

Después de cada entrevista y su transcripción, de seleccionar y organizar de los datos, venía la escritura de cada crónica. Cada una fue revisada por el protagonista de la historia, Harry Abend, para la corrección de datos, fechas y traducción de palabras del polaco y del ruso al español. Igualmente fueron corregidas por mi tutora, María Teresa Castillo, en cuanto a la gramática y sintaxis de la redacción.

PLANTEAMIENTO DE LOS OBJETIVOS

OBJETIVO GENERAL

Escribir una crónica literaria basada en la travesía del escultor Harry Abend y su familia desde 1938, año anterior al estallido de la Segunda Guerra Mundial, hasta 1948, año en que escapan de Europa y llegan a Venezuela.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

Resaltar el motivo de la huida de Harry Abend y su familia de Polonia.

Describir los hechos más impactantes de la travesía de Harry Abend y sus familiares entre Polonia y Venezuela.

Tener presente la visión de Harry Abend, como niño sobreviviente, durante la narración de la crónica.

Enfatizar el maltrato a los refugiados de parte de los soldados alemanes y rusos durante la guerra.

Mostrar la miseria económica que sufrieron los refugiados europeos durante la Segunda Guerra Mundial.

Exponer los sacrificios y obstáculos que vivieron las familias judías durante la Segunda Guerra Mundial.

Señalar el hambre, la tristeza y la enfermedad como elementos presentes durante la guerra.

Indicar los cambios drásticos y continuos a los que se expusieron los refugiados durante la guerra.

Destacar la creatividad del ser humano utilizada para la supervivencia en momentos de dificultad.

Reconocer la presencia de Dios en la vida de la familia Abend durante la travesía.

Presentar la fe y la esperanza como vías para sobrevivir una guerra.

Rescatar el valor de la familia y apuntar la importancia que tiene en la vida de toda persona.

Relatar la caridad y la bondad presentes entre los refugiados para apoyarse mutuamente.

Detallar la llegada de Harry Abend y su familia a Puerto Cabello, y cómo fueron recibidos por los venezolanos.

Mencionar resumidamente cómo surgió la familia Abend una vez que llegó a Venezuela.

CUMPLIMIENTO DE LOS OBJETIVOS

El cumplimiento de los objetivos mencionados anteriormente se puede ver reflejado mediante la lectura de la crónica presentada a continuación. Los objetivos específicos no están desarrollados de forma cronológica, debido a que todos están presentes y entrelazados a lo largo de la narración. Para el cumplimiento de los objetivos fue necesaria la investigación documental y audiovisual, y la elaboración de entrevistas a Harry Abend como protagonista de la crónica, a otros sobrevivientes y a personas relacionadas con la temática de la crónica. Los objetivos específicos fueron tomados en cuenta en todo momento durante la investigación y escritura del proyecto de carrera para cumplir con el objetivo general.

ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE RESULTADOS

La escritura de esta crónica, en tanto género periodístico y literario, que recoge testimonios mediante la realización de entrevistas a sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial y enmarca los sucesos históricos acontecidos durante este enfrentamiento bélico, fundamentados en una investigación documental y audiovisual, ofrece al lector una narración veraz y detallada que lo informará sobre esta trágica realidad. Así, estos hechos presentados mediante la crónica como único género periodístico que permite la reconstrucción de escenarios, diálogos, pensamientos, atmósferas y testimonios, alertan al lector sobre las consecuencias que acarrearán el olvido, el desconocimiento y la negación. Igualmente lo invita a asombrarse y a reflexionar sobre la condición humana, y de ser posible, a prevenir una posible repetición de estos terribles acontecimientos.

CONCLUSIONES

Es una gran satisfacción que yo, siendo descendiente de sobrevivientes judíos de la Segunda Guerra Mundial, haya tenido la oportunidad y la conmovedora experiencia de haber recogido las memorias de mi papá, Harry Abend, para la preservación de su testimonio. Me causa un gran sentimiento pensar que mi familia sobrevivió a una de las tragedias más graves de la historia de la humanidad y que, de no haber sido por ello, yo tampoco tendría lugar en el mundo. Es importante resaltar que, al utilizar la escritura como herramienta, pude reconstruir mediante una crónica la infancia de mi papá, para que sus vivencias entre los años 1938 y 1948 pasaran a un nuevo plano mucho más consistente y perdurable que su memoria.

La elaboración de mi Proyecto Final de Carrera me permitió compartir más con mi papá en estos últimos meses, conocer mis raíces y estudiar la historia de mi familia. Por ello, invito a todos aquellos descendientes de sobrevivientes de esta tragedia para que indaguen en la historia de sus familiares y ayuden a la preservación de sus testimonios, para así impedir que las futuras generaciones olviden que tanto la Segunda Guerra Mundial como el Holocausto fueron hechos tan trágicos como reales, que no pueden ser negados ni banalizados.

BIBLIOGRAFÍA¹³

El Tiempo. (2001). **Manual de redacción**. (Quinta edición). Bogotá, Colombia: Casa Editorial El Tiempo.

Gaines, W. (1996). **Periodismo Investigativo para prensa y televisión**. (Primera edición en español; T. Torres, Trad.). Bogotá, Colombia: Tercer Mundo S.A.

Grijelmo, A. (2003). **El estilo del periodista**. (Décima edición). Madrid, España: Editorial Santillana.

Herrera, E. (1991). **La magia de la crónica**. Caracas, Venezuela: Fondo Editorial de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela.

¹³ La bibliografía correspondiente al PFC se encuentra anexada en el otro tomo.

MEMORIAS DE UN NIÑO SOBREVIVIENTE
DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
1938 - 1948

RAQUEL ABEND VAN DALEN



*Nunca en realidad sentí el frío, nunca
fui devorado por los piojos,
nunca conocí
verdaderamente el hambre, humillación,
temor por mi vida:*

*A veces me pregunto si tengo
algún
derecho a escribir.*

Stanislaw Baranczak

(Poznán, Polonia. 1946)

ÍNDICE

Presentación.....	4
Érase una casa polaca (1938).....	7
A Rusia sin amor (1939).....	14
Vagones de suicidio (1939).....	21
Noches blancas (1940).....	29
La montaña de té (1941).....	33
Un encuentro causal (1942).....	37
Noche de prisión (1943).....	43
La cortina indiscreta (1944).....	48
El final esperado (1945).....	53
Ruinas de tesoros (1946).....	58
Días de cine y contrabando (1947).....	62
Nuevo mundo (1948).....	67
Nota al lector.....	72
Bibliografía.....	74
Anexos.....	77

PRESENTACIÓN

Después de finalizar la Primera Guerra Mundial en 1918, se firma el *Tratado de Versalles* en 1919, un pacto de paz que oficialmente pone fin a la guerra entre Alemania y los Países Aliados¹. Entre las condiciones del tratado se le impone a Alemania la aceptación de la responsabilidad total como causante de la guerra y la compensación territorial y económica a los países victoriosos. A partir de entonces, la nación alemana comienza a desarrollar un rencor profundo como consecuencia de la humillación pública como estado perdedor. Este resentimiento es aprovechado por Adolf Hitler, quien lo capitaliza para alzarse en el poder, y le promete al pueblo alemán la reivindicación de sus derechos y el retorno de la grandeza y el poder a la nación. Así, una débil democracia da paso a uno de los regímenes totalitarios más fuertes de la historia: el Tercer Reich.

Las ansias titánicas de poder y de expansionismo del Führer² se suman a su creencia fanática de la existencia de una raza superior. Ambas posturas, además de otras razones políticas, económicas y sociales, propiciarán el desarrollo de los acontecimientos que dan origen a la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, Hitler quiere cumplir su promesa de restablecerle la dignidad al pueblo alemán, de rescatar las tradiciones, de hacer una denuncia y una eventual ruptura con todos los tratados en los que Alemania estuviera condicionada por los países que triunfaron en la Primera Guerra Mundial. En segundo lugar, la cosmovisión hitleriana tenía como norte la creación del hombre nuevo basado en la pureza de la raza, y en la eliminación sistemática y definitiva de todas aquellas razas inferiores que no cumplieran con los requisitos que, según Hitler, debía tener la *raza aria*³; en consecuencia, estos grupos existían únicamente como parásitos

¹ Francia, Reino Unido y el Imperio Ruso.

² Líder. Se utilizó habitualmente para hacer referencia a Adolf Hitler.

³ Concepto empleado especialmente por el nazismo alemán para hacer referencia a la superioridad de la raza.

causantes de todos los males de la humanidad. Entre éstos se encontraban los negros, homosexuales, gitanos, y, especialmente, los judíos.

Desde marzo de 1939, Hitler había estado demostrando sus deseos por desatar la guerra en Europa, pero contrario a su condición, Francia y Gran Bretaña no estaban preparados para un conflicto bélico. En consecuencia, Hitler concluyó que no había mejor momento para comenzar sus planes expansionistas de la Alemania invencible que deseaba en ese momento, una decisión que lo lleva a invadir Polonia el 1 de septiembre de 1939. Consecutivamente, el 3 de septiembre de 1939, Gran Bretaña y Francia le declaran la guerra a Alemania, dando inicio a la Segunda Guerra Mundial.

Poco a poco se unen al combate países como Checoslovaquia, Dinamarca, Bélgica, Holanda y el resto de los países europeos que fueron irrumpidos por la tiranía nazi. Por otro lado, la Unión Soviética invade Polonia el 17 de septiembre de 1939 y, posteriormente, cuando la misma sed expansionista lleva a Hitler a romper el *Pacto de No agresión Germano-Soviético* que tenía con Stalin y comienza a invadir Rusia, la Unión Soviética le declara la guerra. Hitler consideró que tenía suficiente fuerza para dominar toda Europa, debido a que sus acciones durante el primer año de la guerra fueron una sucesión ininterrumpida de victorias que no parecían presagiar la derrota de Alemania. En efecto, con ese poder y su ambición desmedida de expansión, Hitler trató de adueñarse de la antigua Unión Soviética. Para su gran decepción, la invasión a Rusia terminó siendo un gran fracaso.

El 18 de marzo de 1940, Italia se une a la guerra como aliada de Alemania y, finalmente, Estados Unidos, que hasta ese momento se había mantenido neutral, entra en el campo de batalla a raíz del ataque de los japoneses a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. En consecuencia, Estados Unidos, una potencia económica gigantesca capaz de producir armamento en masa y de participar activamente en la contienda, va a empezar a cambiar el rumbo de los

acontecimientos, los cuales provocarán, cuatro años más tarde, la derrota definitiva de Alemania.

Paralelamente a la guerra, Hitler llevó a cabo el *Holocausto* mediante el exterminio sistemático de la población judía en Europa, esto es, la perfecta solución que encontró para acabar con todos los seres humanos que pertenecían a la raza inferior y que entorpecían su brillante plan de crear al hombre nuevo en Alemania. Por esta razón, 6 millones de judíos fueron aniquilados en las cámaras de gas ubicadas en los campos de concentración. Todos los que lograron escapar del asesinato tienen una historia diferente pero igual de dramática y dolorosa. Algunos lograron sobrevivir milagrosamente al maltrato atroz y a la denigración dentro de los campos de concentración y de trabajo; varios permanecieron ocultos, como es el conocido caso de la niña alemana Ana Frank, quien se mantuvo escondida con su familia en una casa holandesa; otros lograron escapar a Siberia, como es el caso de mi familia. Es por ello que a continuación presento las memorias de mi padre, Harry Abend, mediante una crónica literaria que recoge y refleja sus vivencias más extraordinarias como sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial.

JAROSLAW, POLONIA — 1938

En la ciudad de Jaroslaw pasa el río San que nace en los Montes Cárpatos, exactamente sobre la frontera entre Polonia y Ucrania. La ubicación de este río permitió la construcción de un puerto estratégico que ayudó a que la ciudad se desarrollara como centro comercial importante para Polonia.

Érase una casa polaca

Calle Grodzka, N°4. Jaroslaw. Es una dirección que susurra débilmente como si fuera grisácea, vaporosa y fría; como si ya no existiera. Como si algún día hubiera sido un cuerpo de sangre caliente, piel nutrida y corazón palpitante, y ahora estuviera devastada por un soplo mortal. Son letras que deben recordar que algo terrible pasó, y que además, no debe ser olvidado. Podría decirse que ahora son escombros y cenizas solitarias, o quizás la base de una nueva época. Un espacio que se agita en el viento feroz de lo que permanece. Unas ruinas que recelan lo que fue real. Un cementerio que acoge secretamente la infancia de quien la sigue recordando. Es la dirección en donde nace una historia que sostiene un pequeño trozo del universo.

Harry y Marcel⁴ se encontraban jugando cerca del calor de la chimenea de pequeños mosaicos verdes, con sus cuerpos delgados y pálidos envueltos en pantalones cortos y medias hasta la rodilla; el primero, agitando en movimiento de espiral un pincel sobre unas acuarelas, y el segundo, desarmando una motonave para descubrir lo que albergaba debajo de lo aparente. Raquel, llamada Mamá Rela por la familia, los observó desde las escaleras enrollando

⁴ Foto de los hermanos Abend.

sus dedos en los barrotes que surgían desde las balaustradas de madera. Cargaba en sus hombros una tela de seda vinotinto bordeada de pequeños detalles brillantes. En la punta de sus labios fruncidos guindaba una aguja atravesada por un hilo negro de fina textura. Terminó de bajar los escalones y lanzó su mirada hasta barrer el salón entero; pensó que Kasha estaría junto a los niños. Harry observó desde el rincón que su madre siguió con pasos rectos hasta la parte delantera de la casa, espacio ocupado por el negocio de telas de la familia Abend Rosenblut.

De pronto, Harry Abend sonríe. Lo único que no ha cambiado en 72 años es su mirada. Está sentado en una silla sin respaldar y busca equilibrarse con los brazos cruzados. Se vuelve una pieza tridimensional que abre espacio para que regresen sombras viejas. Sus ojos achinados de color azul cristalino se mojan momentáneamente, como una lluvia suave que golpea un ventanal. Se lanza de clavado en su memoria y comienza a nadar bajo el agua. Es como un niño que busca una moneda perdida. Agita los brazos y bota burbujas por su boca. Encuentra, dentro de sus sueños más profundos, el diseño de su primera casa. Le cuesta respirar, pero sigue nadando sin miedo a ver atrás. Recuerda que el suelo era un tejido de baldosas verdes, que su cuna estaba en el segundo piso, y que había un patio del lado derecho de la casa. “Marcel volvió siendo adulto a la casa en donde nacimos. Allí encontró al hijo de Kasha, nuestra aya, hecho fotógrafo y viviendo con su familia. Antes de que me mostrara las fotos del viaje, le describí un sueño que tuve con la casa en Jaroslaw. La recordaba tal como era”⁵.

Harry seguía jugando con sus acuarelas, probando los colores en el papel. Sacudía el pincel en el agua y lo mojaba en los círculos de pintura. Estaba montado en un banquito y pintaba en una gran mesa de madera. Alucinaba

⁵ En adelante todas las intervenciones de mi papá, Harry Abend, van a estar señaladas entre comillas. Sin embargo, por razones de sintaxis, me vi en la necesidad de hacer pequeñas modificaciones que no cambian su contenido.

con la aparición de nuevos colores. Trazaba arcos y almacenaba una mezcla al lado de otra. Harry Abend recuerda al hombre que le regaló ese estuche de pintura. “Nunca olvidé su nombre: Kuba Metzker. Era un gran amigo de la familia”. Marcel, cinco años mayor que él, se ensuciaba las manitas con las baterías de su motonave. Le cortaba los cables, le sacaba los chips y observaba detenidamente los circuitos; quería entender por qué navegaba en su bañera, por qué no se dañaba con el agua, por qué no tenía que empujarla para que se moviera. Al darse cuenta de que ya no había un trozo del objeto sin estar desarmado, lo apartó con aburrimiento y quedó observando a su hermano menor probando los colores. Se acercó a él y le arrebató el estuche de acuarelas, dejándolo en el abandono del pincel y la cartulina blanca. La ilusión de Harry cayó al piso y se destruyó como un objeto de vidrio que más nunca pudo ser reparado. “Estaba deslumbrado y esa fascinación se me cortó y yo lloré amargamente. Mis padres me prometieron que me comprarían otras, pero yo no sé si fue que la guerra estalló o qué, pero nunca me las compraron. Fue un trauma para mí, nunca pude usar el color en el arte”.

Kasha, mujer vieja y de contextura gruesa, se acercó a los niños y los llamó a la cocina. — Regina Zinn, prima hermana de Harry Abend, suele decir que las mujeres polacas viejas nunca son flacas —. Vio que el menor estaba llorando y le dijo a Marcel: “Cuando él crezca te va a pegar a ti”. Harry se quedó observando la comida, mientras pensaba si realmente tenía hambre como para comer eso que lo miraba desde el plato, mientras la señora le limpiaba los dedos a Marcel con una servilleta. El sándwich de queso fresco se veía muy grande para su pequeña boca y se limitó a detallar las partículas del pan. Su hermano mayor no lo pensó dos veces y lo mordió con gran energía. Isaac Abend, llamado “Abend el rojo” por su cabellera pelirroja, padre de Julio Abend, abuelo de Harry y Marcel, suegro de Raquel Rosenblut de Abend, se acercó al plato del pequeño y le cortó el sándwich en triangulitos. El niño le agradeció el gesto y disfrutó de su primer bocado.

Sus padres estaban ocupados en el negocio. Raquel, mujer fuerte y emprendedora, había llegado hacía unas horas con nuevas telas traídas de varias ciudades cercanas al pueblo. Tenía rasgos finos y cabello castaño. Hacía menos de treinta años que recorría 10 km de nieve para ir a la escuela. Le apasionaba la música, y aprendió a tocar violín y piano; también cantaba en una coral. Su esposo, Julio Abend, alegre, cariñoso y padre de familia, tenía pasión por la danza. Hacía menos de treinta años que bailaba milonga en Buenos Aires. La temperatura se lanzó por un precipicio junto con la luz del día. Había un cielo azul marino sin estrellas ni nubes. Julio Abend cerró la santamaría del negocio, para luego dedicarse junto a su esposa a recoger muestras de telas regadas sobre la mesa, y a contar el dinero que habían ganado en la semana.

Kasha bajó a los niños de las sillas de la cocina y los llevó a la sala para jugar un rato antes de dormir. Los sentó en el suelo y se dedicaron a golpear un grupo de canicas contra la pared. Las esferas cristalinas con líneas verdes, rojas y azules rodaron y se estremecieron en el contacto mutuo. Harry aprovechó que su aya estaba concentrada en el movimiento de las metras de su hermano, y salió del cuarto con paso silencioso. Caminó con precaución apoyándose de las paredes en busca de su madre hasta llegar a la parte delantera de la casa, en donde encontró a sus padres hablando en voz baja. Mamá Rela lo observó y lo atrapó en sus brazos para sentarlo en sus piernas. Julio le pasó la mano con suavidad por sus mejillas y le dio un beso en la frente antes de salir de la habitación. El niño contempló a su mamá doblando una gran tela azul y sintió una gran tranquilidad. Ella lo tomó de la mano y lo ayudó a pararse en el suelo, para que la acompañara a casa de una vecina.

Los tejados de las casas y los bordes de las calles bañados de nieve teñían el paisaje de blanco. Se veía el humo caluroso saliendo de las chimeneas y los vidrios de las ventanas ahumados. Las ramas de los árboles estaban desnudas y secas, y la neblina arropaba a los caminos descubiertos. Raquel salió de la casa junto a su hijo menor, y cruzaron la calle a casa de una vecina para

entregarle un encargo. Los pies se hundían en la masa blanca y la temperatura decembrina se estrellaba contra sus cuerpos abrigados. La visita comenzó a prolongarse cuando su madre y la vecina se vieron envueltas en un intercambio de recetas para cocinar babka⁶ de chocolate. Harry aprovechó la oportunidad y se soltó de la mano para pasear por los caminos nevados. Mamá Rela le pidió que se quedara cerca de ella, pero el niño se dejó llevar por el encanto de la noche. Caminaba con torpeza fascinado por las nubes que aparecían frente a él cuando respiraba, y por los copos que caían lentamente sobre su gorrito de lana. De pronto, vio a lo lejos unos cúmulos de luces de diferentes colores que titilaban entre la nieve. Harry se sintió conmovido y se acercó gateando hasta la fuente en donde nacía la magia; nunca había visto algo parecido: era un *bóge drzewo*⁷. Siendo de familia judía, no estaba familiarizado con las tradiciones cristianas de las fiestas de Navidad, y aquello de ver un pino decorado por adornos y luces le pareció deslumbrante. Se quedó sentado en la nieve, con los ojos brillantes frente al tesoro que había descubierto en la oscuridad. Raquel ya estaba lista para volver a su casa, cuando vio que su hijo no estaba junto a ella. La vecina revisó en su casa, y ella en la suya, pero no lo encontraron. Mamá Rela corrió por las calles del vecindario, hasta por fin toparse con Harry sentadito frente al árbol de Navidad. Ella no supo si regañarlo o darle una nalgada, pero se lanzó sobre él para abrazarlo, feliz de haberlo encontrado. El niño se despidió de su gran descubrimiento y regresó a la casa con su madre.

Abend el rojo subió a su habitación para buscar el sombrero de gamuza azul que pensaba usar para ir al club de juegos. Era aficionado a los juegos de barajas, especialmente al póker. Solía ser dueño de la mayoría de las casas en la misma manzana de la calle Grotzka, pero unas las perdió en las apuestas, y

⁶ Pastel esponjoso con levadura que se prepara tradicionalmente en Polonia, Lituania, Eslovaquia, Bielorrusia, Ucrania y Rusia Occidental. <http://www.recetas.com/receta-de-Babka-2049.html>. Revisado el día 21 de noviembre de 2010.

⁷ Arbolito de Navidad.

otras las regaló como dotes en los casamientos de sus hijas. Para este momento, había quedado como propietario de una sola casa: la N°4. Se miró en el espejo y pensó que debería cortarse los pelos de las orejas y de la nariz, pero una flecha de ruido atravesó su idea y apagó la luz del cuarto para ir a ver qué fue lo que sonó. Al bajar las escaleras vio a Mamá Rela corriendo con su hijo menor en brazos hacia su marido, quien estaba casi de rodillas sosteniendo con su espalda a un armario de vidrio lleno de vasijas a punto de caer al suelo. Marcel estaba agachado debajo de su padre, protegiéndose la cara con sus manos; se había montado sobre el mueble para buscar quién sabe qué. “Él siempre fue muy inventivo, muy travieso. Incluso, una vez, se cayó de un árbol pero no le pasó nada.”

Kasha acostó a dormir a los niños, complacida de que por fin había llegado la hora de descanso. Harry se sintió solo en la oscuridad, y permaneció con los ojos abiertos, intentando descifrar lo que estaba a su alrededor. “No sé si mi cuna estaba en una habitación, pero yo tenía un espacio para mí”. No soportaba ver que su cuna estaba rodeada de barrotes; se sentía encerrado y aislado del mundo. Marcel se metió debajo de la cobija e imaginó que estaba en una cueva. Se dedicó a mover un trencito sobre los rieles de la almohada y cerró los ojos para comenzar a conducirlo. La habitación, bordeada de casas y pequeños negocios, tenía vista hacia una plaza de la ciudad, en la que todos los sábados se instalaba un gran mercado de frutas y verduras. Harry se acurrucó en su cobijita y pensó en el abuelo, pero recordó que había salido con sus padres, y se propuso permanecer despierto hasta que regresaran del club. Aunque en el año 1938 los judíos todavía podían acudir a los mismos lugares que el resto de los polacos, con el ascenso de Adolf Hitler al poder en Alemania, el antisemitismo se había convertido en el instrumento de un partido de masas y, posteriormente, en la base del Tercer Reich. Así, el 31 de marzo

de 1933 se comenzó a poner en práctica una serie de leyes⁸ que excluían a los judíos de la vida en sociedad dentro del territorio alemán y, poco a poco, este líquido tóxico se fue colando en otros países europeos.

⁸ Ejemplos de Legislación Antisemita, 1933-1939, United States Holocaust Memorial Museum, Washington, D.C. <http://www.ushmm.org/wlc/es/article.php?ModuleId=10007569>. Consultado el día 20 de noviembre del 2010.

JAROSLAW, POLONIA — 1939

Anteriormente, desde la fundación del Reino de Polonia en el año 1025, se reconocía la tolerancia a la diversidad de religiones en el país, motivo que impulsó la inmigración de un gran grupo de comerciantes judíos. Éstos, en su mayoría provenientes del oeste de Europa, se convirtieron en la columna vertebral del sistema económico polaco y en la clase media de la población nacional.

A Rusia sin amor

El olor de las tortas, de los hojaldres y de las galletas recién horneadas se escapaba de la pastelería de la esquina y penetraba como una nube de perfume en la casa de los Abend. Mamá Rela había ido a comprar postres para la merienda de sus hijos, mientras Kasha se columpiaba en la sala de un lado a otro, recogiendo y cambiando objetos de lugar, pasando un trapo por los ventanales y cepillando las alfombras; Marcel corría detrás de ella, riendo y agitando aviones de papel. Harry estaba sentado al lado de su padre y de su abuelo, observando los movimientos de las fichas blancas y negras que delataban la lógica y la estrategia necesarias del ajedrez.

Se habían estado escuchando rumores o verdades sobre las intenciones de Alemania con Polonia. Después del **pacto de no agresión**⁹ entre rusos y alemanes, firmado el 25 de agosto de este año, el ambiente polaco se volvió lluvioso, nublado y callado. Las familias habían estado girando alrededor de las radios, escuchando noticias y tragando de la odiosa incertidumbre. Julio y Raquel almacenaban comida y objetos valiosos en el sótano de la casa, e intentaban no

⁹ <http://historiasdelahistoria.com/2008/02/13/la-segunda-guerra-mundial-la-invasion-de-polonia/>.

Consultado el día 09 de diciembre de 2010.

salir del vecindario. En la madrugada del 1 de septiembre, sin previa declaración, la fuerza armada alemana puso en práctica la estrategia de blitzkrieg¹⁰ invadiendo el territorio polaco; 48 horas más tarde, consiguió que Inglaterra y Francia declararan la guerra en defensa de Polonia. Así se dio paso a la masacre más dramática de la historia universal.

Los Abend estaban resguardados en su hogar cuando irrumpió el sonido del motor de un automóvil deteniéndose en la acera de enfrente. Mamá Rela se asomó desde la ventana de la sala y observó a un oficial armado acercándose con paso amenazador a su puerta. Parecía que todos estuvieran en una casa flotante, perdidos en una nube blanca y pasajera. Ya no se veía la plaza, ni las tiendas, ni el mercado. Los niños estaban sentados alrededor de la chimenea, cada uno entreteniéndose a sí mismo de forma silenciosa, cuando se escuchó un golpe brusco en la puerta de la casa. Julio pidió que no se movieran, que se quedaran callados mientras él averiguaba lo que estaba pasando.

El oficial repitió el movimiento contra la puerta y arrojó un grito amargo. Julio terminó de bajar los escalones y encendió el farol de la entrada. La luz que generalmente entraba por la ranura de la puerta estaba escondida detrás de una sombra grotesca. Giró la manilla y el oficial levantó enérgicamente el brazo derecho, dejando el codo a la altura de la sien. Sin parpadear y sin perder el equilibrio de su cuerpo, cerró el espacio entre sus dos piernas y marcó su presencia: "Heil Hitler"¹¹. Inmediatamente bajó el brazo como si fuera una vara de madera y sacó el arma que tenía sujeta por un cinturón negro a nivel del ombligo. Su dignidad estaba forrada por un uniforme un poco más oscuro que el verde oliva, y su calva estaba disfrazada por un sombrero del mismo color. Le pidió al Sr. Abend que se llevara las manos a la cabeza y lo apuntó con el arma. La corriente de aire cerró la puerta tras ellos y ambos subieron las escaleras hacia donde

¹⁰ Guerra relámpago. http://www.portalplanetasedna.com.ar/querras2_3.htm. Consultado el día 10 de diciembre de 2010.

¹¹ Saludo característico de los seguidores del Tercer Reich.

estaba el resto de la familia. Raquel presionó su horror hacia el interior de la garganta y rodeó a sus hijos con los brazos. Todos se amontonaron en una esquina, pero el oficial manipuló el movimiento de sus cuerpos a punta de exclamaciones, obligándolos a ponerse en fila. Les rozó la nuca con la punta del revolver, uno a uno, en silencio, agitándoles el bombeo de la sangre y erizándoles la piel. Mamá Rela rezaba para sus adentros; le pedía a Dios que no les quitaran la vida, que no les pasara nada a sus hijos, que pudieran escapar de ese momento.

24 horas. Ése fue el tiempo que se les dio para que huyeran de la calle Grodzka, N°4, Jaroslaw. No sabían por qué no los había matado. Creyeron que el oficial tuvo piedad por los niños, quizás por las mujeres o por el hombre mayor. “El oficial se llamaba Schmidt. Luego nos enteramos de que murió en un bombardeo”. Desde el momento en que el hombre abandonó la casa, los cuatro adultos se dedicaron a recolectar alimentos, joyas, ropa interior, abrigos y unas colchas de piel de ganso que utilizaban con frecuencia. Mientras los Abend escondían en sus bolsillos cualquier cosa valiosa que pudieran llevarse, la aya Kasha ayudó a los niños a vestirse con varias capas de ropa. Raquel se puso un vestido sobre otro y varios pares de medias. Los caballeros hicieron el mismo procedimiento, pero con franelillas, camisas y pantalones.

No estaban listos. Nadie podría estar listo para huir de su hogar. Cada uno, con un maletín en mano, bajó las escaleras y se paró en la entrada. ¿Cómo iban a dejar el negocio de telas abandonado? Perspectiva, prioridades. No esperaron a que pasara la noche. Kasha se despidió de la familia y decidió quedarse en casa; ella tenía su propia familia y tomaría un rumbo diferente, ya vería cuál. Le había preparado el último tetero a Harry y se lo entregó como si fuera un cetro de oro. El niño estaba disgustado, tenía sueño y no entendía por qué no estaba en su cuna, así que lo lanzó con rabia hacia la nada; hacia una nada que estaba dejando de existir.

Harry iba dormido en brazos de su padre y Marcel iba caminando tomado de la mano de su abuelo; Mamá Rela llevaba un par de maletines y una colcha en los hombros. Las corrientes de aire entraban por sus orejas y se hospedaban en las puntas de sus narices como insectos de bosque. Las casas del vecindario parecían hechas de cartón y tenían alfombras de hojas secas acumuladas en la acera. La luna estaba escondida por una telaraña de nubes, contribuyendo muy poco con la iluminación del escenario. Raquel observó un par de velas encendidas a través de la ventana de una casa. Se preguntó si ellos estarían pasando por la misma situación. Oía a grama húmeda; a vapor de lluvia. Los Abend no caminaban solos en las calles. Se veían grupos de gente asustada y equipada, dirigiéndose hacia el mismo destino que ellos: el río San. Trataban de no mirarse, de no intercambiar palabras, de no desafiar su suerte. Tenían la cara cubierta por capas y abrigos; en su mayoría de color negro, azul marino y marrón oscuro. Parecían sombras desesperadas por encontrarse con el sol de la mañana. Caminaron kilómetros y kilómetros por una campiña desolada, sin detenerse para reposar. El color mostaza del pasto se extendía en la vastedad de la estepa. La noche estaba más despejada y sumisa. Julio y su padre se intercambiaban las maletas más pesadas, mientras Raquel llevaba de la mano a sus dos hijos. El menor la jalaba del brazo para evitar que siguieran caminando. “Recuerdo que me negué a ir. Yo lloraba y decía en polaco *nie pojde*¹². Mi papá tuvo que regresar como un kilómetro, porque me habían dejado atrás, y me dio mi buena nalgada. Me obligaron a irme con ellos, pero yo no quería abandonar mi casa”.

El agua del río estaba espumosa y agitada; parecía un collage hecho de los reflejos de los árboles que lo rodeaban. Se veía la tonalidad del amanecer nadando en contracorriente. Las texturas de los abrigos parecían de terciopelo al mojarse en el agua. Julio Abend fue el primero en cruzar; llevaba una cuerda en la mano y dos de los maletines. Le lanzó un extremo de la cuerda a Raquel y ella la sostuvo desde el otro lado del río, mientras su suegro comenzaba a cruzar con

¹² No me voy.

Harry en los hombros. Luego se regresó e hizo otro viaje con Marcel, para finalmente ayudar a Mamá Rela con el resto del equipaje. Del otro lado del río llegaron a Zimna Woda¹³, en donde se encontraron con una alcabala de control ruso. El lugar estaba repleto de camiones y de oficiales; algunos tenían condecoraciones de guerra en sus uniformes. Mandaban a formar filas y pedían documentos en mano. Raquel observó que metían a las familias en camiones, pero no sabía a dónde los llevaban. Había niños llorando y ancianos sentados en el suelo, utilizando sus maletas como almohadones. El sol de la mañana les secó la ropa y ayudó a quitarles el frío. Lentamente fueron moviéndose hasta quedar de primeros en la fila. Un oficial les arrebató sus pasaportes y les preguntó que a dónde querían ir. Raquel tenía familiares en Estados Unidos, por lo que respondió que querían ir para América. El ruso tenía la cara tiesa y poco labio. Observó a los niños con repugnancia y luego clavó su mirada en los documentos. Pasó las páginas como si estuviera contando un manojito de billetes y luego dirigió su atención a Julio Abend. Volvió a mirar cada uno de los pasaportes y los marcó con un sello de “contra revolucionarios”.

Fueron empujados hacia uno de los camiones, como si fueran animales de granja, y los enlataron junto a otras nueve familias. Eran los últimos en subirse; ya no cabía ni una partícula de tierra. Se habían montado Julio, Raquel y los niños, pero Abend el rojo no. Él los ayudó a subir el equipaje y los observó desde el suelo con los ojos mojados. Mantuvo contacto visual con su hijo y éste entendió. Luego miró a sus nietos con ternura y las arrugas de sus ojos se achinaron hasta quedar como dos líneas de tinta sobre sus mejillas pecosas. Se despidió de Raquel con un beso al aire y se tapó la boca con un pañuelo. “Cuando nos despedimos yo sabía que no nos volveríamos a ver. Él decidió quedarse en Polonia porque era muy viejo, pero no sé qué pasó con él. Pienso que murió de tristeza o que lo mataron los alemanes. Fue el único abuelo que conocí y tuvo una enorme

¹³ “Agua fría” en español. Villa tomada por los rusos al sureste de Polonia.

importancia en mi vida. Él me dio cariño, me consintió y me tuvo paciencia. Siempre me hizo mucha falta, siempre me dio mucha nostalgia”.

Cerraron las puertas del camión, le pasaron el cerrojo y arrancó el motor. Julio, Raquel, Marcel y Harry iban tomados de la mano, de pie y con la cabeza en alto para pescar las minúsculas corrientes de aire que entraban por quién sabe dónde. No importaba cuán lento o rápido iba el vehículo, sus cuerpos estaban tan apretados que no había espacio para que perdieran el equilibrio. Había un nuevo mundo alrededor de ellos; no sabían cuál era, ni cómo era. De vez en cuando, Julio y Raquel se turnaban a Harry en sus brazos. El niño dormía haciendo sonidos con la boca; ya estaba sereno y satisfecho. Marcel se abrazaba de la cintura de su padre y cerraba los ojos para imaginar que estaba en una gran aventura; ya tendría tiempo para averiguar cuál. Cada cierto tiempo se escuchaban las discusiones de los conductores, o quizás simplemente estaban conversando; daba igual, no se oían más que residuos de voz.

Calculaban que ya era hora de almuerzo, pero no se atrevían a pensar cuándo comerían de nuevo. El cúmulo de judíos permanecía callado y resignado; solo los niños se aventuraban a murmurar. Marcel quería sacar su trencito del maletín, pero no se lo permitieron. Estaba aburrido y sus piernas tenían ganas de correr y de llevarlo muy lejos de ahí. Poco a poco se fueron quitando los abrigos, y cada cierto tiempo cambiaban la posición del cuerpo. A veces se recostaban de las paredes del camión, o se abrazaban entre ellos y descansaban sobre sus hombros. Raquel notó a un par de ancianos llorando en silencio y cerró los ojos para contener sus ganas de unirse al coro. Julio la observó, le dio un beso en la frente y le susurró que todo estaría bien.

El camión se detuvo y un soldado ruso les abrió las puertas; los Abend quedaron cegados ante el chorro de luz que se arrojó contra sus ojos. El hombre les hizo agarrar sus pertenencias para que se dirigieran al tren que los aguardaba en la estación. A cada segundo llegaba un camión nuevo, con decenas y decenas de familias judías. Julio y Raquel buscaban con la mirada entre la multitud, para ver si

reconocían a alguien. Había parejas separándose, jóvenes llorando, mujeres corriendo, hombres detenidos contra el suelo, y oficiales armados dando órdenes y golpeando a quienes no obedecían. Los mandaron a ponerse en una nueva fila, en la que aguardaron hasta entrar en lo que sería su nuevo hogar por las próximas semanas: un vagón de ganado.

DESTINO INCIERTO — 1939

Estos trenes formados por vagones de ganado, partían desde los países ocupados por la Alemania nazi y se dirigían hacia dos posibles destinos: **campos de exterminio** en donde seleccionaban a los prisioneros aptos para ser esclavizados y el resto acababa directamente en las cámaras de gas, o **campos de trabajo** en donde los explotaban como mano de obra agrícola e industrial.

Vagones de suicidio

Cuando corrieron el cerrojo y abrieron la puerta del vagón, salió un hedor galopando como un animal huyendo del encierro. El tren había parado en una zona rural y despejada; era momento de ir al baño. El sol brillaba como si el mundo estuviera perfectamente normal y la brisa rozaba la superficie del pasto con suavidad. A lo lejos se veían campesinos trabajando en las tierras, casas muy sencillas rodeadas de gallinas y vacas, y caballos amarrados de las cercas de madera. Cada familia buscaba un rincón para hacer sus necesidades. El soldado les daba poco tiempo y, durante ese momento, los apuraba con gritos y amenazas. Julio desplegaba una de sus colchas para darles intimidad a su esposa e hijos, y luego intercambiaban los roles. No tenían papel higiénico, ni agua, ni jabón, y ya para este momento, se les habían acabado las toallitas perfumadas que habían empacado y que con tanto esfuerzo habían estado racionando.

Cada vez que salían al aire libre, vivían ardientemente el deseo de salir corriendo, de huir, y de no volver a entrar en la oscuridad y en la podredumbre del vagón. Había unas aberturas muy pequeñas en las esquinas del techo, por las que entraba aire y luz pobremente, y un par de rendijitas que se turnaban los niños para ver hacia afuera. El piso tenía capas de pelo, polvo, tierra y orine seco, y las paredes estaban cubiertas de mugre. Cada familia compartía una litera, e incluso

dormían hasta cuatro personas en una misma cama. Raquel y Julio dormían cada uno con uno de sus hijos. Durante el día permanecían sentados, a veces de pie para estirar las piernas, y en la noche se recostaban aunque no descansaran. Siempre era momento de dormir, era la mejor forma de que se les pasara el tiempo más rápido. Se iban lejos de ahí por horas: comían, se bañaban, lavaban sus ropas, trabajaban, reían, bailaban, cantaban, veían montañas, paseaban en la plaza de su pueblo, compartían con sus otros familiares, corrían en las praderas de verano. Era una tentación querer permanecer dormidos de por vida.

Cuando llegaba la noche se multiplicaba la oscuridad dentro del vagón y comenzaban los llantos. Durante el día permanecían con la ilusión de que todo acabaría, de que volverían a sus casas y a sus vidas, pero cuando llegaba el crepúsculo perdían de nuevo todas sus esperanzas. La mayor alegría que tenían era cuando los sacaban para ir al baño; el pisar la tierra y ver el cielo se había convertido en la meta por la que tenían que seguir aguantando día a día. A veces se lograba ver la luna por la rendija, y Harry pasaba horas observándola como a un gran juguete luminoso que lo estaba esperando allá afuera. Raquel se recostaba de la pared e imaginaba que estaba en su jardín, viendo los cielos estrellados de la primavera. Pensaba en Dios y agradecía que no los hubieran asesinado en su casa; ella tenía fe de que Él los sacaría de ahí, de que muy pronto volverían a vivir como seres humanos.

Cada mañana aparecía un soldado que les entregaba un balde de agua que debían compartir entre todos. Era la forma en que contaban el tiempo; cada vez que el balde se llenaba era porque habían pasado 24 horas. Al principio, la cabeza de cada familia parecía un león a la defensiva, que no podía permitir que su mujer e hijos se quedaran sin agua. Discutían por quién iba a lavarse primero, quién tomaría más agua, cómo la racionarían para que alcanzara durante tanto tiempo y para tantas personas. Que si mi hijo está enfermo, que si necesito agua para hacer un tetero, que si mi mujer tiene una infección, que si es muy anciano y tiene las nalgas irritadas. Las discusiones terminaban en llantos y en desesperación, y luego se convertían en silencio hasta el siguiente día. No había comunicación,

nadie quería hablar de nada. Incluso los niños se miraban con recelo, con temor a desobedecer a sus padres y hacer amistad con quien los había agredido. Dentro del vagón todos eran víctimas de una misma tiranía: la del miedo. Ninguno se sentía capaz de levantarse para enfrentar a los oficiales y a los soldados. Nadie se atrevía a pensar en la idea de defender sus derechos. La dignidad de todos estaba reducida a la de un animal de vagón.

Cada familia se limitaba a comer de los alimentos que tenían encaletados entre la ropa, como unas pobres ratas callejeras husmeando entre los pipotes de basura. Parecían hasta culpables saboreando del pan duro y viejo que escondían dentro de sus bolsos. Los niños lloraban sin entender por qué tardaban tanto tiempo en comer, y además siempre de la misma miga seca con corteza de lija. Los primeros días pudieron acompañarlo con una rebanada de queso casi invisible que Abend el rojo les había empacado en uno de los maletines, e incluso el pan había permanecido suave y esponjoso. Pero cuando ya el tiempo se había vuelto un término confuso, sus reservas eran más escuetas y más valiosas. Las familias con muchos miembros ya se habían quedado sin comida y se conformaban con el sabor del agua limpiándoles la sed de la boca. Mamá Rela encontró unos panes dulces que había envuelto en un paño de cocina y lo repartió entre sus dos hijos, quienes parecían cada vez más débiles.

Calcinados dentro de esas cuatro paredes sin ventilación, tragaban del tufo a animal que iba empeorando día tras día. Algunos tenían más tiempo sin bañarse que otros, y las ropas estaban impregnadas de sudor y tierra. Cada vez que les abrían las puertas, permanecían con la boca abierta para absorber el aire limpio que circulaba lejos de las nubes fétidas del vagón. Raquel rehusaba a resignarse frente al olor a muerto instalado entre las literas, y se tapaba la nariz con un pañuelo mojado en un frasquito de colonia que llevaba en el bolso. Igualmente, echaba pequeñas gotas de oro sobre las camisas de su familia, y les humedecía la frente para refrescarlos.

Por el constante contacto con las tierras rurales, comenzó una epidemia de pulgas y piojos dentro del vagón. Las mujeres cubrían sus cabezas con una camisa enrollada y tanto los hombres como los niños se cortaron el cabello para menguar la picazón, con una navaja que había llevado un campesino polaco. Cada día que pasaba, empeoraba el ambiente en donde estaban atrapados. Los más viejos morían de hambre o de calor, y los niños sufrían de enfermedades. El sucio seguía acumulándose y las esperanzas de llegar a cualquier lugar aumentaban intensamente.

Por fin apareció un soldado con un balde lleno de sopa, que repartió en pequeños tazones de madera. El líquido tenía un aspecto extraño con cosas flotantes, y el olor no era mucho mejor que el del vagón. Al menos estaba tibio y era algo con un sabor diferente al agua que los haría sobrevivir por más tiempo. Harry, por primera vez, no pudo rechazar algo de comer aunque no le apeteciera. Se atragantaron el caldo con un gozo excepcional, lanzándolo directo al estómago sin saborearlo. El cuerpo de algunos rechazó la sopa, haciéndoles vomitar parte de su bilis. Un soldado asqueado recogió los cuencos y los metió en el balde vacío antes de que el motor arrancara de nuevo. El llanto volvió a ser la música de fondo durante el resto del día, hasta que fue reemplazada por los ronquidos de la noche.

Al comienzo del viaje, saturaban al soldado con miles de preguntas. Que en dónde estaban, que a dónde iban, que por qué estaban ahí, que en dónde habían metido a sus parientes, que cuánto faltaba para llegar, que cuándo les darían de comer. Ya para entonces, nada importaba. Habían entrado en un estado de resignación tan profundo como un sueño. La esperanza de sobrevivir estaba tan débil como una vela a punto de apagarse. Dormían hasta doce horas seguidas, como si hubieran corrido un maratón de 88 Km. Tenían los músculos como los de un muerto y los huesos como trozos de madera podrida. La piel estaba pegajosa y manchada, y todas las mudas de ropa igual de zarrapastrosas. La picazón no desaparecía, y los más alérgicos estaban impregnados de salpullidos y con la cara brotada.

La población viva del vagón se iba reduciendo a medida que cruzaban las fronteras. Los más viejos morían desolados en la depresión y permanecían como unos maniqués junto a los que intentaban sobrevivir. Algunos quedaban con la mente paralizada y parecían cuerpos huecos sin nadie que los controlara. Otros perdían todo el sentido del tiempo y el espacio, y pasaban el día moviendo los labios como si interpretaran un monólogo teatral. Tenían los ojos desorbitados, rodeados de arrugas y ojeras profundas, y las piernas les temblaban suplicando que las usaran de nuevo.

Harry tenía días llorando y sujetando su oreja izquierda con aflicción. Se mordía el dedo pulgar para aguantar el dolor y se aferraba a los brazos de Mamá Rela, quien le hacía cariños entrelazando suavemente los dedos por el cabello. Su cara de piel rosada estaba ardiendo en fiebre y su cuerpo estaba tan débil como un muñeco de trapo. Le taladraba el oído como si tuviera una infección, pero no había forma de curarlo ni de medicarlo para que disminuyera el sufrimiento. Había un hombre dentro del vagón que lo había estado observando. Cuando ya el niño estaba fuera de sí, se acercó y les susurró a Julio y a Raquel que él era doctor. “Nos dijo que no tenía instrumentos ni nada para examinarme, pero que se imaginaba que era otitis. Es uno de los dolores más fuertes que hay, no te imaginas. Perdí casi toda la audición”.

Ocasionalmente detenían el tren y los dejaban encerrados en el vagón. No sabían si era para esperar a que pasara otro tren, si era para resolver algún problema, o para torturarlos en la espera. En esos momentos, la temperatura del horno se duplicaba y era más difícil respirar. Era como si les hubieran puesto unos tapones en los orificios de la nariz y les hubieran cosido los labios. Igualmente seguían turnándose el par de rendijas, pero con menos entusiasmo. A veces era simplemente para descansar la vista en el movimiento del paisaje y para sentir la brisa tocándoles las pestañas. Otros días preferían no ver hacia afuera, para así dejar de pensar en la vida que les habían arrancado. “En ese tren había pura podredumbre. Era casi un tren de suicidio, de matanzas, era espantoso”.

La visita del balde de sopa se hizo más frecuente, ahora que sabían que a nadie le quedaba comida. Si los iban a usar para trabajar, debían mantenerlos al menos con vida. Sus estómagos ya se habían acostumbrado al caldo como único alimento, así que eran pocas las veces que alguien vomitaba. Unos días sabía mejor que otros, pero generalmente era agua de color amarillenta con trozos de vegetales grumosos. Los prisioneros tenían un sabor a metal permanente dentro de la boca, que les chorreaba por las gargantas y les hacía toser. Los hombres tenían la cara escondida tras la barba, y algunas mujeres viejas tenían una leve sombra de bigote. Soñaban con despertar y encontrarse de nuevo en sus casas. Con darse un largo baño, cepillarse los dientes y afeitarse. Querían sentir un jabón entre sus manos que les envolviera los dedos de espuma blanca y fungosa. Que el agua se llevara el sucio de sus cuerpos y les lavara el cabello. Que pudieran cambiarse a una muda de ropa limpia y fresca. Soñaban con comer algo caliente y masticable. Con sentir la grama bajo sus pies, y las sábanas arropándolos en la noche. Las necesidades más básicas y simples se habían convertido en sus más grandes anhelos.

Raquel se preguntaba si algún día volvería a la calle Grodzka. Si el oficial alemán habría vuelto para buscarlos. Si descubrió el negocio de telas y destruyó todo lo que encontró. Qué habrá dicho ese hombre sobre la familia Abend que logró escapar de Polonia. ¿Escapar? Se preguntaba a sí misma, si el hombre habría dejado huir a otras familias, o si mató a los que “le correspondía”. Quería hablar con su hermana más cercana, Mary Gross, quien vivía en Nisko¹⁴ con su esposo Abraham y sus tres hijos: Henek, Mina y Regina¹⁵. ¿Habrán sobrevivido? También recordó a la aya Kasha y pensó si habría conseguido a su familia y habría logrado escapar de ahí. Estaba cansada de esa soledad espiritual que la asaltaba entre la muchedumbre del vagón. Tenía muchas preguntas disecadas en su organismo que ansiaban respuestas.

¹⁴ Ciudad al sureste de Polonia.

¹⁵ Foto de la familia Gross

Sintieron que la velocidad del tren fue disminuyendo lentamente hasta detenerse. Esperaron intranquilamente, como todos los días, a que el soldado abriera las puertas para entregarles los baldes de agua y de sopa. Escucharon unos gritos desde afuera y se asomaron por las rendijas para ver lo que estaba pasando. Soldados marchaban de un lado a otro y grupos de personas se movilizaban bajo sus instrucciones. ¿En dónde estaban? ¿Habían llegado a su destino final? ¿Los habían llevado a ese campo para matarlos? Estaban ansiosos y entumecidos en sus literas, aguardando a que los sacaran de ahí y les dieran explicaciones.

Julio despertó a Raquel y le explicó que llevaban un largo rato en el mismo lugar. Aún no les habían dado ni de beber ni de comer, y parecía como si los soldados los hubieran olvidado en aquel encierro. Harry estaba acurrucado hacia la pared en una de las literas, por fin durmiendo después de tantas horas de lucha contra el dolor, la picazón y el pus de su oreja. Marcel estaba alerta, con su naricita asomada en la rendija, tratando de ver lo que estaba pasando. Niños que deberían estar corriendo y jugando, estaban amarrados en un paralelepípedo de horror. Al igual que hombres profesionales: abogados, médicos, ingenieros y comerciantes, que quisieran estar trabajando y desarrollando su potencial, eran presos del pánico y la miseria. Las mujeres soñaban con ser libres de nuevo, con sostener sus hogares al lado de sus maridos, con educar y cuidar de sus hijos.

Por fin corrieron el cerrojo y abrieron las puertas del vagón. Un soldado distinto al que los alimentaba diariamente, comenzó a gritarles que agarraran sus pertenencias y salieran de ahí. Los Abend guardaron rápidamente sus colchas y prendas de vestir en los maletines y se pararon en una fila fuera del tren. La estación era muy distinta a la que habían visto quién sabe cuántas semanas antes. ¿La estación de dónde? Les dolían los músculos y sentían que el peso de los maletines se había triplicado. Eran como unos muebles viejos, llenos de polvo y telaraña, aprendiendo a moverse de nuevo.

Dos soldados se dedicaron a arrastrar los cuerpos de las personas que habían quedado sin vida dentro del vagón y a apilarlos uno sobre otro como si fueran troncos de madera para ser macheteados. Ya no quedaba energía para llorar, ni para gritar, ni horrorizarse frente a eso. Los más jóvenes ayudaban a los más viejos con sus equipajes, y poco a poco fueron agrupándose en nuevas filas. Las familias estaban como perros guardianes, con las orejas paradas y los ojos agudos, alertas de lo que pasaba a su alrededor. Julio y Raquel se aferraron fuertemente de sus hijos, rogándole a Dios que no importara a dónde los enviaran, permanecieran los cuatro unidos.

SIBERIA, RUSIA — 1940

El ferrocarril transiberiano es una red ferroviaria que conecta la Rusia europea con las provincias de la Rusia oriental, Mongolia y China, constituyendo de esta forma, el servicio continuo más largo del mundo. El mismo atraviesa ocho zonas horarias y su recorrido demanda cerca de siete días de viaje. En la Segunda Guerra Mundial, este medio de transporte contribuyó a la inmigración de grandes oleadas de prisioneros provenientes de los países europeos tales como Polonia.

Noches blancas

El amanecer aún no había despuntado, cuando la vastedad de la nieve ya resplandecía en el horizonte. Eran capas y capas de masa plateada acumulándose a los pies de la montaña. Parecía un gran espejo en el que rebotaba la luz de la luna llena, para brincar de nuevo al cielo nocturno; una luz que se vertía sobre las casas de los refugiados y se filtraba gota por gota por el umbral de sus habitaciones. Mamá Rela estaba recostada del marco de su ventana, observando el panorama que la esperaba afuera de su refugio. Debía esperar a que el puntero de su reloj se estacionara en el número 4, para despertar a su familia y seguir con la rutina de supervivencia.

A veces simplemente no podía dormir y permanecía recostada con los ojos cerrados, mientras su mente recorría los paisajes del pasado. Luego iba y se acurrucaba junto a sus hijos, en una pequeña cama del otro lado de la habitación. Los Abend compartían una vivienda con otra familia judía; era una casa pequeña de dos habitaciones separadas por una pared¹⁶. Entre ambas familias no había

¹⁶ Mapa de la casa dibujado por Harry Abend.

mucho contacto; se comunicaban sólo en circunstancias necesarias. Era como si la realidad les hubiera quitado el habla y no tenían ni la fuerza ni el interés suficiente por recuperarlo. La vida social se les había reducido a un mínimo intercambio de palabras y la rutina laboral era completamente nula. Vivían para comer y comían para vivir.

El reloj marcó las 4 am y Raquel se encargó de despertar a su esposo e hijos. La temperatura invernal oscilaba entre los 20 y los 40 centígrados bajo cero. Se lavaron la cara con un poco de agua que tenían en una cubeta y se colocaron varias capas de ropa. La casa quedaba aislada en la punta de una cuesta, justo antes del comienzo de la montaña. Primero debían cruzar un riel de ferrocarril que estaba a unos metros de la vivienda, para luego descender la bajada hasta llegar al pueblo. En el camino había una casita en donde vivía un par de viejitas con un gato, y más abajo había una cadena de barracas con refugiados que experimentaban las mismas circunstancias de pobreza extrema que los Abend.

En la entrada del pueblo había un kiosco en donde los refugiados podían intercambiar diariamente un cupón por un trozo de pan. Raquel llevaba a Marcel de la mano y Julio iba con Harry sobre sus hombros. Cada paso que daban se enterraba en la nieve, dejando rastros por donde caminaban. Se ponían en fila desde tempranas horas de la madrugada hasta que el kiosco abriera. El frío brutal se empeñaba en hacerles compañía, provocando desmayos y muertes a los más débiles. Las personas golpeaban los pies contra el suelo y frotaban sus manos para conseguir calor. A unos les sangraban los nudillos y se les pelaba la piel por la sequedad, otros sufrían de graves resfriados y de pulmonía. “Si me quedaba durmiendo entonces el pan que les daban a mi papá, mamá y hermano, lo tenían que compartir conmigo. Por eso me llevaban con ellos, y recuerdo que a veces me cargaban. Las temperaturas eran terribles; yo, la mayoría de las veces, no resistía y me orinaba encima aunque me abrigaran; luego permanecía mojado por horas en aquel frío”.

Las horas del día se volvían espesas y lentas. La rutina variaba dependiendo de qué tan temprano conseguían el pan, y del clima. De vez en cuando escuchaban noticias sobre la guerra, que viajaban de boca en boca hasta caer en las calles de ese lugar. Eran cuatro almas sujetándose de la compañía para no dejarse vencer. A veces escuchaban rumores sobre el té que se conseguía en las montañas, pero nadie se atrevía a ir por la presencia de osos. Nada estaba claro. Las palabras habían perdido su nitidez y sus significados variaban con la luz del día. Había momentos en que la nieve los encerraba en la casa. Los empujaba en la habitación y se dejaba caer del otro lado de la puerta. Esos días no tenían nada para comer. A veces descongelaban un poco de nieve, la calentaban hecha agua, y se la bebían como si fuera un caldo de pollo o de res. Las temperaturas seguían el camino después del cero y la ropa no bastaba para calmar el frío. Otros días se quedaban sin pan porque los cupones estaban vencidos. “A veces pasaba horas en la fila y cuando llegaba a la ventanita la señora me decía que mi cupón era del día anterior, entonces me quedaba sin pan”.

Habían pasado por varios pueblos y ciudades rusas antes de parar en esa casa. No sabían sus nombres ni sus ubicaciones, pero estaban seguros de que ya habían estado rodeados por otros paisajes y que la ciudad actual no sería la última por la cual pasarían. Casi por inercia fueron conociendo a otras personas en las filas para pedir el pan del kiosco, y se fueron enterando de algunas actividades clandestinas que se llevaban a cabo por la noche en las barracas cercanas al pueblo. La necesidad por compartir se estaba volviendo evidente y cualquier actividad que ameritara una reunión de sujetos animados se volvía una idea sumamente atractiva.

Las auroras boreales seguían apropiándose de los cielos siberianos, disfrazando los días de noche y las noches de día. Las nubes se coloreaban de azul, verde, rosado y amarillo, y resplandecían bajo la luz lunar. Los ríos congelados eran pistas de hielo para cruzar pueblos, y las carreteras perdían su rastro bajo la nieve. Las visitas de Julio y Raquel a las barracas se fueron volviendo cada vez más frecuentes. Los niños permanecían dentro de la casa o en los alrededores,

jugando con cualquier cosa que encontraran: una rama, una piedra, una hoja. Bendita sea la imaginación infantil que es capaz de convertir la miseria en un juego, en una misión detectivesca de hazañas y héroes. Especialmente Marcel encontraba la forma de recrearse con todo lo que hallaba en su camino. “Recuerdo que ya siendo adultos, mi hermano me confesó que sus años en la guerra fueron la gran aventura de su vida, mientras que para mí fueron una gran desgracia que reprimí hasta muchos años después”.

Los Abend se encontraban reunidos en una de las barracas junto con otras familias de refugiados, para comenzar una sesión de espiritismo. La oscuridad de la habitación era interrumpida por las llamas de velas altas y blancas. Parecían bailarinas delgadas brincando con sus tutús. Las mechas se dejaban consumir lentamente y derramaban gotas espesas de cera sobre la mesa. Harry las observaba con expectativa; las esperaba para tocar su esperma. Con sus uñas despegaba los trozos de cera como a una calcomanía y los amontonaba, ya fríos y tiesos, a su lado. Luego los calentaba hasta que se volvieran una masa uniforme y creaba nuevas velas. “Yo tenía cajas de velitas pequeñas, y cuando ellos se reunían para las sesiones de espiritismo yo les regalaba mis velas si se les terminaban las velas grandes. Era una pequeña ayuda”.

Se sentaron alrededor de una mesa de madera oscura y se tomaron de las manos. Los niños se quedaron en una esquina de la habitación, sentados en el suelo. Ellos observaban en silencio, atentos ante todo lo que ocurría. Las ventanas estaban cubiertas con telas y las puertas permanecían cerradas. De pronto, un largo silencio se regó por las paredes hasta callar los murmullos de las personas. “¿Cuántos años va a durar la guerra?”, preguntó tajante una voz masculina. Volvieron a guardar silencio y un hilo de tensión les recorrió la espalda. “Recuerdo que la mesa se levantó seis veces y dio seis golpes. Así fue como supimos que la guerra duraría seis años.”

SIBERIA, RUSIA — 1941

Ya para esta fecha, 300.000 judíos polacos (casi el 10 % de la población judía polaca), huyeron de zonas de Polonia ocupadas por los alemanes y cruzaron a la zona soviética. Si bien las autoridades soviéticas deportaron decenas de miles de judíos a Siberia, Asia Central y otras áreas remotas del interior de la Unión Soviética, la mayoría de ellos logró sobrevivir. Después del ataque alemán a la Unión Soviética en junio de 1941, más de un millón de judíos soviéticos huyó hacia el este a las regiones asiáticas del país, escapando de una muerte segura. A pesar de las duras condiciones del interior de la Unión Soviética, aquellos que escaparon hasta allí constituyeron el grupo más grande de judíos europeos que logró sobrevivir el ataque nazi.¹⁷

La montaña de té

El lápiz labial estaba rotulando los labios de una de las abuelitas cuando Harry las vio por primera vez; ellas habían invitado al pequeño para hacerle un trato. La otra anciana tenía un delineador negro con el que comenzó a pintar el contorno de sus ojos; con una mano se aplastaba el párpado y con la otra trazaba las líneas. Seguidamente el primer personaje continuó maquillando sus mejillas de un polvo rosado que, a su vez, iba salpicando la alfombra. El niño se dedicó a observarlas en silencio, sin atreverse a interrumpir aquel *performance*. Ambas se encontraban frente a un espejo ovalado y desteñido que reflejaba una biblioteca. De pronto, apareció un tercer personaje que brincó de la nada: un siamés gigantesco. El gato tomó la brocha del colorete y comenzó a frotarlo por sus bigotes blancos, imitando los movimientos de sus compañeras. Al finalizar el ritual de belleza, se incorporaron en la sala para atender al visitante.

¹⁷ <http://www.ushmm.org/wlc/sp/article.php?ModuleId=10007545>. Consultado el día 27 de enero de 2011.

Harry se comprometió a trabajar para el par de viejitas a cambio de un plato de sopa diario. Su rutina comenzó al día siguiente, después de haber pasado la mañana en la fila del pan. Llevaba un abrigo que le llegaba hasta los talones y un sombrero de tela que le cubría la frente. Las ancianas lo sentaron en un banquito y le dieron una navaja y un trozo de madera del que tenía que cortar pequeñas astillas. A falta de carbón, ellas utilizaban estos fragmentos de madera para mantener el fuego encendido. En el medio de la sala tenían un alto parlante que transmitía música clásica de compositores rusos como Rachmaninov y Tchaikovsky, y a ciertas horas transmitían noticias de la guerra. Ellas pasaban el día tejiendo, en silencio, suéteres, bufandas y guantes; era como si les cansara hablar, como si sus voces también hubieran envejecido. Las horas del día pasaban a una velocidad diferente. Harry se dedicaba a su pequeña labor y disfrutaba haciendo algo con su tiempo. Así, transformaba los trozos de tronco en finos residuos y sentía la satisfacción de ser productivo. El siamés lo acompañaba por ratos, acariciándolo con su cola blanca y pomposa. A veces le pasaba por entre las piernas y luego se acurrucaba junto a sus pies quedando como una bola de pelos.

El momento más deseado era el de las seis de la tarde, cuando Harry terminaba su jornada de trabajo y era premiado con una sopa. Generalmente eran caldos con gallina y papa cocida. Ahora podía comer dos veces al día. Se aferraba al cucharón y lo introducía en el plato con mucha emoción. No se detenía a observar lo que se metía en la boca, únicamente lo saboreaba como a un elixir poderoso de felicidad. Tampoco esperaba a que se enfriara, le gustaba la sensación del humo caliente chocando contra la punta de la nariz. No recordaba cuándo había sido la última vez que había masticado algo que no fuera miga de pan, y que, además, no estuviera prácticamente congelado. “Más nunca pude comer comida fría. Si, por ejemplo, estoy en un restaurante, necesito que me traigan el plato casi hirviendo, porque si no lo devuelvo para que me lo sirvan botando humo”.

Julio Abend había comenzado a trabajar para los rusos en el bosque. Pasaba doce horas talando árboles y volvía a la casa cuando anochecía. Su rendimiento

nunca pudo ser excelente y fue empeorando a medida que seguía haciendo tal esfuerzo físico, sin comer más que un miserable trozo de pan. Incluso, la mayoría de los días, no le daba tiempo de ir a la fila del kiosco y tenía que compartir el pan con su familia. Raquel sufría al ver a su marido raquítico y enfermo, y le pedía que no volviera al bosque porque terminaría muriéndose. Resistió unas semanas más, hasta que finalmente se quedó en cama padeciendo y con las defensas sumamente bajas. “Lo vino a buscar la policía y mi mamá salió al frente diciendo que él estaba enfermo, que no se sentía bien, que no había comida y que si talaba en el bosque se podía morir”. Hasta aquí llegó el intento laboral en Siberia.

El siguiente plan de supervivencia fue ir a las montañas a recolectar té. “Eso era muy apreciado, porque no era lo mismo calentar agua caliente sin nada, que de verdad tomar té; era un privilegio, algo sensacional”. No podían seguir dependiendo del pan ni de la sopas de agua; necesitaban comenzar a ganar dinero, o al menos, debían tener algún producto que pudieran intercambiar por vegetales en el pueblo. ¿Osos? Sí, unos días antes de la excursión, se habían enterado de la muerte de un vecino que fue víctima de las garras de un oso. Cuando Julio fue con su hijo mayor, Marcel, vio un oso a lo lejos que, gracias a Dios, siguió su camino sin enterarse de la existencia de los Abend. Después de que subieron varios kilómetros en la montaña, encontraron un riachuelo rodeado de hojitas secas de té. ¡Aleluya!, rápidamente se dedicaron a empacarlas en un par de maletas vacías que habían llevado. Recoger esas hojas fue como recoger oro; no había cosa más preciada para ellos en ese momento. Sólo los que han encontrado tesoros, podrían saber qué tipo de emoción experimentaron Julio y Marcel ese día. La misma tarde pudieron intercambiarlas por varios sacos de papa que supieron rendir por unas cuantas semanas. Raquel, por su lado, decidió bajar al pueblo para buscar un trabajo. Estaba desesperada sin su tienda de telas, sin sus clientes, sin sus viajes, sin su independencia financiera; pero no consiguió ninguna labor de la que recibiera algún tipo de beneficio.

Con la llegada del verano se solucionaban algunos de sus problemas. Las áreas verdes se llenaban de luz y calor. Ya no debían temer del frío ni de las tormentas

de nieve. Los niños podían jugar libremente en la colina, mientras los adultos hacían viajes al río para buscar agua y para lavar la ropa. Las horas que pasaban en la fila del pan ya no eran tan tenebrosas al contar con una sábana de calor que los arropaba durante la mañana. Había un acueducto hecho de madera que se comunicaba con otro pueblo, en el que Harry y Marcel exploraban continuamente. Iban tomados de la mano, inconscientes del gran peligro que significaba caminar por un canal de agua en donde la corriente podía barrerlos como a dos piedritas. Una tarde se perdieron en la fantasía de un mundo ideal, escalando por las paredes curvadas del conducto y brincando como un par de grillos. Levantaban sus brazos y corrían uno detrás del otro, sin que nada ni nadie los detuviera. Harry no sabía a dónde quería llegar Marcel ni cuál era su intención, pero lo seguía fielmente en su travesía. “Llegó un momento en que nos perdimos y nos tuvieron que ir a buscar”. La sensación de libertad que les generaba aventurarse en los bosques, lejos de la represión que debían sufrir diariamente, fue crucial en sus vidas.

SIBERIA, RUSIA — 1942

Con el comienzo del fusilamiento sistemático de judíos en la Unión Soviética y la deportación de los judíos europeos a campos de exterminio, el escape se convirtió en un asunto de vida o muerte. La mayoría de los no judíos ni ayudaban, ni impedían la “Solución Final”¹⁸, y fueron pocas las personas e instituciones que los ayudaron a escapar. Entre ellas se encontraban diversas organizaciones judías locales e internacionales, como el Comité para la Distribución Conjunta, la Agencia Judía para Palestina y el Congreso Judío Mundial.¹⁹

Un encuentro causal

Llegó el momento en que los movilizaron de esa casa. No fue una sorpresa, ya se había corrido el rumor de que trasladarían a los refugiados judíos hacia el sur de Rusia. Los Abend no tenían mucho qué empacar, ni qué preparar, y tampoco querían emitir algún tipo de opinión con respecto a lo que conllevaría mudarse a otro lugar; preferían no imaginar las posibles situaciones que aún les quedaban por vivir. Mientras se mantuvieran vivos y unidos nada podría arrebatarles la fe, pues sentían que pronto llegaría el fin de esa tragedia. Dicen que los seres humanos son capaces de acostumbrarse a cualquier cosa y que, muchas veces por eso, no trabajan por el avance. Considero, sin embargo, que es precisamente por esa cualidad, por que las personas han podido sobrevivir las situaciones más terribles de la historia humana.

¹⁸ Nombre del plan de la Alemania nazi para ejecutar el genocidio sistemático de la población judía europea durante la Segunda Guerra Mundial.

¹⁹ <http://www.ushmm.org/wlc/sp/article.php?ModuleId=10007545>. Consultado el día 04 de febrero de 2011.

Cuando llegaron a la estación del tren, Raquel no pudo dejar de recordar la última vez que había estado allí. De pronto, le pasaron dos años de vida en una secuencia de imágenes proyectadas en la pared. Julio la miró preocupado, le dio un beso en la frente y le rodeó la cintura con sus brazos. Los niños estaban sentados sobre los maletines, esperando con ansiedad la llegada del tren. Ya no era algo desconocido, era un hecho del que no podían escapar. En menos de una hora volverían a saltar al abismo del hedor de animal, los piojos, y la falta de comida y de intimidad. Otra vez caerían en el agujero en donde el tiempo se detiene y la desesperanza los visita diariamente. Mamá Rela no se había dado cuenta de que estaba llorando, hasta que su esposo le pasó un pañuelo por las mejillas. Ya no sentía miedo por ella, sino por sus hijos y por lo que podría pasarles si llegaran a separarlos.

El vagón era más espacioso y más oscuro de lo que Raquel recordaba. En su memoria, las rendijas eran más de dos y las literas no llegaban a ser más de cinco. Se recostaron de la litera, aún con sus abrigos puestos, y no movieron ninguna de sus posesiones hasta que arrancó el tren. Marcel y Harry estaban emocionados por el viaje y por explorar nuevos lugares. Julio y Raquel desplegaron una de las colchas de pluma de ganso sobre la cama que les asignaron y se acostaron a dormir para terminar de tragar el día.

Tal como lo recordaban, a cierta hora de la mañana se detuvo el tren y un soldado ruso les entregó un balde con agua, y otro con un caldo amarillento y rancio. Tomaron de los cuencos y se acostaron a dormir. En la tarde salieron del vagón, buscaron un espacio para hacer sus necesidades, volvieron al vagón y se acostaron a dormir. En este viaje había menos niños que en el de hacía dos años, así que los pequeños Abend se pudieron apropiarse de una de las rendijas, en la que pasaron horas conversando y divirtiéndose con lo que veían en el exterior. Contaban las vacas que pasaban cerca de los rieles, buscaban formas de nubes en el cielo, e inventaban adivinanzas y chistes que luego repartían como barajitas a los demás refugiados; la risa siempre los ayudaba a mantener las cosas en perspectiva.

Después de varias semanas llegaron a una nueva estación en donde comenzaron a agrupar a los refugiados por país de origen. Los soldados rusos los dirigían con disciplina y todos acataban sus órdenes sin titubear. La familia Abend estaba esperando en la fila de los polacos para ser trasladados a un nuevo refugio. Julio les repitió a sus hijos que, no importara lo que pasara, no se soltaran de la mano. Raquel no dejaba de observar a los que se iban integrando en la fila; todavía tenía la ilusión de reencontrarse con algún ser querido, o al menos, con alguien conocido. A unos pocos metros de ellos, se abrazaba histéricamente un grupo familiar; Mamá Rela no logró determinar si se estaban reencontrando o despidiendo, pero le entraron unos nervios terribles al imaginar que pronto llegaría su momento de partir a quién sabe dónde.

Afortunadamente no separaron a los Abend cuando les asignaron la nueva casa. Era tan pequeña como la anterior; estaba hecha con troncos de madera y tenía ramas secas embutidas en los orificios. En la parte trasera había un riachuelo bordeado con hojas de té y a los lados había otras casas con el mismo diseño rudimentario. Los compañeros de cuarto resultaron ser otra familia judía, que aún no había llegado, y una familia rusa que les robaba papas y repollo en las noches. Cuando Raquel y Julio estaban desempacando los cuatro trapitos que habían llevado en los maletines, escucharon unas voces que provenían de la parte delantera de la casa. Marcel y Harry corrieron a la puerta de la entrada al reconocer la voz del niño que había llegado: el primo Henry Gross. Seguidamente Mamá Rela, envuelta en un llanto descontrolado, soltó los abrigos que tenía en las manos y corrió para abrazar a su hermana Mary, que había llegado a la casa junto con su esposo, sus hijos y una vaca.

Julio ayudó a Abraham Gross, esposo de Mary, a desempacar y a organizarse en la habitación que les correspondía del refugio. Las hermanas Rosenblut conversaban agitadas en una emoción que continuamente terminaba en lágrimas, y los hermanitos Abend corrían con el primo Henry detrás de sus hermanas mayores, Mina y Regina, para levantarles los vestidos y verles la ropa interior. Los

nueve integrantes de la familia estaban abrumados por aquel reencuentro casual o causal, les había devuelto la alegría de vivir.

El tío Abraham era un hombre con una cualidad muy particular: tenía una caligrafía hermosa e impecable. En 1941, encontrándose como refugiado en uno de los pueblos de Siberia, se hizo pasar por contable ante los jefes rusos de la granja en donde trabajaba, y así consiguió que le dieran un sueldo. “Él realmente no sabía nada de contabilidad, pero se lo creyeron por su caligrafía. Los Gross no pasaron el hambre que nosotros pasamos, gracias a la viveza del tío Abraham. A él lo que más le interesaba era la elegancia. Los zapatos viejos o no viejos los tenía muy pulidos y sus trajes los tenía perfectos. Todo el mundo le tenía miedo; era muy alto y muy bien parecido, y siempre conseguía lo que quería”. Cuando la familia Gross huyó de Polonia, Abraham logró llevarse consigo un abrigo muy elegante, que llamó la atención del jefe de la granja. El ruso se lo quiso comprar, pero el desinterés de Abraham por los rublos hizo que la propuesta terminara en un cambalache: el abrigo por una vaca. De ahí en adelante, los Gross se llevaron su animal de granja a todos los pueblos que recorrieron durante la guerra, sobreviviendo a punta de leche y queso.

El invierno ya estaba tocando la puerta, así que debían apurarse con los preparativos de supervivencia. Raquel y Mary dedicaron la mañana a deshilar los suéteres y las bufandas viejas que habían estado utilizando ambas familias hasta entonces, para zurcir nuevos abrigos. Se sentían como cuando eran niñas y ambas estaban aprendiendo a coser vestidos con su madre. Raquel siempre estuvo interesada en el mundo de la ropa, y en toda la estética y la técnica relacionada con su elaboración. Y su hermana Mary simplemente disfrutaba de la conversación y de la compañía de un familiar querido. Los caballeros recolectaron varios gramos de hojas de té que, posteriormente, dividieron en dos mitades: una la intercambiaron por sacos de papa con otros refugiados, y la otra mitad la guardaron en la casa. También ordeñaron a la maravillosa vaca para almacenar la leche en unos envases que había traído Abraham.

Cuando los adultos salían de la casa, los niños hacían de las suyas. La pared que dividía la habitación de los Abend con la de los Gross tenía un hueco a unos metros del techo, así que los hermanos Abend se aprovechaban de las circunstancias para asomarse y fastidiar a sus primas, Mina y Regina, cuando se cambiaban de ropa. Marcel se sostenía sobre una mesa y montaba a Harry sobre sus hombros, y en cuanto él asomaba su cara por el hueco, las primas le lanzaban unos almohadones en la cabeza. El refugio estallaba en risas, gritos y plumas de ganso que se escapaban de las almohadas. “Nos querían ver desnudas, pero nosotras les arrojábamos los cojines del dote de mi mamá, y ellos se caían hacia el otro lado”, cuenta Regina, con picardía.

Marcel, impaciente porque sus padres no llegaban a la casa, decidió ir por su cuenta al pueblo vecino para buscar algo de comer. Agarró un par de tablas de madera que se habían desprendido de la puerta trasera de la casa y puso a hervir agua en un recipiente. Introdujo las tablas en el agua caliente y, cuando se ablandó el material, les hizo un pequeño doblaje para que adquirieran forma de esquís. Luego agarró unos paños viejos que Mamá Relá utilizaba para limpiar y se amarró las tablas a los zapatos. Salió en plena tormenta de nieve, dispuesto a recorrer aproximadamente veinte kilómetros sobre el agua congelada del río Vitim²⁰, para llegar al pueblo contiguo.

Harry, buscando a su hermano mayor, encontró sobre su cama una maleta que nunca había visto. No se parecía a los maletines que habían estado conservando desde que huyeron de Polonia; éste era de cuero negro con unas hebillas doradas. Cerró la puerta de la habitación y se acercó con cautela al objeto precioso. Desplazó las hebillas hacia los lados y, al abrir la valija, descubrió una bolsa llena de hojas de tabaco. La emoción que le invadió no fue únicamente por su gran hallazgo, sino por la popularidad que iba a ganar entre sus amiguitos al demostrarles que su familia tenía el privilegio de poseer tal producto. Rellenó los bolsillos de sus pantalones con hojitas de tabaco, cerró la maleta y salió de la

²⁰ Río ruso localizado en la Siberia Asiática.

habitación rápidamente para que nadie lo descubriera. Al día siguiente, Harry, con aires de victoria, buscó a sus amigos para mostrarles lo que había encontrado. Los niños se escondieron detrás de una casa vieja en las afueras del bosque, y se pusieron a enrollar el tabaco en tiras de periódico. “No tengo ni idea de dónde salió ese tabaco, pero yo encontré la maleta y fumamos. Luego me castigaron porque mis padres descubrieron que yo había agarrado”, confiesa Harry Abend, continuando con su historia.

El resto de sus días en Siberia pasaron con una rapidez abrupta. Resistieron las alucinaciones causadas por fiebres y los decaimientos físicos por la falta de alimentación. Conservaron la fe y la templanza, a pesar de haber sido reducidos de la forma más miserable jamás vista, y de haber perdido sus posesiones, sus trabajos y sus amistades. Se beneficiaron de las bondades del invierno al congelar la leche para conservarla fresca, y de los ríos congelados para usarlos como autopistas entre pueblos. Los días de verano los rindieron lavando ropa, jugando al aire libre y haciendo ejercicio. Los adultos nunca cesaron de buscar empleos y de aprovechar las pequeñas oportunidades que se les daban para llevar comida a la casa. Los Abend consiguieron un trineo que utilizaron como burro de carga y transporte, y los Gross un caballo al que le sacaron el mismo provecho. Los niños maduraban con el paso de los días, sobreviviendo y ayudando a sus padres en lo que podían. Nunca dejaron de ser libres.

KARGALINKA, KAZAKHSTAN — 1943

“El Ejército Rojo llegó a disponer aproximadamente 12,5 millones de soldados situados en los frentes noroccidental, occidental y suroccidental cuando, durante la Segunda Guerra Mundial, la lucha que tenía lugar entre la URSS gobernada por Josef Stalin y el III Reich dirigido por Adolf Hitler se encontraba en su punto más crítico. Sufrió terribles pérdidas en 1942 durante las batallas decisivas de Moscú, Leningrado y Stalingrado, pero finalmente consiguió cambiar el rumbo de la guerra a favor de los aliados en la batalla de Kursk (1943), la mayor batalla de la historia de la humanidad, en la que participaron directamente dos millones de soldados”.²¹

Noche de prisión

Como era de esperarse, los movilizaron de nuevo. A los Gross los enviaron a una granja en Alma-Ata²² y a los Abend los sepultaron en un pueblo remoto llamado Kargalinka²³. Desde 1942, momento en que fueron trasladados a este territorio, sus vidas habían dado un segundo vuelco. Julio y Raquel pasaban 16 horas trabajando como estajanovistas²⁴ en una fábrica textil, y Marcel y Harry asistían a una escuela rusa que quedaba a unas cuerdas de la barraca en donde vivían. Pocas semanas después, Marcel dejó de ir al colegio porque era golpeado por los

²¹ <http://usuarios.multimania.es/christianlr/01d51a93a00bc2104/01d51a93a00c08917.html>. Consultado el día 09 de febrero de 2011.

²² Fue la capital de Kazajistán hasta 1997 y es la ciudad más grande del país.

²³ Ciudad ubicada al sur de Kazajistán.

²⁴ Movimiento obrero socialista que nació en la antigua Unión Soviética y que propugnaba el aumento de la productividad laboral, basado en la propia iniciativa de los trabajadores.

niños rusos por ser judío, así que comenzó a frecuentar la fábrica con sus padres y a trabajar haciendo candados. “Marcel más nunca quiso estudiar, no quiso ir a ningún otro colegio en su vida”.

Lo primero que hacían cada mañana al llegar a la escuela era cantar en ruso el Himno Nacional de la Unión Soviética por la patria y por Stalin. Los obligaban a ponerse en fila y a cantarlo con la bandera alzada, y luego los dirigían a los salones. “No sé qué aprendíamos en ese colegio, pero íbamos. Al principio me daba terror quedarme solo, pero después me acostumbré, y recuerdo que incluso a veces mi madre me buscaba”. Harry, siempre que iba al plantel, llevaba de la mano a una niña llamada Lina que sufría de la vista. Su madre era Emma Davidovich, una mujer intelectual de edad contemporánea con Raquel, que vivía en la misma barraca que los Abend. “Emma siempre me recompensaba. Ella era muy generosa conmigo, estaba muy agradecida porque la niña no podía ir sola al colegio, estaba incapacitada y yo me ocupé durante todo ese tiempo”. La señora Davidovich conseguía darle un trozo de pan cada vez que podía y Harry aceptaba felizmente el trato; Lina tenía su misma edad, así que le convenía tener a una amiga. “Mi máxima ambición era poder comerme un kilo de pan. Por eso nunca he dejado de comprar pan”.

La fisonomía de Kargalinka consistía en una montaña que se convertía en una llanura perpetua. Al este de la ciudad estaba la gran fábrica textil en la que trabajaban todos los refugiados de la guerra; este grupo no estaba conformado únicamente por judíos, como lo estuvo en otras oportunidades, sino también por gitanos. Hacia el oeste se encontraban la cadena de barracas y la escuela rusa pública a la que asistían los hijos de los refugiados. Y al sur se extendían los llanos y sus riachuelos hasta tropezar con Kyrgyzstan²⁵.

En los días de verano acostumbraban utilizar el césped que rodeaba las barracas como si fuera un solárium, de forma que las mujeres se recostaban sobre unas

²⁵ Uno de los seis estados independientes turcos, ubicado en Asia Central.

cobijas para recibir la única vitamina gratuita que podían: la vitamina D proporcionada por la luz solar. Algunas veces ellas se quedaban dormidas y cuando despertaban se encontraban desnudas, gracias a las malas mañanas de algunas personas que aprovechaban esas circunstancias para abastecerse de lo que no les pertenecía.

Otra de las actividades que giraba alrededor del maravilloso sol de verano era la preparación de las tortas hechas a partir de excremento de vaca y heno. Una de las cosas más importantes era tener algo con qué calentar agua para cocinar y para bañarse en el invierno y, una vez más, al no tener carbón debían arreglárselas con otro tipo de material para no morir de hambre y de frío. Los refugiados recogían el excremento de las vacas que deambulaban por el pueblo, luego lo mezclaban con heno y lo machacaban con los pies tal como si estuvieran haciendo vino. Después se hacían tortas con la mezcla y las ponían a secar al sol sobre unas piedras. “Era como un tesoro. Después en el invierno lo utilizábamos como material combustible para calentar cosas”.

El colegio organizó un campamento de excursión con todos los estudiantes. Cada uno llevó un bolsito con una muda de ropa y una cobija. Caminaron por un río bordeado de rocas y peñascos abarrotados de culebras, hasta llegar a un campo en el que montaron unas tiendas de acampar. Todos los materiales eran muy primitivos y la cantidad de alimentos que les suministraban a los niños era prácticamente nula. En el día hacían actividades recreativas que no necesitaran elementos materiales, como jugar al escondite o competencias de carreras, y en las noches dormían. La cantidad de tiendas de refugio no era proporcional a la cantidad de alumnos que habían llevado, situación que hizo que algunos niños, incluyendo a Harry, tuvieran que dormir a la intemperie exponiéndose a insectos, lluvias y enfermedades. “Estuve en esa excursión hasta que mis padres me vinieron a buscar y ya yo estaba con piojos, pulgas, desnutrido y medio muerto”.

Todo el tiempo que habían estado desempleados se compensó con el exceso de horas de trabajo que les obligaban a cubrir en la fábrica textil. Julio Abend se

dedicaba a ser tornero ejerciendo un enorme esfuerzo físico que no era remunerado apropiadamente. El sueldo que les pagaban a los refugiados era miserable y únicamente les daban de comer una sopa insípida acompañada de un trocito de pan. “Mi pobre padre sufría siempre del estómago. No tenía el físico, no estaba preparado físicamente para hacer esos trabajos tan arduos”. Pero no había excusa que valiera para ausentarse en la fábrica, y los que faltaban o llegaban tarde eran castigados con más horas de trabajo. Los jefes rusos vivían bien; ellos comían, se vestían y calzaban adecuadamente a diferencia de los trabajadores, que tenían que ir con trapos envueltos en los pies porque no les alcanzaba el sueldo para comprarse un par de botas. Mientras los hombres se encargaban de las máquinas pesadas, las mujeres cosían durante 16 horas ininterrumpidas, uniformes para el ejército rojo. Raquel Abend y Emma Davidovich compartían diariamente tanto en la fábrica como en la barraca, creando un fuerte lazo de amistad que duraría hasta finalizar la guerra. A Marcel lo dejaban entrar en la fábrica, así que aprendió a hacer cerraduras que luego comenzó a vender como pan caliente, gracias a su calidad y utilidad.

Debido a que Harry era el más pequeño de la familia y no trabajaba, era el más perjudicado en el área de la alimentación. Sus padres y su hermano contaban con la sopa que les proveían en la fábrica, pero las escuelas no les daban de comer a los niños. Por esta razón fue que Mamá Rela decidió cederle el trozo de pan que se ganaba diariamente a su hijo menor. Los muros que rodeaban la fábrica eran altísimos, de forma que todos los trabajadores debían pasar por el control de la entrada sin escapatoria. Raquel no podía demostrar que se estaba llevando un trozo de pan de la fábrica, pero acordó con Harry que todos los días a las 5 de la tarde se encontrarían en un punto específico del muro para lanzarle el trocito de pan. “Ella me gritaba — ¿Harry estás ahí? — ¡Si, mamá!, y así hacíamos. Yo no tenía otro medio de sobrevivencia, no había otra forma”. Además era el único momento en que tenía algún contacto con su madre, porque cuando se levantaba para ir a la escuela ya sus padres habían salido a la fábrica, y cuando se acostaba

a dormir, aún no habían vuelto. “Sólo oía la voz de mi madre a las 5 de la tarde cuando me tiraba el trozo de pan en la fábrica”.

Por la falta de materia combustible, Mamá Rela se robó unas astillitas de madera de la fábrica para poder prender fuego y cocinarle a su familia. Al pasar por el control en la hora de salida, una empleada cosaca le encontró las maderas escondidas en su abrigo y la acusó de ladrona con las autoridades rusas. Como no había una cárcel en el pueblo, la metieron en un establo de caballos en el centro de la plaza. Julio, sin enterarse de los acontecimientos, seguía trabajando en la fábrica en compañía de su hijo mayor. Harry, estando solo en la habitación de la barraca, se sentía preocupado porque ningún miembro de su familia había vuelto. Decidió salir a buscar a su mamá y, después de recorrer todo el pueblo, se acercó al establo de caballos y se asomó por un agujerito que había entre las tablas de madera, encontrándose con que su mamá estaba tirada entre unos cubos de paja. “La llamé y me respondió — no te preocupes, hijo, que ya me van a soltar —. Claro, yo estaba llorando, yo era muy chiquito y estaba aterrorizado”.

Raquel pasó la noche durmiendo entre los caballos por haber intentado llevarse unas maderitas para poder calentar agua de río. Al día siguiente, los guardias rusos la sometieron a un juicio frente a la empleada cosaca como testigo del robo. Le preguntaron a Mamá Rela cuál había sido su intención al llevarse una propiedad de la fábrica, y Raquel confesó que lo había hecho únicamente para comer. Después de haberla tenido encerrada unas horas más, la dejaron ir.

KARGALINKA, KAZAKHSTAN — 1944

“... ¡Camaradas! El pueblo soviético patentiza un desvelo infinito por el Ejército Rojo. Está dispuesto a transmitirle toda su energía para robustecer aún más la potencia defensiva del país soviético. En poco más de cuatro meses los pueblos de la Unión Soviética han entregado al fondo del Ejército Rojo más de siete mil millones de rublos. Ello prueba una vez más que la contienda con Alemania es en verdad una guerra popular, la guerra de todos los pueblos que habitan el mundo soviético. Trabajadores, campesinos colectivistas e intelectuales siguen laborando con pulso siempre firme en fábricas e instituciones, granjas colectivas y propiedades soviéticas, soportando con fortaleza y coraje todas las privaciones que acarrea la guerra. Pero la guerra contra el invasor alemán y fascista exige todavía más cañones y tanques, más aviones, ametralladoras, metralletas, morteros, munición y provisiones para el Ejército Rojo...”²⁶. (Stalin, 1 de mayo 1943).

La cortina indiscreta

Todos los domingos, a la misma hora, llegaba al pueblo un hombre en un caballo. Cuando el sol comenzaba a distanciarse en el horizonte, se escuchaban sus galopes acercándose a las barracas. Boris, un niño de la misma edad de Harry, corría desde el patio en donde solía jugar y le avisaba a su madre que el caballo se estaba acercando. La señora corría a su habitación, se enjuagaba la cara y se cambiaba el vestido. Luego se recogía el cabello y se pellizcaba las mejillas para sonrojarlas. Sin perder más tiempo corría a la plaza del pueblo y se sentaba a esperar a aquel hombre. El caballo de cola pelirroja se paraba al lado de ella, e

²⁶ <http://www.mundosgm.com/smf/index.php?topic=1753.0;wap2>. Consultado el día 09 de febrero de 2011.

inclinaba su cabeza para saludarla. El hombre se bajaba de la silla y la ayudaba a subirse al animal para llevársela lejos de Kargalinka. Después de la salida de la luna, la dejaba en la puerta de la barraca y con un beso se despedían hasta la siguiente semana.

Julio y Raquel seguían trabajando cotidianamente en la fábrica textil, tratando de sobrevivir por sus hijos. Estaban seguros de que cada día faltaba menos para el fin de la guerra, y confiaban en que pronto llegarían mejores tiempos. La experiencia que Julio fue adquiriendo con la maquinaria de la empresa lo ayudó a no lastimarse tanto físicamente. Raquel había descubierto que el último año había sido menos doloroso, ahora que estaba invirtiendo su tiempo en el trabajo. La necesidad del hombre por crear y por seguir una rutina lo persigue en todo momento. Convertir una labor obligatoria, como lo eran coser y manejar un torno, en una experiencia que los ayudaba a perfeccionarse como seres humanos, les permitía sentirse libres ya que estaban escogiendo hacer correctamente lo que inevitablemente tenían que hacer.

Diariamente se despertaban con el toque de la campana y luego tenían una hora libre antes de que los guardias rusos los enviaran a la fábrica y a la escuela. Era el único momento que tenían para ocuparse de sí mismos, para deliberar y profundizar sobre los acontecimientos que aguantaban cada día. Este tiempo lo aprovechaban para conversar, para meditar, para disfrutar del silencio, e incluso, algunas familias rezaban. “Que yo recuerde no había una sinagoga en ese pueblo, por eso yo fui criado con la base de sobrevivir: la comida. Que yo recuerde mis padres no rezaban, después en Venezuela sí. Me llevaban a la sinagoga y me hacían ayunar. Pero durante la guerra no sabía que existía la religión”.

Cuando Marcel salía de la fábrica, buscaba una vela en la barraca y se iba al riachuelo más cercano. A veces Harry lo acompañaba y a veces iba solo. Se sentaba en la orilla y, bajo el cielo nocturno, insertaba un hilo dentro de un ganchito que él mismo creaba con alambres de la fábrica. Enganchaba una lombriz y se amarraba la punta del hilo en el dedo índice antes de lanzarlo al agua.

Así pasaba el tiempo hasta que se consumía toda la cera de la vela y luego, para cenar, llevaba una cubeta llena de pececitos a la habitación de su familia; otras veces volvía con las manos vacías. Una vez que tenían la cubeta con peces, Harry y Marcel debían encontrar una manera efectiva para cocinarlos. La mayoría de las veces hacían un plan estratégico para robar las tablas de madera de los baños públicos que estaban afuera de las barracas. Mientras Harry vigilaba, Marcel desprendía los clavos que sujetaban las vigas, y luego salían corriendo por un caminito de piedras que trazaba el recorrido desde los baños hasta las viviendas. Esos peces saciaban lo que el pan no lograba. Disfrutaban comiéndose hasta los ojos con un apetito increíble.

Harry y Marcel también escalaban la montaña que estaba al norte de Kargalinka y caminaban por horas para encontrar algo comestible. Hallaban hierbas y huevos de diferentes animales que nunca supieron determinar, y que una vez que se los comían, terminaban intoxicados y con los ojos brotados. La desesperación que les causaba el hambre era tan fuerte que, aun sabiendo que acababan enfermos cada vez que consumían los huevos que encontraban en el monte, seguían recogiendo para llenar el estómago y para calmar la impotencia que les causaba no poder ir a un mercado a comprar comida fresca. Por otro lado, se les presentaron oportunidades que no pudieron aprovechar. “Yo era sumamente penoso y uno que otro amigo ruso que no vivía en barracas sino en casas, me ofrecía pedacitos de quesos y cosas así, pero por pena yo los rechazaba aunque me estuviera muriendo del hambre”.

Había días en que el olor a podredumbre que surgía del par de baños se propagaba por el interior de las barracas. Los “sanitarios”, que eran cualquier cosa menos higiénicos, eran dos cubículos hechos con tablas de madera que encerraban a un recipiente de hojalata, a un hueco en la tierra y a una pala. Los refugiados debían formar largas filas para tener privacidad y hacer sus necesidades. A veces pasaban semanas en las que no se limpiaban estos cuchitriles y se acumulaban las heces y la orina de cientos de personas. Algunos sufrían de estreñimiento y otros de diarrea por el desorden alimenticio que tenían.

Cuando llegaba el invierno, el frío y la neblina se disipaban por todo el pueblo dificultándoles la capacidad de respirar. Con las ventanas congeladas y la falta de calefacción, se aferraban al ejercicio físico que hacían en el trabajo para encontrar algo de calor. Los faroles del pueblo se mantenían encendidos de día y de noche, eclipsando la luz de las estrellas. Las mañanas tardaban en aclararse y las noches llegaban más temprano de lo usual. La comida no se les mantenía caliente y terminaban tomando una sopa fría, cuyo contenido siempre era el mismo dependiendo del tipo de verdura que se almacenaba en el invierno. A veces, milagrosamente, aparecía un trozo de pescado con muchas espinas adentro del cuenco, en vez de un trozo de zanahoria o de papa.

Durante estos meses había más enfermos y más muertos que en el resto del año. La oscuridad los desolaba y los hacía sentirse menos optimistas y sin propósitos por los cuales seguir viviendo. Cuando sonaba la campana de la mañana, se les hacía más difícil separarse de la sábana del catre para salir a enfrentarse con el nuevo día. En cambio, los jefes rusos se encontraban muy a gusto en la casa central, en donde charlaban, tomaban vodka y jugaban cartas, damas y ajedrez. Las paredes estaban pintadas de blanco y los muebles de madera pulidos. El suelo se mantenía limpio y los salones tenían un olor agradable. Ellos se conservaban bien abrigados, y disponían de una chimenea y de refrigeradores con comida fresca.

Muchos de los refugiados de Kargalinka morían de hambre, de frío, de tristeza y de epidemias. El caso más grave fue cuando cundió una epidemia de tifus en el pueblo. Esta enfermedad se transmite a una persona no infectada que rasguña la mordedura del piojo y frota las heces en la herida, o a través de bebidas y alimentos contaminados por las heces u orina que origina el síndrome febril. Mamá Relá fue una de las personas que lo contrajo. “Las autoridades enviaban a los enfermos al hospital y todos sabíamos que para disminuir la epidemia los mataban, o en otras palabras, no salían vivos”. Hacían grandes fogatas en donde lanzaban y quemaban toda la ropa impregnada de piojos y pulgas, y llevaban a los infectados a las salas médicas. Casi ninguna persona sobrevivía, porque ya tenían

la enfermedad muy avanzada y, con lo primitiva que era la enfermería y la asistencia médica, les era más sencillo dejarlos morir antes de que se siguiera propagando la epidemia.

Cuando Raquel fue examinada, le entregaron un récipe para que fuera atendida en el hospital. Marcel, que era cinco años mayor que Harry, se dio cuenta de que si su madre ingresaba en la enfermería, no volvería a salir. Por esto buscó la receta médica y la rompió y no dejó por ningún motivo que se la llevaran de la barraca. Entonces Sarah, una gitana que había trabajado en un circo y que vivía en la misma habitación que los Abend, aisló a Mamá Rela detrás de una cortina y se ocupó de ella. “La lavaba y la cuidaba como si fuera una cuarentena, y así le salvó la vida”.

Su esposo y sus hijos sufrían al ver a Raquel postrada en aquella cama, enferma y aislada de ellos. Ella tenía todo el pecho cubierto de una erupción color rosa y el cuerpo lo tenía extremadamente caliente con una fiebre de más de 40° C. Sufría de náuseas y vómitos, y tenía terribles dolores musculares. Sarah le cambiaba diariamente la cubeta en la cual vomitaba y la ayudaba a levantarse para ir al baño. Mamá Rela dormía y dormía por horas, sin poder abrir los ojos. Padecía de escalofríos y perdía constantemente el apetito, cosa que la debilitaba aún más. Así pasó varias semanas, sin antibióticos ni ningún tipo de tratamiento, nada más que con el reposo que guardó durante la enfermedad. “Lo único que puedo decir es que se salvó de milagro, porque había muchos fallecimientos por esta epidemia. Eso fue una de las cosas más dramáticas que viví, el miedo de perder a mi mamá fue terrible”.

KARGALINKA, KAZAKHSTAN — 1945

“En los seis años últimos, mis advertencias habían sido tantas y tan detalladas, y resultaban ahora tan terriblemente justificadas, que a nadie le cabría contradecirme. No podría reprochárseme de haber desencadenado la guerra, ni de haber incurrido en falta de preparación para ella. Sabía mucho acerca de todo lo que ocurría, y estaba seguro de no fracasar. Por lo tanto, y aunque deseando que llegase la mañana, me dormí apaciblemente y no necesité desear sueños optimistas. Los hechos valen más que los sueños.”²⁷

El final esperado

Cada mañana iba al correo del pueblo para esperar la llegada de una carta. No se trataba de una misiva cualquiera sino de una respuesta proveniente del mismo Josef Stalin. Emma Davidovich y su esposo eran una pareja de intelectuales que creían furibundamente en el comunismo. Ambos estaban inscritos en el partido comunista y él había desaparecido desde antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939. Emma aguardaba a su esposo con una esperanza inquebrantable, sin perder la fe, y le escribía al propio Stalin preguntando por él; la respuesta era siempre la misma: “zdorovoï rabochyei”²⁸.

Harry había descubierto una nueva forma de entretenerse. Al salir del colegio, se reunía con unos niños cosacos para recrearse con un juego parecido a las bolas criollas, pero ellos fabricaban unas piezas hechas con huesos de carneros que rellenaban de plomo. El juego consistía en lanzar el hueso horizontalmente sobre el suelo y el jugador que más se acercaba al mingo era el ganador. Algunos niños

²⁷ Sir W. Churchill. La Segunda Guerra Mundial. La guerra crepuscular. Parte II.

²⁸ Está saludable y con trabajo.

aprovechaban que otros no tenían fuego para derretir el plomo, entonces les vendían los huesitos ya fabricados; así lograban que la pieza cayera justo en el sitio que querían, sin que el viento se la llevara. También jugaban a tumbar una pirámide de latas con una bola hecha de tela, y el ganador era aquél que derribara más latas en menos turnos. “Yo creo que sobreviví la guerra por el afán de jugar, por ese ímpetu de seguir jugando. Yo me imaginaba que la vida realmente era así, yo no tenía noción de que había una guerra andando, era completamente ignorante. Y creo que esa forma de no concientizar la guerra y la tragedia, sino de pensar que la vida era así, me ayudó a sobrevivir.”

Raquel había escuchado hablar de un pueblito en donde se hacían intercambios de todo tipo de cosas, así que le pidió a su hijo mayor que la acompañara y recorrieron cerca de 10km a pie. Mamá Rela se llevó todas las joyas que había estado conservando desde que había huido de su país. “A mamá no le importaba cambiar sus joyas de Polonia por comida, pero había gente que no las cambiaba y se moría de hambre con las joyas puestas”. Al final del día, encontraron un almacén de comida que aceptaba hacer cambalaches, en el que intercambiaron un saco de papas por la sortija de matrimonio de Raquel. Algunas papas estaban en buen estado y otras estaban podridas, pero la emoción que tenían por haber encontrado algo de comer era tan grande que, entre Raquel y Marcel, arrastraron el saco los 10 km de camino hasta llegar de nuevo a la barraca de refugiados en Kargalinka. “Cuando yo imagino a mamá todavía joven y a Marcel de niño jalando kilómetros y kilómetros ese saco de papas...”, suspira Harry Abend, sin poder finalizar la oración. Todos los refugiados de la misma barraca participaron en el gran banquete de papas. Entre todos hicieron una fogata y cocinaron todas las que estaban dentro del saco, sin importarles que hubiera unas en mal estado. Se devoraron aquella cena con un gozo excepcional, disfrutando de cada mordisco como si realmente fuera el último. “Este tipo de acontecimientos eran realmente intensos y muy vívidos y gloriosos”.

Había noches en que la plaza del pueblo se llenaba de gozo y celebración. Los refugiados se reunían y armaban un pequeño escenario con una tarima hecha con

tablas de madera. Tenían muy pocos recursos, pero la alegría de las personas reducía la importancia de lo material. Celebraban que seguían vivos y que tenían amistades con las cuales compartir. Julio Abend recordaba cuando solía ser bailarían en Viena y en Buenos Aires, y se entusiasmaba al invitar a bailar a su esposa Raquel. También enseñaba a los niños a bailar tango y los adultos aplaudían al son de los pasos. Muchos se disfrazaban con las sábanas de los catres y se las enrollaban en el cuerpo como mantas griegas y romanas. Algunos ancianos pasaban al frente y contaban chistes, otros se sentaban en el suelo para observar a las parejas bailando sin música. Así pasaron los últimos meses de la guerra: sobreviviendo a como diera lugar.

La ciudad de Berlín fue capturada por las fuerzas soviéticas en mayo de 1945, y los alemanes se rinden el 7 de mayo de 1945. En agosto, la guerra en el Pacífico termina, después de que Estados Unidos lanzara bombas atómicas en las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Finalmente, Japón se rinde formalmente el 14 de agosto, poniéndole fin a la Segunda Guerra Mundial²⁹. Todas las personas salieron de las barracas, de las fábricas, de los negocios y de los colegios. Había grandes aglomeraciones de gente gritando, llorando y celebrando en las calles. Kargalinka estalló en aplausos y lágrimas de las personas que se encontraban escuchando por los altoparlantes de la plaza. “Todos estábamos esperando a que el camarada Stalin hablara, porque había terminado la guerra. Stalin hacía ofrecimientos a todos los sobrevivientes que habían trabajado en la fábrica; que si se quedaban en Rusia, la vida sería completamente diferente, que habría comida, ropa, etc., porque la guerra era la responsable de todas las carencias que habían sufrido los refugiados de guerra”.

Había varios organismos internacionales como la UNRA (Organizaciones de las Naciones Unidas para el socorro y la ayuda)³⁰, que ayudaban a encontrar parientes desaparecidos durante la guerra, y así, lograron que Stalin propiciara

²⁹ <http://www.ushmm.org/wlc/es/article.php?ModuleId=10005760>. Consultado el 22 de febrero de 2011.

³⁰ Asimov, Isaac. Historia y Cronología del mundo. Editorial Ariel. Pág 934.

una apertura para que todos los ciudadanos de diferentes nacionalidades pudieran regresar a sus países de origen, con tal de no estar inscritos en el partido comunista. “Por supuesto, mis padres buscaron la forma para irse, porque por nada del mundo querían quedarse allá, ni que les ofrecieran montañas de oro como todo el mundo decía que Stalin estaba ofreciendo”. La amiga más cercana a la familia Abend, Emma Davidovich, decidió quedarse en Kazakhstan para esperar a que regresara su marido. “Emma se quedó, pero ella ha podido salir si se hubiera casado, aunque fuera de mentira, con alguien no inscrito en el partido comunista. Pero ella dijo que no, que ella iba a esperar a su marido, porque Stalin le había dicho que estaba saludable y que trabajaba. Ella decía — Él va a volver, yo voy a estar casada con otro y no voy a estar aquí y él va a volver — y le decíamos que él no volvería”. Pero los Abend no esperaron para correr a la barraca, recoger todas sus pertenencias y caminar a la estación en donde los recogería el transporte para llevarlos de nuevo a Polonia. El ambiente era completamente diferente al de los últimos seis años. Por un lado había esperanza, alegría y entusiasmo, y por otro lado había tristeza y derrumbamientos. Las personas seguían sintiendo desconfianza ante lo que acontecía y medían sus pasos con mucha precaución. La estación estaba colmada de grupos de personas de diferentes nacionalidades que se reencontraban con sus seres queridos. Los trenes estaban abarrotados de personas entrando y saliendo de la ciudad. Había soldados y militares dispersos entre las multitudes de gente. La seguridad rusa verificaba que las personas que querían salir del país, no estuvieran inscritas en el partido comunista.

Julio, Raquel, Marcel y Harry lograron montarse en un camión cerrado que se dirigía a Europa. No eran los únicos, el transporte estaba repleto de judíos y de familias de refugiados que tenían el mismo propósito. Aunque se les permitía salir del territorio ruso, la situación seguía siendo delicada porque aún había linchamientos y persecuciones en las calles. “En las fronteras todo el mundo se quedaba en silencio, nos decían que nos calláramos la boca, los niños no debían

llorar y el conductor les decía a los guardias que estaba llevando una mercancía equis, pero en realidad, éramos nosotros.”

AUSTRIA — POLONIA — 1946

Las cifras de pérdidas humanas durante la Segunda Guerra Mundial son espeluznantes. Aunque solo se puede hacer una estimación, se ha llegado a la conclusión de que ninguna otra guerra ha causado tantas muertes en toda la historia de la humanidad. Se calculan 55 millones de fallecimientos, de los cuales 25 millones eran militares y el resto civiles; entre ellos se encontraban grupos de gitanos, homosexuales, francmasones, personas discapacitadas y miembros del clero católico. Igualmente hay que agregar el asesinato de aproximadamente 6 millones de judíos que fueron aniquilados en el Holocausto ocasionado por los alemanes nazis. Estas cifras no pueden ser más que una estimación debido a que se perdieron muchos de los registros civiles por bombardeos y traslados de población.

.

Ruinas de tesoros

Los Abend fueron albergados en un campamento de refugiados en la ciudad austríaca de Salzburgo, en donde se reencontraron y convivieron con los primos Gross. El campamento estaba conformado por barracas que alojaban a varias familias por habitación; cada una de ellas estaba separada por telas y cortinas que les permitía a las personas tener privacidad. Los refugiados estaban bien atendidos, y se les facilitaba comida y ropa mientras se resolvía el traslado a sus países de origen. En esta ciudad, Mamá Rela comenzó a frecuentar el teatro de ópera con sus sobrinas Mina y Regina, en donde escuchan un repertorio musical concentrado principalmente en las obras de Mozart y Strauss. Cuando caminaban al teatro, Regina observaba por las ventanas de las casas de los alemanes las cortinas de encaje que tenían, y le preguntaba a su tía Rela: “¿Nosotros vamos a

vivir alguna vez así?”, y Raquel le contestaba: “Sí, nosotros vamos a ir a América y vamos a ser bien atendidos y vamos a usar medias de seda”.

Mientras tanto, Harry se quedaba jugando con los ancianos dentro de las barracas; aquí fue en donde aprendió a jugar póker. Observaba a los adultos jugando y apostando dinero, y eso le causó una gran fascinación. Luego comenzó a pasar sus días jugando incansablemente con el que se atravesara en su camino y, eventualmente, su atracción por el póker causó cierto desconcierto en sus padres, quienes terminaron decomisándole las barajas. Harry no pudo tolerar que le arrebataran, una vez más, lo único que le daba alegría, y comenzó a sufrir tembladeras en las noches. Raquel y Julio lo llevaron al psiquiatra que vivía en el campamento y, después de que el hombre examinó a Harry, les dijo: “Devuélvanle las barajas”. Años después, Harry Abend confiesa que el póker representaba a su abuelito “Abend el rojo”.

Tiempo después, cuando les consintieron partir a Polonia, ambas familias se instalaron en una casa en Breslau, una ciudad polaca reconocida por el buen teatro, que había quedado en ruinas después de la guerra. “Nosotros en Breslau teníamos miedo porque aún existían pogromos³¹. Había mucho temor de regresar a la casa de uno porque era peligrosísimo. Es más, la aya de mis padres nos escribió una carta diciendo que mejor no regresábamos a la casa, y nosotros entendimos la indirecta y no regresamos”. En cambio, nadie pudo detener al tío Abraham, quien sí se atrevió a volver a su casa en Nisko y, unos días después, tras haber vendido su propiedad, regresó sano y salvo a Breslau.

Harry y su primo Henry Gross comenzaron a investigar por los alrededores de la casa en donde vivían. Descubrieron ruinas de casas y edificios, y allí se aventuraban para recoger muebles, juguetes, bicicletas y todo tipo de cosas, que luego vendían a negocios especializados en comprar objetos perdidos durante la guerra. “Comenzamos a ser muy avispados porque como en Rusia no había nada

³¹Movimiento popular dirigido por las autoridades zaristas para la exterminación de los judíos. Consistía en el linchamiento multitudinario de un grupo particular, acompañado de la destrucción de sus bienes.

de eso, ahora veíamos posibilidades y oportunidades en todas partes”. Raquel y Mary siempre se preocupaban por sus hijos y les prohibían volver a las ruinas, porque podían tener un grave accidente. “Recuerdo que había mucho control de parte de mi familia. Me decían que no saliera, que era peligroso. Mamá nos preguntaba que qué estábamos haciendo y nos regañaba, pero nosotros lo hacíamos inclusive a escondidas. Claro, una plataforma de esas que se fuera para abajo... Nos podíamos matar”. A veces, caminaban sobre una viga para cruzar de una habitación a otra, porque veían algún objeto valioso que podían vender por un alto precio. Así fue como comenzaron a ganar dinero para comprar comida. En Breslau había mercados que vendían abiertamente todo tipo de alimentos y ya, tanto los Abend como los Gross, eran capaces de costear lo básico. “Se podía comprar hasta jamón, que era muy famoso el jamón polaco”.

Meses después, movilizaron a los Abend a una ciudad polaca llamada Szczecin, en donde fueron hospedados en un apartamento que había estado tomado por los nazis. Desde la ventana de la sala, podían observar a los soldados alemanes marchando por las calles para abandonar la ciudad, “era al revés de como había sido antes, que nosotros éramos los que salíamos y les dejábamos las casas a los alemanes”. Harry había estado coleccionando todas las monedas que fue encontrando en los diversos países por los cuales habían pasado al finalizar la guerra: Rusia, Checoslovaquia, Hungría, Suiza y Austria. Parte de sus ahorros los invirtió en el único juguete que tuvo en su infancia: una patineta roja. “Era tan adelantada que tenía un pedal que tú podías apretar y la rueda de atrás giraba y no tenías que sacar un pie afuera. Yo nunca he visto otra patineta como ésa, yo no necesitaba bajarme de ella. Iba raspando por la acera a una velocidad impresionante, no tenía miedo”. Lamentablemente, cuando sus padres decidieron trasladarse a Alemania, le prohibieron a Harry llevarse el monopatín. En el mismo vecindario vivía un niño que solía fastidiar y golpear a Harry y, justo el día en que la familia Abend iba a partir, el niño se acercó para despedirse y Mamá Rela aprovechó la oportunidad para regalarle la patineta. “Les dije que era el único juguete que yo había tenido en mi vida, y se lo regalaron a un muchacho que era

enemigo mío. Eso fue un sufrimiento impresionante. Nunca me he olvidado, me regresa el dolor cuando pienso en eso”.

FÜRSTENFELDBRUCK, ALEMANIA — 1947

“Él gobernará las naciones
y enderezará los asuntos respecto a muchos pueblos,
que trocarán sus espadas en rejas de arado
y sus lanzas en podaderas.
No alzaré espada nación contra nación,
ni se entrenarán más para la guerra”.³²

Días de cine y contrabando

El plan de emergencia en Fürstenfeldbruck³³ consistía en quitarles a los alemanes una habitación de sus viviendas, para cedérselas a las familias sobrevivientes de la guerra. A los Abend los acogieron en las afueras de la ciudad, en la calle Maisach Strasse, que comenzaba en Fürstenfeldbruck y desembocaba en el aeropuerto americano de Maisach. “Una de las últimas casas de esa calle era donde nosotros vivíamos: en la número 60. Yo lo recuerdo hasta hoy en día”. Ellos vivían en la planta baja de la casa, debajo de una familia alemana, y utilizaban el sótano para calentar agua y bañarse. En la parte trasera había un jardín repleto de árboles de manzanas que fueron de gran utilidad en momentos de escasez. El trato con los vecinos era lejano, exceptuando a la señora de la familia alemana que se hizo amiga de Raquel. En ningún momento fueron agredidos ni humillados por ser polacos y judíos. La hostilidad que antes había hacia ellos, cesó lentamente con el fin de la guerra.

Un día recibieron una carta dramática de Emma Davidovich, la amiga que Raquel había tenido en Kargalinka, en la cual manifestaba que se había enterado de la

³² Isaías 2,4

³³ Ciudad alemana ubicada en el Estado Federado de Baviera.

muerte de su marido. Resultaron falsas las respuestas de Stalin cuando le contestaba que su esposo estaba “saludable y con trabajo”, porque el hombre había sido asesinado en el año 1939, incluso antes de que estallara la guerra. Emma confesaba que estaba arrepentida de no haberse ido de Kazakhstan, porque la persona que ella estuvo esperando por tantos años estaba muerta, y también estaba desolada porque su hija Lina, siendo apenas un bebé, se había quedado sin padre. “Eso fue muy doloroso. El episodio de Emma es como la literatura de León Tolstoi o de Máximo Gorki. Es muy dramático, el mismo Stalin lo asesinó”. Los Abend más nunca supieron de ella.

A una hora de Fürstenfeldbruck estaba München³⁴; allí, Harry asistía a una escuela hebrea, y Marcel a una escuela de tecnología; él solía levantarse más temprano que su hermano menor porque le gustaba pulir sus zapatos y ordenar su cama antes de partir de la casa. Todas las mañanas se iban juntos a la estación del tren en una bicicleta que tenía la particularidad de no tener cauchos sino unas mangueras macizas que Marcel le había adaptado en las ruedas. “Muchas personas de la ciudad andaban en bicicletas mucho más sofisticadas, pero nosotros no”. Harry iba sentado en la barra de la parte delantera y su hermano mayor iba conduciéndola. “A veces agarrábamos el tren en pleno vuelta, y luego llegaba a Fürstenfeldbruck y cambiaba de tranvías dos veces más hasta llegar al colegio”.

En Fürstenfeldbruck había un club hebreo al que los Abend solían asistir con bastante regularidad. Ahí se reunían con muchos refugiados de la guerra; había víctimas con la marca en el brazo del campo de concentración y personas sobrevivientes de Siberia. “No había casi niños, solo recuerdo a mis primos y a Marcel. Yo no conocí ahí a ningún niño sobreviviente”. En ese club, Harry aprendió a jugar ping pong y ajedrez, y comenzó a hacer comercio de contrabando para llevar dinero a su familia. Como seguía siendo menor de edad, era menos

³⁴ Capital y ciudad más importante del Estado Federado de Baviera.

peligroso que lo descubrieran contrabandeando a él que a sus padres. “Era una época muy diferente, ya todos comíamos. Mis padres trabajaban muy poco porque no tenían en qué emplearse, pero hacían lo que hacía todo el mundo: conseguían cosas de contrabando y las vendían discretamente”. A Harry le encargaban un bolso con cigarrillos americanos y con chocolates que vendía muy bien entre los círculos sociales de ancianos que jugaban póker y ajedrez, y no pasó mucho tiempo para que al pequeño se le ocurriera recoger las manzanas de su jardín y venderlas en el mismo club. “El alemán que vivía arriba se puso furioso conmigo pero yo no le paraba ni medio, yo recogía mis manzanas y las vendía”. Muchos de los productos que vendían de contrabando, los conseguían a través de la vecina alemana que se había hecho amiga de Mamá Rela.

Pasaron varios meses en Alemania buscando la forma de trasladarse a Israel (que hasta 1948 fue parte de Palestina), pero la migración a este territorio estaba controlada por el Imperio Británico y los barcos con refugiados eran enviados a la isla de Chipre. Así que estaban estancados en Fürstfeldbruck, pero al menos podían comer, vestirse y calzarse. Raquel y Julio se hicieron amigos de una pareja de viejitos zapateros que le hicieron a Harry un par de botas. “Me quedaban muy ajustadas pero yo por salir a la calle en invierno exageré, doblé los dedos y les dije que eran una maravilla”. En esta época del año, las montañas de München quedaban cubiertas de nieve, y Marcel y Harry no perdían la oportunidad de viajar a la gran ciudad para esquiar³⁵. “Era toda una aventura ir a München. Estaba devastada, había edificios muy destruidos”.

Mamá Rela, quien solía cantar en una coral y tocar piano cuando era joven, se empeñó en que alguno de sus hijos debía aprender a tocar un instrumento. Debido a que Marcel pasaba todo el día en su escuela de tecnología aprendiendo a reparar máquinas de escritorio, contrató a una profesora particular y obligó a Harry a tocar violín. “Recuerdo que cuando venía la maestra yo me escondía en el

³⁵ Foto Harry Abend esquiando.

escaparate para que ella no me encontrara. Comenzó con el arco, con que yo moviera los brazos y sostuviera el violín. Yo no sé por qué se le metió a mi mamá eso en la cabeza, pero yo no tenía ningún talento. Al final la maestra tuvo un ataque de nervios, no regresó y yo me salvé”.

Aunque Harry seguía asistiendo a la escuela en München, en donde se impartían todas las materias en hebreo, comenzó a tener clases privadas de inglés y de matemáticas con un ex aviador alemán. “Ya nosotros éramos capaces de financiar eso con el contrabando que hacíamos, de tal manera que cuando yo llegué a Venezuela y no tenía ningún documento de haber estudiado en ningún lado porque todo eso se perdió en la guerra, entré en el colegio **Moral y Luces** y me pusieron en 4to grado de una vez porque ya sabía inglés y álgebra”. Igualmente Raquel aprovechaba la presencia del tutor alemán para alimentar a Harry, quien seguía sufriendo de falta de apetito. “Recuerdo que yo me negaba a comer, entonces mamá preparaba unos pancitos, le daba al profesor y yo comía con él. La comida no me interesaba, y me decían — te vas a morir de hambre —”.

Una noche, en el club hebreo, un viejito se acercó a Harry y lo retó a jugar una partida de ajedrez, apostando una barra de chocolate de las que él vendía de contrabando. Como Harry no podía financiarla, el señor le dijo: “Yo te la compro de todas maneras; si tú ganas yo te la doy y si tú pierdes te doy la mitad de la barra”. El niño aceptó el trato y se sentó en la mesa frente al anciano para comenzar la partida de ajedrez. “Él me ganó y me dio la mitad de la barra de chocolate. Eran unos chocolates grandes que tenían un papel cebolla que los envolvía, porque recuerdo que era muy sabroso al tacto y yo veía el chocolate a través del papel y se me hacía agua la boca. Creo que fue la primera vez que yo probé un chocolate”.

No pasó mucho tiempo para que Harry descubriera en München lo que se convertiría en su nueva pasión: el cine. Primero encontró el planetario que

consistía en una sala con butacas en la que proyectaban en el techo una cinta sobre el universo, las estrellas y el sistema solar. Después comenzó a frecuentar otras salas de cine, en las que se proyectaban diversas películas de la época. Harry iba acompañado de una amiguita de la escuela hebrea, que también era refugiada de guerra y que vivía en el centro de la ciudad de Fürstenfeldbruck. Cuando salían del colegio se iban juntos al cine y, como perdían el tren de regreso a sus casas, debían tomar el que se dirigía a Maisach que salía tarde en la noche. Cuando se montaban en el tranvía y pasaba el señor que recogía los boletos, Harry enseñaba un carnet estudiantil que equivalía por un ticket, pero su amiguita, que se negaba a pagar el boleto a los alemanes, se arremangaba la camisa y, mostrando su brazo con la marca del campo de concentración, le decía al señor: “¿Tú quieres ver mi boleto? ¡Aquí tienes mi boleto!” La niña era de apellido Klainer; tenía la misma edad que Harry. Siempre andaba intranquila y furiosa, pero era una buena compañera.

Después de que llegaban a la estación de Maisach, debían caminar varios kilómetros vía Fürstenfeldbruck, atravesando un bosque del lado derecho del aeropuerto americano. Harry caminaba mucho más rápido que su amiga y siempre le gritaba desde varios metros de distancia: “¡apúrate!, ¡apúrate!” Incluso había días en que la acompañaba hasta su casa que quedaba en el centro de la ciudad, y luego él se iba solito a la suya. “Y eso era varias veces a la semana, porque cada vez que pasaban una película nosotros no nos la perdíamos. El cine era con butacas pequeñas y pantallas pequeñas; en ese momento no existían las pantallas panorámicas de hoy en día, eran como de tres por tres metros. Yo sé que una de las películas que vi en esa época fue **Hamlet** con Laurence Olivier, que me impactó de una manera tan tremenda que nunca lo he olvidado; siempre me pareció el actor más importante y grande del mundo. El cine se convirtió en una pasión y en Venezuela continuó, por supuesto”.

PUERTO CABELLO, VENEZUELA — 1948

“Día y noche navegamos hacia un destino desconocido. Estrellas fugaces iluminan, corren por el universo, ¿cuántos ardientes deseos habrán hecho las personas de este barco pirata?, parecen celestiales fuegos artificiales. Nosotros, somos emigrantes, seres perseguidos por la esperanza de un poco de felicidad después de todo lo que hemos vivido”. (Diario de León Zinn, sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial, 1939).

Nuevo Mundo

La familia Abend recibió una carta del primo Marcelino Rawicz, hijo de una hermana de Julio Abend, en la cual manifestaba que había logrado escapar de Europa. Contaba que se encontraba actualmente en Venezuela, un país tropical en donde había comida, trabajo y gente amable. “Nosotros dijimos: — Eso es imposible, ¿cómo puede existir un país que no tenga invierno? — Primera vez en la vida que escuchábamos algo así”. A las pocas semanas, recibieron cuatro visas para ingresar legalmente como emigrantes al territorio venezolano, que también fueron enviadas por Marcelino. “Sabíamos que íbamos a Venezuela, pero no sabíamos qué era Venezuela. No teníamos idea de dónde quedaba Venezuela, y lo demás de que había comida y trabajo nos entusiasmó en sobremanera”.

Todos los refugiados que estaban por trasladarse en barco a América, debían ser examinados físicamente por un médico que les aprobara estar capacitados para viajar largamente. Así que de Fürstfeldbruck se dirigieron en tren a München; allí fueron examinados por un doctor quien, casualmente, era de origen venezolano, y a quien Harry recuerda como alguien sumamente simpático y agradable. Este tipo de casualidades pueden parecer parte de un plan divino que

no corresponde con la voluntad del ser humano en la tierra. Podría verse como una señal o, incluso, como lo que algunos llaman: La Divina Providencia³⁶. Posteriormente pasaron de Alemania a Francia; allí se hospedaron en un hotel parisino. Harry se escapó de la habitación y caminó hasta la estación del metro más cercana, en donde se dedicó a observar con una gran fascinación el mapa de todas las estaciones del metro de París. De pronto, se le acercó un señor que le dijo algo en francés y, Harry, sin entender una palabra, le explicó que venía de Polonia. El hombre sonrió y volvió a decirle algo, pero esta vez en polaco: “¿Qué estás viendo?” El niño señaló el mapa y le contestó: “Estoy viendo las rutas, ¡estoy tan emocionado!, ¡yo nunca había visto unos trenes así en toda mi vida!” El señor, enternecido por la agitación del pequeño, le preguntó si tenía dinero para comprar un boleto. Él negó con la cabeza y el hombre sacó su billetera para regalarle un ticket. Harry recorrió toda la ciudad de París en un solo día. “Yo estaba tan fascinado, para mí eso era un gran descubrimiento, el haber visto una cosa subterránea. Porque, claro, yo había visto los trenes de arriba, pero nunca un metro. No sabía que eso existía, algo que caminaba debajo de la tierra”. Al anochecer llegó a la misma estación de partida y se fue caminando de vuelta al hotel. Cuando sus padres lo encontraron, le armaron un escándalo por haber desaparecido durante todo el día sin haberles consultado. Mamá Rela lo agarró por la cara y le gritó: “¡Muchacho, nos estábamos muriendo!” Durante los siguientes días que pasaron en París, Harry solo se atrevió a viajar desde la estación Gare du Nord hasta Gare de l’Est, y luego, aún siendo de día, volvía con su familia al hotel.

Viajaron a Bordeaux para tomar el barco que los llevaría a América. “Era un barco portugués que se llamaba **S. S. Portugal**. Yo no sé con qué pagaron mis padres el viaje, ni cómo fue que lo abordamos”. Los Abend viajaron en clase de emigrantes, hospedándose en el sótano tres. Los turistas iban en primera clase y se alojaban en los niveles superiores al primer sótano. “Íbamos en clase de emigrantes, ahí

³⁶ Término teológico que indica la soberanía, intervención o conjunto de acciones activas de Dios en el socorro de los hombres.

abajo, pero no nos importaba porque nosotros íbamos a una nueva vida, a un nuevo país”. Transitaron por mar durante un par de semanas, resistiendo los mareos que les producía el movimiento constante del barco al balancearse entre las olas. Muchos pasajeros se enfermaban y vomitaban, otros se mantenían asomados por las ventanas para mantener la mente ocupada. “Yo había navegado por ríos en Siberia, pero nunca había visto el mar”. Harry pasaba las horas buscando con qué entretenerse hasta que consiguió a un niño de su edad llamado Walter Oravsky que viajaba con su familia en primera clase. Él también era de origen judío y sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial. “Después de la guerra, no sé cómo, lograron recuperar parte de sus pertenencias, porque era gente adinerada. El padre tenía una fábrica y trajo todo eso de Checoslovaquia, y montaron un negocio aquí en Venezuela”. Walter le enseñó a Harry cómo subir desde el sótano hasta el nivel en donde él viajaba, primera clase, para que jugaran juntos.

Años después se volvieron a encontrar en el colegio **Moral y Luces** de Caracas, en donde estudiaron juntos 4to, 5to y 6to grado de primaria, y luego en el liceo Andrés Bello. A mitad del bachillerato, los padres del Walter lo enviaron a Estados Unidos para finalizar sus estudios en una escuela militar. “Yo lo envidiaba muchísimo, porque cuando él venía de vacaciones, me llamaba y yo lo veía con aquel uniforme. Se ponía su uniforme militar, con los zapatos brillantes y todo impecable, y yo parecía un gusano al lado de él. Yo decía: — este hombre parece un capitán —”.

Una noche comenzaron a observar unos puntos de luz que se aproximaban lentamente hacia el barco. Los pasajeros estaban asomados por las ventanas y otros estaban en la cubierta. El sonido de las olas estrellándose contra las rocas se mezclaba con el de las gaviotas al deslizarse sobre la superficie del mar. La brisa era suave y caliente, muy distinta a los vientos fuertes y fríos de los inviernos europeos a los que estaban habituados. El paisaje estaba empañado por el vapor que murmuraba una bienvenida esperanzadora. La familia Abend se despertó y salió de la habitación para asomarse en la cubierta. El barco se deslizó

pacíficamente hasta el malecón y permaneció detenido por varios minutos. El capitán recibió un mensaje y el barco comenzó a alejarse del muelle. No había espacio para desembarcar en La Guaira.

Antes de que los pasajeros entraran en crisis, el capitán les pidió que mantuvieran la calma porque los estaba dirigiendo a otro desembarcadero venezolano en Puerto Cabello. Estaban angustiados pues sabían que a muchos emigrantes los enviaban de vuelta a Europa. Poco a poco se fue decolorando la oscuridad del cielo para darle paso a una luz muy brillante. Los tonos rojizos del sol de la mañana estaban reflejándose lentamente sobre el barco **S.S. Portugal**. Tanto los turistas como los refugiados subieron a la cubierta para contemplar el paisaje tropical que los aguardaba. Los sobrevivientes de la guerra sentían una emoción indescriptible al ser recibidos por una madrugada caliente y lumínica. Harry y Marcel estaban maravillados al contemplar cómo las gaviotas planeaban para pescar una presa. La extensión del mar se entrecruzaba con la vastedad del cielo, y ambos se perdían en un azul muy intenso.

El paisaje volvió a cambiar para abrirle paso a un gran muelle repleto de barcos atracados. El **S.S. Portugal** se deslizó en el mar hasta detenerse en un espacio vacío del malecón. Había varios pescadores que observaban curiosamente desde la superficie. Los pasajeros estaban aguardando el momento en que pudieran pisar esa tierra nueva y fresca. Unos heladeros se sumaron a la multitud de marineros que rumoreaban sobre el barco que había llegado, y comenzaron a sonar los cascabeles que colgaban de sus carritos de helado. Cuando el barco terminó de estacionarse y estaba listo para que los pasajeros desembarcaran, los heladeros observaron atentamente a los refugiados de guerra que lloraban y se abrazaban emotivamente. Éstos, conmovidos por aquella escena, abrieron sus carritos EFE y comenzaron a lanzar los helados hacia la cubierta del barco, para obsequiárselos como bienvenida a Venezuela.

“Así fue mi llegada a Venezuela y siempre pensé que ese obsequio de los heladeros me impactó tanto que cuando yo oí que Venezuela era la sucursal del

cielo, yo comencé a creerlo de verdad y, desde entonces, siempre le tomé mucho amor y mucho cariño al país. Fue un recibimiento muy generoso, muy extraordinario y fuera de lo común”.

NOTA AL LECTOR

De Puerto Cabello llevaron a la familia Abend a Trompillo, en donde los instalaron en una casita por dos semanas. El gobierno venezolano les proporcionó tres comidas diarias magníficas y les suministró Bs.10 por persona periódicamente. “En ese entonces, una Coca Cola valía un medecito y por un bolívar se podía comprar un racimo de cambures gigantesco. Yo por primera vez comí una comida decente. Recuerdo que nos sirvieron pabellón y yo estaba encantando; hasta hoy en día creo que es mi comida preferida”.

Posteriormente fueron recogidos por el primo Marcelino Rawicz, quien los albergó en su apartamento en Caracas. Julio y Raquel consiguieron un puesto en el Nuevo Circo y montaron una pequeña tienda de ropa que, tiempo después, trasladaron y optimizaron en Las Palmas. Marcel comenzó a trabajar reparando máquinas de escribir y luego convirtió el estacionamiento de la Quinta Rela, casa en donde se mudó la familia Abend, en su taller particular. Su gran facilidad y conocimiento por la mecánica automotriz lo llevaron a lo que se volvió su gran afición: las carreras de carros. Marcel Abend participó y ganó muchas competencias en el circuito de Los Próceres, en el autódromo de Maracay y en la ciudad de Caracas.

Harry Abend estudió en el Colegio Moral y Luces, y luego en el Liceo Andrés Bello. Graduado de bachiller, estudia Arquitectura en la Universidad Central de Venezuela mientras comienza su labor escultórica. En 1963, un año antes de obtener su título de arquitecto, es condecorado con el Premio Nacional de Escultura por la obra **Forma 1961**. Continúa su trabajo escultórico con madera, y con vaciados en concreto y bronce, y luego comienza a ejercer también la orfebrería, trabajando en oro, plata y piedras preciosas. Igualmente incorpora la escultura a la arquitectura y ejecuta trabajos arquitectónicos de gran escala en edificios importantes como la fachada del Teatro Teresa Carreño de Caracas. En 1990 fue condecorado con la Orden Francisco de Miranda en Primera Clase y, hoy

en día, es reconocido como uno de los Maestros contemporáneos venezolanos de más carrera y trayectoria de los últimos cincuenta años.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes documentales

Bessel, R. (2009). Alemania 1945. **De la guerra a la paz**. (1^{era} edición; G. Dols, Trad.). Barcelona, España: Ediciones B, S.A.

Burleigh, M. (2005). **El Tercer Reich. Una nueva historia**. (1^{era} edición; J.M. Álvarez, Trad.). México: Punto de lectura

Black, E. (2001). **IBM y el Holocausto**. (1^{era} edición; R. Costa, Trad.). Madrid, España: Editorial Atlántida S.A.

Carter, H. B. (2008). **El hombre que humilló a Hitler**. (1^{era} edición; A. Solé, Trad.). Barcelona, España: Ediciones B. S.A.

Frank, A. (2007). **El Diario de Ana Frank**. (3^{era} edición en 1^{era} reimpresión de la 3^{era} edición en este formato; D.J. Puls, Trad.). Colombia: Editorial Somos S.A. (Trabajo original publicado en 1986)

Gran Enciclopedia RIALP. Tomo XI. (1981). Madrid, España: Ediciones RIALP, S.A.

Gómez, A.R. y N.L., Garrido. (2007). **Las blancas y las negras**. Revista Recuerda, cuarta edición, Págs. 26-29

Hautzig, E. (2009). **La estepa infinita**. (4^{ta} edición). Barcelona, España: Ediciones Salamandra.

Kertész, I. (2007). **Sin destino**. (1^{era} reimpresión de la 1^{era} edición en este formato; J. Xantus, Trad.). Barcelona, España: Editorial Acantilado Bolsillo

Ostfeld, K. (1988). **Luz y sombra de mi vida. Memorias**. (3^{era} edición). Caracas, Venezuela: Editorial Arte

Santa Biblia. Con notas, concordancia y mapas. (1980). Estados Unidos de América: Editorial Caribe

S. Churchill, W. (1985). **La Segunda Guerra Mundial. De guerra a guerra.** Ediciones ORBIS, S.A.

Toynbee, A. (1965). **El reajuste de Europa.** (2^{da} reimpresión de la 1^{era} edición en este formato; R. Ballester, Trad.). Barcelona, España: Editorial Vergara

Fuentes de internet

Desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Portal Planeta Sedna. Revisado el 28 de octubre de 2010 en http://www.portalplanetasedna.com.ar/guerras2_3.htm

Webb, A. (2004). Documental High Hitler. Revisado el día 04 de diciembre de 2010 en <http://www.dondocumentales.com/2010/09/high-hitler.html>

Ejemplos de Legislación Antisemita 1933-1939. United States Holocaust Memorial Museum, Washington, D.C. Revisado el 12 de noviembre de 2010 en <http://www.ushmm.org/wlc/sp/article.php?ModuleId=10007569>

El Antisemitismo. Yad Vashem 2010 - Autoridad para el Recuerdo de los Mártires y Héroes del Holocausto. Revisado el 12 de noviembre de 2010 en http://www1.yadvashem.org/es/chapter_1/antisemitismo.asp

Historia de Jaroslaw. Revisado el 19 de noviembre de 2010 en <http://enciclopediaespana.com/Jaroslaw.html>

Receta para preparar Babka. Revisado el 21 de noviembre de 2010 en <http://www.recetas.com/receta-de-Babka-2049.html>

Sanz, J. (13 de febrero de 2008). La Segunda Guerra Mundial. La invasión de Polonia. Revisado el 28 de octubre de 2010 en <http://historiasdelahistoria.com/2008/02/13/la-segunda-guerra-mundial-la-invasion-de-polonia/>

Segunda Guerra Mundial. Revisado el 19 de noviembre de 2010 en www.enciclopediaespana.com/Polonia.html

Solzhenitsyn, A. (2008). Un día en la vida de Iván Denísovich. Revisado el 03 de noviembre de 2010 en <http://maxalvarez.files.wordpress.com/2008/08/solzhenitsyn-alexander-un-dia-en-la-vida-de-ivan-denisovich.pdf>

Fuentes audiovisuales

Benigni, R. (1997). **La vida es bella**. Italia: Miramax Internacional

Bosch, R. (2009). **La Rafle**. Francia: Légende Films / Gaumont

De Emmommy, A. (2008). **Juicio de Dios**. Reino Unido: BBC Scotland / Hat Trick Productions

Herman, M. (2008). **El niño en el pijama de rayas**. Estados Unidos de América: Coproducción GB-USA; Heyday Films / BBC Films / Miramax Films

Jakubowicz, J. (2000). **Los barcos de la esperanza**. Venezuela: Genius Productions

Polanski, R. (2002). **El pianista**. Reino Unido: Coproducción GB-Francia-Polonia-Alemania; R.P. Productions / Heritage Films / Studio Babelsberg / Runteam Ltd

Spielberg, S. (1993). **La lista de Schindler**. Estados Unidos de América: Universal Pictures / Amblin Entertainment

Verhoeven, P. (2006). **El libro negro**. Holanda: Coproducción Holanda-Alemania-GB

Wajda, A. (2007). **Katyn**. Polonia: Akson Studio

ANEXOS

I Crónica: Érase una casa polaca

Cita 4. Pág. 7: Foto de los hermanos Abend (1938)
Harry (1 año) del lado izquierdo y Marcel (6 años) del lado derecho.



Cita 6. Pág. 11: Babka

Preparación:

En un tazón, coloque la levadura con el agua tibia y la mitad del azúcar. Mezcle levemente y deje reposar en un lugar tibio por 10 minutos hasta que espume. Una vez activa la levadura, colóquela en el tazón de la batidora e incorpore el resto del azúcar, mantequilla, los huevos y bata hasta cremar. Incorpore la pizca de sal, canela y la harina. Bata hasta formar una masa. Pase la masa a una superficie enharinada para trabajarla con la palma de la mano. Amase bien hasta obtener una masa suave y elástica. Cuando la masa esté en su punto, colóquela en un tazón engrasado con el aceite de oliva. Tape la masa con una toalla húmeda y deje reposar en un lugar caliente por lo menos 1 hora o hasta que duplique su tamaño.

Para el relleno: Precaliente el horno a 325°F. En un tazón, mezcle bien todos los ingredientes del relleno. Una vez que la masa haya duplicado su tamaño, estírela con un palote sobre una superficie plana y enharinada, hasta formar un rectángulo de aproximadamente 12 milímetros de grosor. Barnice con mantequilla toda la superficie de la masa, coloque el relleno en el centro y enrolle el rectángulo de masa. Cierre las orillas y doble bien enrollando sobre sí mismo. Sobre una bandeja previamente engrasada, forme una rosca, y barnice con mantequilla. Hornee de 45 minutos a 1 hora o hasta que esté dorado.

Para el glaseado: En un tazón mezcle bien todos los ingredientes hasta que no queden grumos. Cuando el pan salga del horno, deje reposar unos minutos y cubra con el glaseado.

III Crónica: Vagones de suicidio

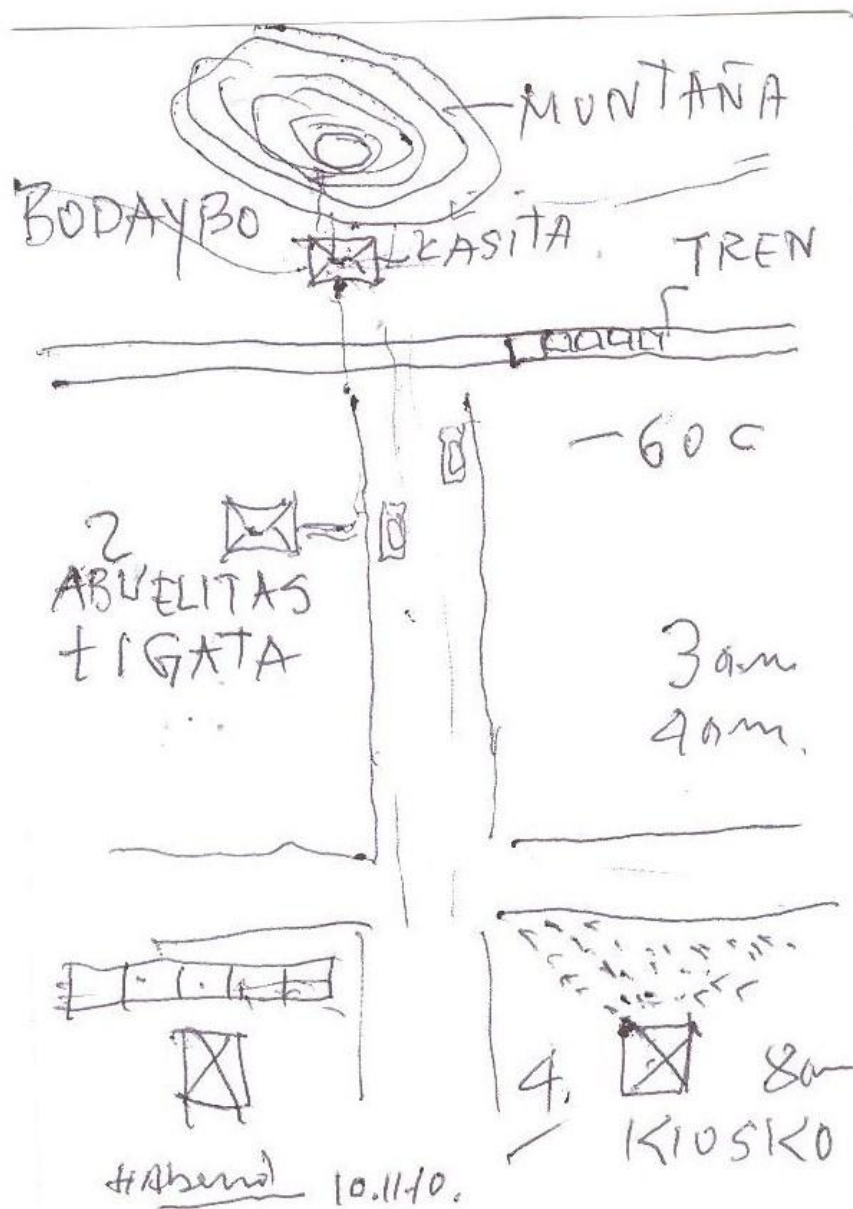
Cita 15. Pág. 26: Foto familia Gross.

Abraham Gross y Mary Rosenblut con sus hijos Mina, Regina y Henry.



IV Crónica: Noches blancas

Cita 16. Pág. 29: Mapa de la primera casa en Siberia dibujado por Harry Abend.



XI Crónica: Días de cine y contrabando

Cita 35. Pág. 64: Foto Harry Abend esquiando en Alemania.



Familia Abend



Harry Abend



Julio Abend



Raquel (Mamá Rela) y Harry



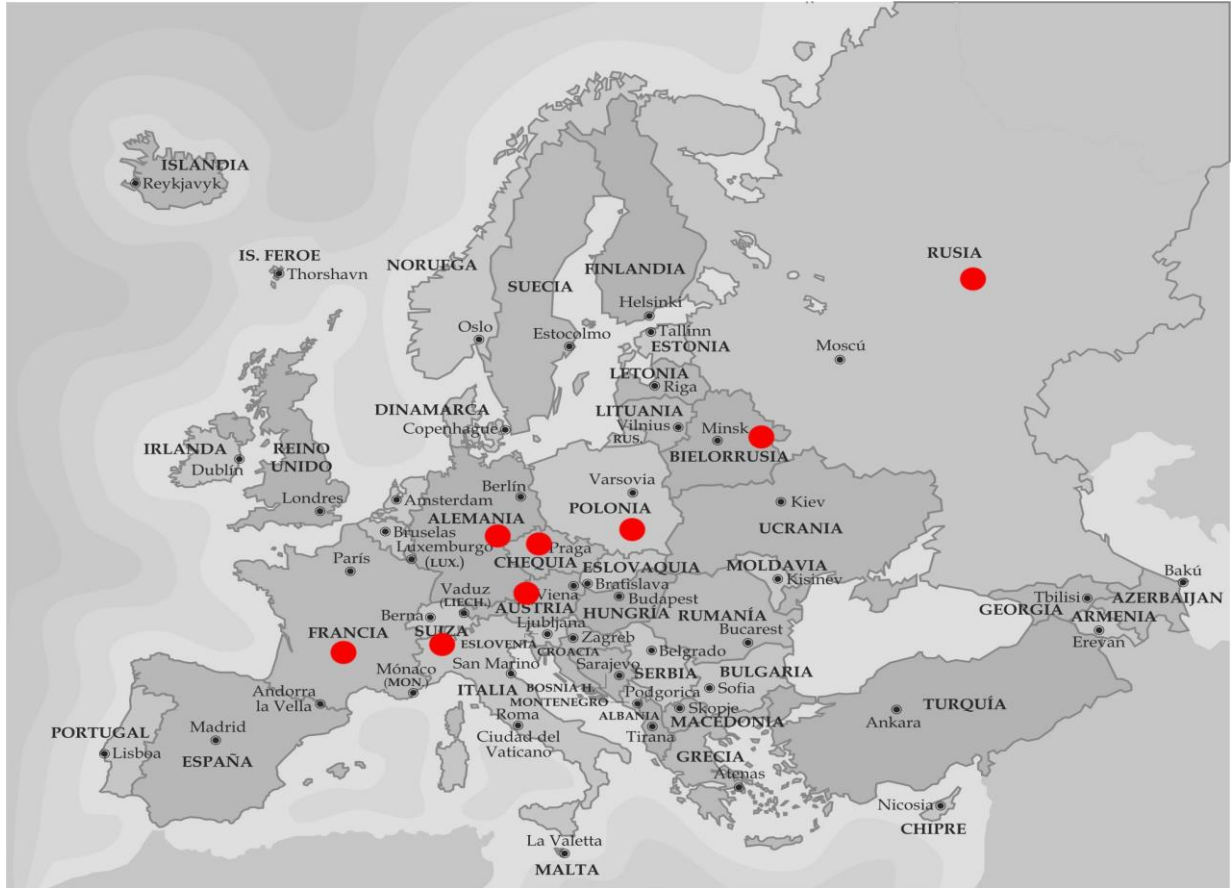
Familia Rosenblut



Líneas de ferrocarril usadas para el transporte de ciudadanos judíos hacia campos de exterminio.



Países recorridos por la familia Abend (1938-1948)



ENTREVISTAS — HARRY ABEND

PRIMERA ENTREVISTA

Datos familiares

Fecha: 29/10/10

1. Nombre completo

Español: Harry Henrique Abend Rosenblut

Polaco: Henek Abend Rosenblut

2. Fecha y lugar de nacimiento

5 de mayo de 1937 en Jaroslaw, Polonia.

3. Nombres de tus padres y familiares cercanos.

Papá: Julio Abend, mamá: Raquel Rosenblut de Abend, abuelo: Isaac Abend, (por parte de su padre), y hermano: Marcel Abend.

4. Nombres de amigos de la familia.

Kuba Meztker que me regaló una caja de acuarelas, y la persona que trabajaba en la casa se llamaba Kasha. (Hace diez años supe que su hijo vivía en nuestra casa de Polonia, con su familia).

5. ¿Cuál era la dirección de tu casa en Polonia?

Calle Grotzka N°4. Jaroslaw.

6. ¿Siempre vivieron en la misma casa?

Desde mi nacimiento en 1937 hasta que estalló la Segunda Guerra Mundial en 1939.

7. ¿Cómo era la casa?

Era grande y espaciosa, de dos pisos, había una escalera con balaustradas gruesas de madera, chimenea de mosaicos verdes y un subterráneo en donde se escondían pertenencias. Yo dormía en una cuna. En la noche tenía miedo porque mis padres iban a jugar barajas al club y me sentía muy solo en la gran habitación, pero al final me dormía.

8. ¿Cómo era el vecindario?

No recuerdo bien, pero sé que en ambas aceras había casas.

9. ¿Quién cocinaba en la casa?

Como mi madre, Raquel, se dedicaba al comercio y no tenía tiempo, cocinaba Kasha y nos alimentaba bien.

10. ¿Quién los cuidaba a Marcel y a tí?

Kasha, ella era como nuestra nana.

11. ¿En qué trabajaban tus padres?

Julio y Raquel tenían una tienda de telas en la misma casa, en la parte delantera. Ella viajaba, escogía las telas y las traía a la tienda.

12. ¿Qué hacían tu abuelo y tu hermano?

Mi abuelo era mayor de 80 años, estaba retirado y le gustaba jugar póker, y mi hermano creo que iba a la escuela.

13. Recuerdo de algo.

Recuerdo las acuarelas que me regaló Kuba y mi fascinación por los colores que salían al mezclarlas. Marcel, mi hermano, desapareció las acuarelas y para mí fue un trauma; más nunca pude trabajar con color. Ese fue el final de

la pintura en mi vida. Pero eso no quiere decir que yo no aprecie la pintura de los demás.

Recuerdo que un día estaba con mi mamá en la calle enfrente de la casa y ella comenzó a hablar con un vecino, entonces le solté la mano y fui caminando a un árbol de navidad lleno de lucecitas de colores, y sentí tal fascinación por esa imagen que no me moví de ahí por horas hasta que me encontraron mis padres.

Recuerdo que a Marcel le regalaron un trencito y volvió a la casa sin el trencito, sólo con la cabuya porque alguien se lo robó. También una moto nave que paseaba en la bañera. Él desarmaba todos los juguetes para saber qué había adentro.

SEGUNDA ENTREVISTA

Polonia — Rusia

(I Parte) Fecha: 29/10/10

1. ¿Qué recuerdas del día que abandonaron tu casa en Polonia?

Alemania invadió Polonia, y como Inglaterra tenía pacto con Polonia, ésta le declaró la guerra a Alemania; así comenzó todo. Los alemanes invadieron nuestra casa y había un personaje (no sé qué rango tenía) que nos puso en fila a mi padre, a mi madre, a mi hermanito de 7 años y a mí; nos apuntó con un revólver pero no nos disparó. Nos dijo que teníamos 24 horas para abandonar la casa sin llevarnos nada. No sé qué lo detuvo. Luego, nos enteramos de que se mató en un bombardeo.

Mis padres recogieron unas colchas de piel de ganso que abrigaban mucho en invierno, algunas joyas y algunas cosas básicas escondidas. Nos fuimos al lado

ruso por el río San y en un control ruso en Ginaboda (agua fría) nos preguntaron que a dónde queríamos ir, y como mi madre tenía familia en Estados Unidos les dijo que a América, entonces los rusos nos pusieron un sello de “contra revolucionarios” en el pasaporte y nos enviaron a Siberia. Nos montaron en un vagón de ganado transiberiano y duró un mes y medio en llegar la destino.

En Siberia pasamos de ciudad en ciudad. Estuvimos en Bodaybo, al norte, en donde hacía mucho frío y en las montañas se producía té. En el tren de refugiados de guerra me dio otitis pero, como no había forma de tratármelo, perdí casi todo el oído izquierdo. En Bodaybo, mis padres y mi hermano iban a la montaña a buscar té y luego lo vendían para sobrevivir. La repartición estaba regulada y a cada uno nos daban algo de pan, y comenzamos realmente a sufrir hambre, frío y tristeza, y demás privaciones. Lo que sí nos ayudó a sobrevivir el frío fueron las cobijas que se habían llevado mis padres.

En Bodaybo a mí también me llevaban a la cola del pan, para que yo me pudiera alimentar y como era tan chiquito me cargaban en aquel frío. En este momento, Rusia aún no había entrado en guerra porque Hitler tenía un pacto con Stalin. Ellos reaccionaron cuando se dieron cuenta de que los alemanes habían invadido casi toda Europa.

De Bodaybo nos pasaron a Uzbekistán y a varios lugares de Asia hasta llegar a Kargalinka en Kazakhstan, en donde pusieron a trabajar a mis padres 16 horas diarias como estajanovistas en una fábrica. Yo deambulaba por las calles hasta que luego me metieron en un colegio. Marcel se rehusaba a ir al colegio porque decía que le pegaban, pero luego se metió en la fábrica con mis padres.

Vivíamos en una barraca de refugiados, así que en realidad no estábamos en un campo de concentración sino de refugiados. Si nos hubiéramos quedado en Polonia nos hubieran metido en un campo de concentración y nos hubieran exterminado, pero como logramos huir a la frontera nos salvamos. Polonia estaba repleta de campos de concentración, pero en Rusia había campos de trabajo.

La fábrica era textil. Mi padre manejaba maquinarias muy bien. Ahí pasamos un tiempo, luego de haber pasado por varias ciudades. Luego a mi padre lo mandaron a tallar árboles en la selva sin mucha comida y mi madre no permitió que lo llevaran de nuevo porque iba a morir. Por fin en el año 1945 terminó la guerra y Stalin dijo que todos los inmigrantes podían volver a sus países, a menos que estuvieran inscritos en el partido comunista.

Regresamos a Polonia y comenzamos a buscar a Mary, la hermana de mi mamá, y por la compañía americana que se llamaba UNRA y otra IRO, que buscaban a las personas perdidas y sobrevivientes de la guerra, la encontramos en Alemania. Entonces fuimos a buscarla y nos quedamos a vivir dos años en Fürstenfeldbruck.

(II Parte) Fecha: 02/11/10

2. ¿Recuerdas en qué fecha huyeron de Polonia?

Septiembre de 1939

3. ¿En dónde estaban tu abuelo y tu nana en ese momento?

No lo sé, lo único que recuerdo es que nuestra madre nos contó que a papá, a Marcel, a ella y a mí nos pusieron en fila y un oficial que se llamaba Schmidt nos apuntó con un revólver y nos dio 24 horas para irnos.

4. ¿Tenían otros familiares en Polonia?

Sí, mi abuelo tenía una familia muy grande; mi papá era el menor. Mi abuelo tenía muchas casas en una manzana y varias las perdió jugando póker y otras las regaló como dotes para sus hijas. Algunos de sus hermanos se salvaron, no sé cómo, y otros fueron asesinados por los nazis. Casi toda la familia de parte de mi padre fue exterminada por los nazis y de parte de mi madre sólo encontraron al hermano menor, a Moisés, y los nazis lo exterminaron. Ya el resto se había ido a

Estados Unidos, porque el hermano Zem quemó la hacienda de su padre y huyó a Nueva York en tren y vivió allá toda su vida hasta los 94 años. Mis dos abuelos, tanto por parte de madre como de padre se llamaban Isaac. Los padres de mi madre eran primos hermanos.

5. Recuerdos de tu madre y tu padre.

Cuando mi madre era una muchacha joven caminaba 10 km para estudiar, porque en su ciudad no había colegios, entonces caminaba por la nieve muchos km para ir a una escuela de otra ciudad. Se metió en un coro y cantó en la escuela, y luego aprendió a tocar piano y violín. Creo que fue la única que tenía talento musical. Aquí en Venezuela, ya con cierta edad, seguía tocando piano después del trabajo como descanso. Iba a los conciertos, le reservaban entradas y a veces iba sola. Mi papá iba mucho al club a jugar barajas, pero el más apegado al juego era el abuelo.

6. ¿Cómo fue el viaje al cruzar el río?

Primero caminamos y caminamos por una campiña hasta llegar al río para irnos con los rusos. Recuerdo que me negué a ir, yo lloraba y decía en polaco que no quería irme y mi papá tuvo que regresar como un kilómetro, porque ellos me habían dejado, y me tuvo que cargar. Me dio mi buena nalgada y me obligaron a irme con ellos. Yo no quería abandonar mi casa.

7. ¿Cómo fue el viaje en el vagón del tren?

Una vez que llegamos a donde los rusos y preguntaron que a dónde queríamos ir, y les dijimos a América nos metieron en unos vagones de ganado, encerrados con una ventilación muy pequeña, y los ancianos y los niños se enfermaban y morían. Había demasiadas personas en cada vagón, estábamos asfixiados y pasábamos mucha hambre. Yo me enfermé del oído y había un médico que decía que no tenía instrumentos ni nada para examinarme, pero que se imaginaba que era otitis. Es uno de los dolores más fuertes que hay, no te imaginas. Yo perdí casi todo el oído. En ese tren era pura podredumbre, era casi un tren de suicidio, de

matanzas, era espantoso. Sobrevivimos a eso y llegamos a un destino incierto. Sé que a veces paraba en estaciones en donde hacía un frío horrible.

8. ¿Conocieron a otros refugiados en el vagón?

No recuerdo, tal vez mis padres se comunicaban con alguien.

9. ¿Cómo se alimentaban y cómo dormían en el vagón?

Por mi dolor de oído casi no dormía. Yo lloraba todo el tiempo por el dolor y mis padres estaban desesperados. Recuerdo a mi mamá consolándome por mi oído, me agarraba y me ayudaba a dormir. Yo supongo que algo nos daban de comer para sobrevivir.

10. ¿Hubo gente que los ayudó en la supervivencia?

Sí, recuerdo que en Kargalinka surgió una epidemia de tifus y los médicos daban una especie de r cipe para que los enfermos ingresaran en el hospital. Para que la epidemia no se propagara, se corrió el rumor de que los que entraban en el hospital no salían vivos. A mi madre le dio tifus y mi hermano rompió el r cipe porque él sabía que si la llevábamos al hospital no saldría viva. Entonces una señora que vivía en una barraca con nosotros, se ocupó y aisló a mi mamá en un rinconcito con una cortina, y la fue cuidando la cuarentena, cuando ella no podía levantarse; la lavaba, la cuidaba, lo teníamos en secreto. Marcel le salv  la vida a mi mamá porque la hubieran matado en el hospital. Esa señora que la cuidó tenía un hijito y ella había trabajado en el circo, creo que era una gitana. Mi madre sobrevivió por un milagro de Dios, tuvo que sobrevivir sin médicos ni medicamentos las fiebres tifoideas. Fue una cosa extraordinaria.

11. La vida en Kargalinka

Yo recuerdo que mis padres trabajaban en la fábrica textil y no había comida. Entonces hubo dos sucesos: uno que mi madre se escondió unas maderas de la fábrica, para preparar fuego y calentar agua de río, porque no es lo mismo tomarse un agua de río que tomarse un agua caliente simulando que es sopa en invierno. Entonces, la agarr  la inspección en donde revisaban a los que salían de

la fábrica, y le dijeron: “te estás tobando la madera” y ella dijo que es porque necesita agua caliente para sus hijos pequeños. Entonces la metieron en una especie de cárcel, que era como una caballeriza; como no había una cárcel formal, la encerraron ahí. Entonces yo de noche, por un agujerito le dije: “mama” y mi madre me dijo: “Harry no te preocupes que no voy a estar mucho tiempo aquí”. Creo que estuvo solo una noche, entonces la juzgaron y le dijeron que por esa vez la iban a soltar.

El otro suceso es que como yo no tenía comida, mi madre y yo acordamos que a cierta hora de la tarde, cuando ella comenzaba el segundo turno del trabajo, me tiraba un trozo de pan a través del muro de la fábrica, y yo lo agarraba y ésa era mi comida. Ella dejaba de comer para dármela a mí. Y mi hermano trabajaba también en la fábrica y aprendió a hacer cerraduras que funcionaban. Comenzó a tener habilidad manuales y así tuvo habilidad toda su vida.

A veces Marcel se iba a un río de noche con una velita y lograba pescar unos pescaditos. Se robaban unas tablas de un baño y con eso hacían fuego, y freían los pescados. A veces también íbamos a la montaña y encontrábamos huevos de animales que no conocíamos, y cuando los comíamos se nos hinchaba todo el cuerpo porque de quién sabe qué eran esos huevos.

Recuerdo que había una niña que se llamaba Lina, con los ojos enfermos e incapacitada, hija de una intelectual llamada Ema Davidovich que esperaba que su esposo regresara, pero nunca regresó; fue matado por Stalin. Y yo llevaba a esa niña de la mano al colegio. Yo ayudaba a vestirla y la cuidaba, y su madre me regalaba una papa en agradecimiento. Teníamos menos de nueve años.

A veces mis padres hacían un espectáculo en un escenario chiquito. Como mi padre era bailarín en Buenos Aires, hacían bailes con unas cuantas personas de la barraca, de forma muy sencilla.

Recuerdo que había un solo niño que se llamaba Boris. Era de mi edad, hijo de una señora joven. Ambos se fueron con un señor que un día llegó en un caballo.

Yo me dedicaba a todos los juegos imaginados, porque no teníamos juguetes reales y teníamos que inventar. Yo creo que sobreviví la guerra por el afán de jugar, por ese ímpetu de seguir jugando. Yo me imaginaba que la vida realmente era así, yo no tenía noción de que había una guerra andando, era completamente ignorante. Y creo que esa forma de no concientizar la guerra y la tragedia, sino pensar que la vida era así, me ayudó a sobrevivir. Mi ambición máxima era poder comerme un kilo de pan. Por eso nunca he dejado de comprar pan.

Una noche mi madre y mi hermano Marcel fueron a un pueblo a muchos km de Kargalinka, y cambiaron su sortija de matrimonio por una bolsa de papas que estaban medio podridas y entre los dos la arrastraron a la barraca en Kargalinka, y robamos unas tablas y entre todos las horneamos y fue un banquete.

Yo era sumamente penoso y uno que otro amigo ruso que no vivía en barracas, sino en casas, me ofrecían pedacitos de quesos y cosas así, pero por pena yo lo rechazaba aunque me estuviera muriendo del hambre.

Mi hermano iba a un colegio de rusos y lo pegaban los niños porque era judío. Eran antisemitas. Y mi hermano no quiso volver a estudiar más nunca.

En la barraca había todo tipo de nacionalidades y razas, que si nos agarraban los nazis nos hubieran matado.

Todos en la barraca contribuían como podían. Compartíamos todo. Y por supuesto todos teníamos pulgas y piojos. Era un antro terrible.

Cuando era invierno mis padres iban al trabajo con trapos en los pies porque no había zapatos. Yo no tuve zapatos hasta después de la guerra en Fürstenfeldbruck, en donde unos amigos de la familia que eran zapateros me fabricaron unos zapatos que me quedaron apretados, pero yo les dije que estaban buenísimos para poder salir a la calle en invierno.

La fábrica textil estaba muy vigilada.

12. ¿Con quién jugabas?

Yo jugaba con los niños cosacos, porque estábamos en Kazakhstan, ellos eran orientales. Tenían un juego que se basaba en un hueso de carnero que se le echaba plomo y jugábamos. Poníamos como un mingo y el que más se acercaba con una moneda, era el que ganaba. Siempre jugábamos todo tipo de juegos con los huesos de carnero. Uno escogía el que más iba con su brazo. Llenaban el agujero del hueso con plomo para que pudiera ser lanzado con el brazo. Era parecido a las bolas criollas.

Sobreviví la guerra jugando.

Casi no veía a mis padres porque ellos estaban todo el día en la fábrica y cuando volvían ya yo estaba durmiendo. Sólo oía la voz de mi madre a las cinco de la tarde cuando me tiraba el trozo de pan en la fábrica.

TERCERA ENTREVISTA

Polonia

Fecha: 10/11/10

1. ¿Qué recuerdas de la casa en Polonia?

Yo soñé con esa casa en dado momento. Mi hermano viajó a Polonia ya adulto, casado por segunda vez. Se llevó a la esposa, que era maracucha, alquiló un carro y la recorrieron. Llegó a Jaroslaw, en donde habíamos nacido y me dijo: "Harry, traje fotos de la casa en donde nacimos". Y yo le dije que primero le contaría lo que soñé de la casa, antes de que me mostrase las fotos. Recordaba que era una casa amplia, con piso de baldosas verdes y recuerdo a la chimenea también verde de mosaicos. Recuerdo la forma de la escalera que conducía al primer piso, en donde yo dormía en una cuna mientras mis padres se iban al club.

Hasta le dije la dirección y no podía creer que yo la recordara. Mi inconsciente registró la casa.

2. ¿En dónde estaba el negocio de las telas?

En la misma casa, en la fachada, en la acera, había un espacio con una santamaría en donde mis padres tenían un negocio de telas. Y mi abuelo era propietario de varias casas de esa manzana y cada vez que se casaba una hija regalaba una casa como dote. Recuerdo que el tío Abraham se quejaba porque no tuvo una buena dote. Al final mi abuelo se quedó con una sola casa, en donde vivíamos nosotros.

3. ¿Recuerdas algún jardín?

No, pero puedo contar dos incidentes con mi hermano Marcel, 5 años mayor que yo. Él era muy travieso y se encaramaba encima de las cosas. Él se encaramó en un escaparate con la fachada de adelante de vidrio. El escaparate se vino abajo, mi padre puso la espalda y salvó al niño porque lo hubiera aplastado. El otro incidente es que se subió en un árbol en la casa y se cayó, pero no le pasó nada. Así que si había un árbol, debió haber un jardín. También recuerdo que había un gran subterráneo en la casa que era frío y profundo. En polaco se le llamaba “cava natural”. Ahí guardábamos platería, cosas de cocina, vinos, etc. Era muy larga y grande.

4. ¿Qué solías hacer en esa casa?

Yo recuerdo que me cuidaba una señora: la famosa Kasha, que había criado a mi papá. Ella se ocupaba de mí y me daba de comer. Yo era muy exigente con la comida, no me comía todo lo que me daban. Recuerdo el día en que mamá me sacó a pasear y me solté de su mano, y caminé y caminé hasta encontrar un árbol de luces. Se preocuparon bastante porque no me encontraban. Yo estaba parado enfrente del arbolito de navidad y ellos no sabían si castigarme, pegarme o qué,

pero estaban felices de haberme encontrado. Yo estuve mucho tiempo viendo ese árbol.

5. ¿Jugabas con Marcel?

No, nunca. Recuerdo que él habría todos los aparatos. Una vez iba por la calle jalando una cabuya con unos trencitos y cuando volvió a la casa vio que solo volvió con la cabuya.

Recuerdo que solía pegarme y Kasha le decía: “cuando Harry crezca te va a pegar a ti”. Cuando él se ponía bravo, él me pegaba.

Recuerdo que desarmó la motonave que paseaba en la bañera. Y que me quitó las acuarelas. Él era muy tremendo.

6. ¿En dónde estaba tu cuna?

En el primer piso. No sé si estaba en una habitación, pero yo tenía un espacio para mí. Pero sí recuerdo muy bien el subterráneo de la casa, que era muy larga y grande. Recuerdo que había un patio de piedras bastante amplio a mano derecha de la casa y a mano izquierda en la fachada misma estaba la tienda de mis padres.

7. ¿Qué recuerdas del clima en Polonia?

No recuerdo bien. Creo que había cuatro estaciones. Sé que a veces me arropaban.

8. Cuéntame de tu abuelo Isaac.

Sé que cuando nos fuimos de la casa quedaba un tetero y yo lo tumbé de la rabia. Yo decía una y otra vez: “no quiero irme de la casa”. Y ya en el vagón, cuando estábamos instalados a punto de que arrancara el tren, mi abuelito decidió quedarse. Mi abuelo me cortaba el pan en triangulitos, cubitos, en diferentes formas y me lo daba de a poquitos. Recuerdo que él era un hombre ya pasado de los 80. Él era pelirrojo, lo llamaban: “Abend el rojo”. Recuerdo que mi abuelo me

daba mucho afecto y guardé a través de la vida una fuerza que él de alguna manera me había inyectado. Tenía el refuerzo afectuoso de mi abuelo para poder subsistir a lo largo de la vida. Cuando el tren estaba por partir él decidió quedarse en Polonia porque era muy viejo y no sé qué pasó con él. Pienso que murió de tristeza o que lo mataron los alemanes. Él fue el único abuelo que conocí y tuvo una importancia enorme en mi vida. Él me dio cariño, me consintió, tenía paciencia conmigo y siempre me hizo mucha falta, siempre tuve mucha nostalgia. Cuando nos despedimos yo sabía que no nos volveríamos a ver. Sé que mamá dijo que el abuelo entre las dotes que dio y las pérdidas jugando en el club, quedó casi en la ruina. Pero que le quedó la casa.

9. ¿Compartías a menudo con tus padres?

No los veía a menudo. Veía más al abuelo, porque ellos trabajaban o mi mamá viajaba comprando telas. Mi madre era una mujer emprendedora. No tuve una relación cercana con ellos, yo sé que me querían, pero sentía una relación distante. No como el abuelo que era más apegado a mí y supongo que se ocupaba más. Pero así y todo ahí los veía. No como en Kargalinka que se iban a trabajar en la madrugada y volvían en la noche. Sólo escuchaba la voz de mi madre a través de la pared de la fábrica cuando me lanzaba un trozo de pan.

10. ¿Veías a clientes dentro de la casa?

No, en la casa nunca, porque el negocio era independiente. Los veía muy poco en el negocio porque casi nunca pasaba por ahí. Yo supongo que me cuidaban en la casa.

11. Cuéntame de tus acuarelas.

Kuba Meztker me regaló esa caja de acuarelas. Recuerdo una mesa de madera, papel, agua y eso. Yo pintaba con esas acuarelas y con pincel. Era muy feliz con eso y, en dado momento, Marcel me las quitó y más nunca pinté. No recuerdo por qué me las regaló, pero las disfrutaba mucho. Para mí era un hallazgo que salieran colores. No me imaginaba que de unas cositas salieran colores. Estaba

deslumbrado, y esa fascinación se me cortó y yo lloré amargamente. Mis padres me prometieron que me comprarían otras y yo no sé si fue que la guerra estalló o qué, pero nunca me las compraron. Pero obviamente yo tenía tendencias de jugar porque sustituí los colores rápidamente de niño por otro tipo de juegos con los cosacos y con los rusos. Cuando jugábamos con los huesos de carnero, y le echábamos plomo fundido en el huequito para que no salieran volando.

12. ¿Recuerdas qué pintabas con las acuarelas?

No, porque no llegué a tanto. Era el comienzo nada más de las pruebas de color y ya me las habían arrebatado. Sé que eran redondas, un estuche con acuarelas redondas. Estaba probando, nada en concreto. Creo que nadie vio lo que pinté, sólo escucharon el llanto cuando Marcel me quitó las acuarelas. Nunca le pregunté qué había hecho con esas acuarelas. Fue como un trauma en mi vida.

13. ¿Cómo era Marcel?

Era muy bien parecido. Era delgadito, muy lindo. El único que se parece a él es mi hijo Julio. Marcel era muy independiente, muy aventurero, muy inventivo. Él se manejaba como podía dentro de esa tragedia. Él recorría no sé cuántos Km a casa de los Gross con unos esquíes que él había fabricado. Él iba sobre un río helado de un lado para otro. Y de niño él iba a la fábrica porque quería estar con nuestra madre y aprendió a hacer candados. Él era pelirrojo con abundante pelo. Se parecía mucho a nuestro abuelo Isaac, que llamaban: "Abend el rojo".

CUARTA ENTREVISTA

Rusia

Fecha: 23/12/10

1. Vamos a hablar sólo de Siberia, desde el momento en que salieron del vagón hasta que los pasaron para Kargalinka.

Lo que pasa es que nos pasamos por varias ciudades que pienso que son importantes, pero yo no sé el orden del itinerario, sólo sé los nombres de los lugares en donde hemos estado. Habría que verlo en un mapa. Tengo muchos recuerdos de Kargalinka. Recuerdo que pasamos por Irkutsk, Novosibirsk, Sinia y Pronija.

2. Tú llegaste a mencionar una montaña en la que buscaban té para sobrevivir, ¿en dónde fue eso?

Eso fue en Bodaybo, Siberia.

3. Cuéntame un poco de la etapa en la que vivieron en Bodaybo.

Teníamos una casa que quedaba justo enfrente de un riel de ferrocarril y para bajar al pueblo teníamos que cruzarlo. Yo sé que aparte de nosotros, que nos tocó una casita, había una barraca de muchos refugiados al final de la bajada. Recuerdo que al cruzar ese riel y apenas a mano derecha, había una casita en donde vivían dos abuelitas de edad avanzada.

Yo de niño como de cinco o seis años, les iba a cortar astillas de madera para que las quemaran porque no tenían carbón. Yo iba todos los días y, a cambio, ellas me daban una sopa. También recuerdo que esas abuelitas tenían un gato muy especial, un siamés gigantesco, y todo lo que hacían las abuelas, el gato las imitaba. Si ellas se pintaban en el espejo, el gato esperaba que ellas terminaran y entonces las imitaba y se maquillaba. Eso era prácticamente una cosa cotidiana. Después de un tiempo me dijeron que no fuera más; no recuerdo el destino de las abuelas.

Recuerdo que de madrugada, los cuatro atravesábamos la línea del ferrocarril y caminábamos la gran bajada. Nos poníamos en cola desde la madrugada a esperar por horas hasta que el kiosco se abriera para intercambiar unos cupones por pan. Si yo no iba como niño, a mí no me daban. Si me quedaba durmiendo entonces el pan que les daban a mi papá, mamá y hermano, lo tenían que compartir conmigo. Por eso me llevaban con ellos y recuerdo que a veces me cargaban. Las temperaturas eran terribles, yo la mayoría de las veces no resistía y me orinaba encima aunque me abrigaran; luego permanecía mojado por horas en aquel frío. Las personas golpeaban los pies y hacían todo tipo de cosas para no congelarse. Había largas colas de gente esperando a que le dieran un pedazo de pan.

4. ¿A dónde los trasladaron después de vivir en Bodaybo?

Recuerdo que nos trasladaron a otras dos ciudades muy cercanas: Sinia y Pronija. En una de ellas (Pronija), mandaban a mi papá a talar árboles en un bosque. Pero como no nos daban comida, mi madre dijo un día que si mi papá regresaba al bosque se iba a morir, porque no tenía energía para talar árboles. Él no fue y lo vino a buscar la policía. Mi mamá salió al frente y dijo que él estaba enfermo, que no se sentía bien, que no había comida y que si talaba en el bosque se podía morir.

5. ¿Qué más recuerdas de Pronija?

Nos encontramos con la hermana de mi mamá, Mary Gross. Vivíamos en una casita, y un cuarto era de nosotros y el otro cuarto era de los primos Gross. Había una pared en la que Marcel y yo nos asomábamos a ver a nuestras primas desnudas, pero ellas nos daban con una almohada en la cabeza. Mina y Regina estaban esperándonos y, en cuanto nos asomábamos, nos pegaban con la almohada y nos caíamos en la cama. Eso era cuando nuestros padres salían de la casa y nos quedábamos solos.

Recuerdo que había un bosque al que iba mi padre a talar. También recuerdo un acueducto que se comunicaba con otro pueblo. Era manual y pequeño por donde podía caminar la gente corriendo riesgo. Como Marcel eran muy aventurero, me llevó a caminar por ese acueducto, pero yo no sé a dónde quería ir él. Llegó un momento en que nos perdimos y nos tuvieron que ir a buscar. No sé cuál fue la intención de mi hermano, era peligroso porque si abrían el agua, nos podía barrer. Estaba hecho en madera, curvado y plano por donde se caminaba, y tenía cierta altura. A mi hermano le fascinaba caminar por ahí; él me pidió que lo acompañara.

6. Volviendo a Bodaybo, cuéntame sobre la montaña y los osos.

Mis padres averiguaron que en la montaña en donde vivíamos se conseguía té que podía ser intercambiado por otros productos o venderlo. Fueron advertidos de que en esa montaña podían salir osos, entonces muchas personas no se atrevían a subirla. Pero mi papá y mi hermano fueron y trajeron una maleta de té. Eso era muy apreciado, porque no era lo mismo calentar agua caliente sin nada, que de verdad tomar té; era un privilegio, algo sensacional. Entonces, cada vez que ellos podían, iban y negociaban el té con las personas del pueblo. Lo intercambiaban por pan y papa. Una vez vieron un oso de lejos y salieron corriendo. Hubo incidentes en donde la gente se descuidaba y uno de esos osos mataba a las personas. Por eso la gente tenía mucho miedo ir a la montaña.

7. ¿Qué hacía Mamá Relá en Bodaybo?

No recuerdo, yo creo que trataba por todos los medios de que subsitiéramos. No recuerdo que hayan trabajado para el estado, contrariamente a Kargalinka en donde sí los obligaban a trabajar hasta el final de la guerra. Yo recuerdo especialmente lo del té, las esperas por el pan, el terrible frío, y recuerdo que por las noches se reunían a veces, conseguían unas velas y hacían espiritismo.

8. Cuéntame sobre las sesiones de espiritismo

Recuerdo que las familias se reunían en una de esas barracas, alrededor de una mesa. Ellos se agarraban de las manos y le preguntaban a la mesa que cuántos años iba a durar la guerra. Y recuerdo que la mesa se levantó seis veces y dio seis golpes. Entonces así fue que supimos que la guerra duraría seis años.

9. Recuerdo que mencionaste que solías ayudarlos haciendo velitas, ¿cómo era eso?

Bueno, recuerdo que las noches siberianas eran muy largas. No estoy seguro de que eran seis meses de día y luego seis meses de noche; hay que investigarlo. Lo de las velas tengo la plena seguridad de que cuando se les apagaban, quedaban las espermas y a mí se me atojaba recogerla y hacer velitas pequeñas; realmente fue muy entretenido. Yo tenía cajas de velitas pequeñas y como ellos se reunían para las sesiones de espiritismo, yo les regalaba mis velas cuando se les terminaban las velas grandes. Era una pequeña ayuda.

10. ¿En Siberia siempre estaba nevando?

No siempre. Cuando venía el verano se descongelaba todo. Existía el verano y las estaciones. Yo sé que las noches siberianas eran interminables. Parecían meses de noche. A veces la luna llena iluminaba un panorama impresionante, por ejemplo para un escritor o un poeta. Aquellas nevadas tremendas de noche con la luna iluminando como si fuera de día. A veces uno se asomaba en la ventana y había mucha luz. Parecía de día aunque fuera de noche. Era el reflejo de la luna con la nieve blanca. Había un reflejo y se veía casi todo sin necesidad del día.

11. Otro recuerdo de Bodaybo

Creo que ahí no estábamos obligados a nada, sino a sobrevivir con los cupones, yo con las abuelas, y Marcel y mi papá buscando té. No había reglas fijas como en Kargalinka.

12. Volviendo a Pronija, ¿qué hacían ustedes como niños?

Nada, no recuerdo que hiciéramos nada. Y Mamá Rela tampoco sé qué hacía.

13. ¿Jugabas con tu primo Henek Gross?

Sí, jugábamos todos. Con Mina, Regina y Marcel también. Recuerdo que nos preparaban papas cocidas. Nos tratábamos de alimentar y de sobrevivir. Pero de ahí, a los Gross los mandaron a otro lugar, a una granja. Nosotros no fuimos con ellos, nos separaron. De ahí la historia de la vaca. Y no sé qué le hicieron a mi papá cuando le dijeron a la policía que estaba enfermo. Ojalá Regina pueda ayudarme, porque ahora lo que queda son mis memorias. Me siento frustrado de no poder cuadrar realmente las escenas. Tengo tanta mezcolanza de memorias. Sé que en un tren nos robaron, y recuerdo otro tren, y un retorno en Praga. Es muy importante recalcar Bodaybo, Sinia y Pronija. Recuerdo que también hubo otro sitio en el que nos encontramos de nuevo con los Gross.

QUINTA ENTREVISTA

Kazakhstan

Fecha: 05/02/2011

1. ¿Cómo era Kargalinka?

Fisionómicamente era increíble, porque era un pueblo que por un lado tenía una montaña, luego venía una llanura y luego no había nada más que riachuelos. Era un lugar en el que realmente pasamos muchos años, desde el 42 hasta el 45 cuando terminó la guerra. Y de ahí nos dejaron libres para regresarnos a Polonia. En Kargalinka sucedieron muchos acontecimientos.

2. ¿Qué acontecimientos recuerdas?

Por ejemplo, uno de los más terribles fue cuando mi madre, para calentar un poco de agua de río, porque ni siquiera había té, se robó unas astillas de la fábrica y una cosaca la paró y la registró en la salida de la fábrica y le encontró las astillas y la acusó y la metieron presa en un establo de caballos en el centro de la plaza. Entonces le hicieron un juicio, para preguntarle que por qué se había robado las astillas y ella dijo que era para calentar agua para poder comer. Cuando la pusieron en ese establo, como no eran herméticos sino que estaban hechos de tablas con agujeros, yo me asomé por un agujero y hablé con ella, y me respondió: “no te preocupes hijo que ya me van a soltar”. Claro, yo estaba llorando, yo era muy chiquito y estaba aterrorizado. Yo recuerdo que fui solo porque mi padre seguía trabajando en la fábrica, Marcel siempre estaba desaparecido en algún lado. Yo casi no veía a mi hermano porque mi hermano se las arreglaba para estar en la fábrica haciendo candados, entonces yo siempre andaba solo. Después me inscribieron en un colegio y recuerdo que vivíamos en una barraca.

Cundió una epidemia de tifus y mamá contrajo. Los enviaban al hospital y todos sabíamos que para disminuir la epidemia los mataban en el hospital, en otras palabras, no salían vivos del hospital. Entonces Marcel rompió el r cipe médico que le dieron a mi mamá, que recomendaba que mamá fuera al hospital. Entonces una señora que era muy buena gente, que había trabajado en un circo, le puso una cortina y la aisló en la habitación de la barraca, y la lavaba y la cuidaba como si fuera una cuarentena, y le salv  la vida, mamá sobrevivió el tifus. Eso fue una de las cosas más dramáticas, el miedo de perder a mi mamá era

terrible. Pero Marcel rompió el certificado y no la dejó por ningún motivo, porque mi hermano era mayor que yo y sabía que quien entraba al hospital no salía. Ella creo que se llamaba Sarah y tenía un niño pequeño, y vivían en la misma barraca. Ella aisló a mi mamá con una cortina, y la cuidó, la lavó y bueno, lo único que puedo decir es que se salvó de milagro, porque había muchos fallecimientos por esta epidemia.

También recuerdo que en la misma barraca había una señora que se llamaba Emma Davidovich que tenía una hija con la vista enferma, ella no veía muy bien. Yo la llevaba al colegio y la traía de nuevo a la casa. No sé qué aprendíamos en ese colegio, pero íbamos. Y Emma me remuneraba por el favor que le hacía a la hija, me daba un pedazo de papa, un pedazo de pan, cualquier cosa. Recuerdo que ella era una intelectual cuyo marido había desaparecido antes de la Segunda Guerra Mundial, eran comunistas y ella le escribía a Stalin preguntado por su esposo y él siempre le contestaba ***zdorova i rabochih*** (está saludable y con trabajo). Cuando terminó la guerra que nosotros tuvimos la oportunidad de salir y de ir a Polonia porque no estábamos inscritos en el partido comunista, Emma decidió no irse sino quedarse a esperar a su marido. Cuando ya estábamos en Alemania, después de pasar por Polonia, recibimos una carta de ella en donde nos comentaba que lamentaba mucho no haberse ido porque recibió la noticia de que habían asesinado a su marido antes de la Segunda Guerra Mundial. Eso fue muy doloroso. El episodio de Emma es un episodio como de la literatura de León Tolstoi o de Máximo Gorki. Es muy dramático, el mismo Stalin lo asesinó.

Había una mujer que tenía un hijo llamado Boris de mi edad, que tenía un noviazgo con un hombre que tenía un caballo. Entonces él venía y se la llevaba y luego la devolvía. También recuerdo que una vez nos llevaron a una excursión en el colegio, y nos llevaron por un río que tenía unos peñascos gigantes y por supuesto debajo había culebras. Y nos llevaron a un campo e hicieron unas tiendas y, como no había espacio, entonces yo dormía a la intemperie. Estuve en esa excursión hasta que mis padres me vinieron a buscar y yo estaba con piojos, pulgas, desnutrido y medio muerto. Era una especie de campamento que había

organizado el colegio. Todo era muy primitivo, en esas condiciones en las que vivíamos. También recuerdo que Marcel no quería ir a la escuela, porque los muchachos rusos le pegaban por ser judío. Y después más nunca quiso estudiar, no quiso ir a ningún colegio en su vida.

Después recuerdo que en momentos de una fiesta cualquiera, mi papá recordaba que en Viena había sido bailarín y en Buenos Aires, y él y mi mamá se disfrazaban y hacían un escenario, entonces bailaban y había mucha alegría.

3. ¿Cómo era la fábrica?

La fábrica era de textiles básicamente y ellos fabricaban ropas y cosas de ese tipo. Mi papá manejaba un torno, él era tornero, y mi mamá y Emma cosían y cosían ropa para la armada roja, para el ejército. Trabajaban muchísimo y ganamos muy poco, y a duras penas le daban comida. Y recuerdo que para sobrevivir, mi mamá decidió quitarse un pedazo de pan y a cierta hora de la tarde, a eso de las cinco, me lo lanzaba por un muro. Los muros que rodeaban la fábrica eran altísimos, nadie se podía escapar, todos tenían que pasar por el control. Pero ella me gritaba: “— Harry estás ahí — Si mamá”, y así hacíamos. Yo no tenía otro medio de sobrevivencia, no había otra forma.

Marcel y yo a veces escalábamos esa montaña y encontrábamos huevos de diferentes animales y hierbas, y una vez comidos nos hinchaba los ojos, nos envenenaba. Y Marcel en las noches se ponía en el río con una velita y lograba pescar unos cuantos pececitos. Luego se preparaba de una forma ingeniosa, robando las tablas del baño para calentarlo, uno vigilaba y el otro las robaba.

Otro acontecimiento que me parece muy interesante es que mamá oyó de un pueblito en donde se hacían intercambios de cosas, entonces se llevó a Marcel. Eran como diez km a pie, y cambió su sortija de matrimonio por un saco de papas; unas estaban en buen estado y otras no, y se lo llevaron arrastrando entre mamá y Marcel por diez km hasta que llegaron a la barraca y se cocinó todo el saco y se repartió entre todos los que estaban ahí y esa misma noche se acabó el saco de

papas. Eso eran acontecimientos realmente intensos y muy vívidos y gloriosos. Cuando yo imagino a mamá todavía joven y a Marcel de niño jalando kilómetros y kilómetros ese saco de papas... A mamá no le importaba cambiar sus joyas de Polonia por comida, pero había gente que no cambiaba y se moría de hambre con las joyas puestas.

Yo para distraerme con los niños cosacos, fabricaba unos huesitos de carnero, no de cordero sino de carnero, le metíamos plomo en un huequito que tenía y jugábamos que el que más se acercaba al mingo ganaba. Nosotros los vendíamos a los niños que querían uno ya ejecutado. El plomo tiene un punto de fusión muy bajo, con una cocinita y cualquier fuego derrites el plomo, y lo echas en el huequito y él solidifica. Eso permitía que el viento no se lo llevara sino que cayera justo en el sitio. No sé de dónde sacábamos el plomo, pero los huesos los botaban los carniceros o las personas que tenían un carnero.

También recuerdo que recogíamos el excremento de las vacas en verano, le echábamos heno y dejábamos que se secara al sol, y en invierno eso servía como carbón, como combustible y entonces ayudaba a calentar cosas. Una de las cosas más importantes de esos sitios era encontrar algo para calentar las cosas. Entonces se ponían unas piedras, luego el heno ya seco por el sol de verano, y se acumulaba lo más que se podían. Las vacas caminaban por ahí, en el pueblo, tranquilamente. Pero cuando hacían sus necesidades se recogían, era como un tesoro, y luego con los pies como si fuera vino se machacaban con el heno y se fabricaban unas tortas que se ponían al sor durante el verano y se calentaba materia prima para el fuego.

Mucha gente en Kargalinka fallecía de epidemias, de hambre, de frío, de tristeza y todo tipo de cosas. En la escuela recuerdo que lo primero que hacíamos era cantar el himno ruso por la patria y por Stalin. Nos poníamos en fila y nos obligaban a cantar el himno ruso. Al principio me daba terror quedarme solo en el colegio de niño, después me acostumbré, y recuerdo que incluso a veces mi madre me buscaba. Yo siempre cargaba con Lina, la niña de los ojos enfermos,

para arriba y para abajo y Emma, su mamá, siempre me recompensaba. Ella era muy generosa conmigo, estaba muy agradecida. La niña sola no podía ir al colegio, estaba incapacitada y yo me ocupé de ella durante ese tiempo.

A Marcel lo dejaban entrar en la fábrica, y aprendió a hacer candados que vendía. Eran muy útiles y muy buenos sus candados, y así comenzó con la tecnología y luego en Alemania siguió. El que llegaba tarde a la fábrica lo castigaban, si alguien tenía diarrea y faltaba, lo castigaba con más horas de trabajo. Los jefes no vivían nada mal, se vestían bien y tenían botas, en cambio los trabajadores no tenían zapatos, iban con trapos envueltos en los pies.

Más nunca supimos de Emma, ella decía: “él va a volver, yo voy a estar casada con otro y no voy a estar aquí, y él va a volver”, y le decíamos que él no volvería.

El verano era muy caluroso, yo recuerdo que fuera de la barraca había un césped y después un caminito. La gente se acostaba a dormir en el césped, las personas les robaban y las mujeres se despertaban desnudas.

La mujer que cuidó a mi mamá se llamaba Sarah, era gitana. Hitler quería matar a los judíos, gitanos y homosexuales.

Mi pobre padre sufría siempre del estómago. Horrible. No tenía el físico, no estaba preparado físicamente para hacer esos trabajos tan arduos y tan duros. En la fábrica solo les daban una sopita. Pero el pedacito ese de pan para mí era súper importante.

4. ¿Había alguna sinagoga en ese pueblo?

Que yo recuerde no había sinagoga en ese pueblo, por eso yo fui criado prácticamente con la base de sobrevivir: comida. Que yo recuerde mis padres no rezaban, después en Venezuela sí. Me llevaban a la sinagoga y me hacían ayunar. No sabía que existía la religión.

SEXTA ENTREVISTA

Alemania

Fecha: 17/02/2011

1. ¿Qué pasó cuando finalizó la guerra?

Llega el año 1945, nosotros seguíamos en Kargalinka y por los altos parlantes de la plaza todos estábamos esperando a que Stalin hablara, porque había terminado la guerra. De todas maneras alguien habló, no sabemos quién, anunciando el final de la guerra. Y una vez terminada, sí se supo que Stalin hacía ofrecimientos a todos los sobrevivientes que habían trabajado en la fábrica de que si se quedaban en Rusia la vida sería completamente diferente, que habría comida, ropa, etc., porque la guerra era la responsable de todas las carencias que habían sufrido los refugiados. Para los que querían irse, había unas organizaciones tanto americanas como europeas, que buscaban parientes que se habían perdido durante la guerra. Entonces ellos consiguieron, por otro lado, que Stalin hiciera una apertura de tal forma que todos los ciudadanos de diferentes orígenes pudieran regresar a sus países de origen con tal de no estar inscritos en el partido comunista. Por supuesto que mis padres buscaron la forma para irse, porque por nada del mundo querían quedarse allá, ni que les ofrecieran montañas de oro, como todo el mundo decía que Stalin estaba ofreciendo.

Entonces comenzamos a viajar, pasamos por Checoslovaquia, por Austria y otros países, hasta llegar y enterarnos de que la hermana de mi mamá estaba en algún lado de Alemania. Mary, estaba Alemania con su familia, los Gross, y nos topamos.

Recuerdo que antes pasamos por una ciudad polaca llamada Szczecin, en donde estábamos en un apartamento y veíamos a los soldados alemanes civiles marchando por las calles, al revés de cómo había sido antes que nosotros éramos

los que salíamos y les dejábamos las casas a los alemanes. Los veíamos irse no sé a dónde. Ahí estuvimos varias semanas o meses. Ahí yo me compré una patina con ahorros de mi propio dinero.

Nosotros nos encontramos en Breslau, una ciudad muy importante que estaba muy destruida, nos encontramos con los Gross. Henry y yo decidimos que íbamos a recorrer los edificios destruidos y había comercios que compraban las cosas que nosotros encontrábamos, algunas estaban en muy buen estado: muebles, bicicletas, juegos de niños de todo tipo, y algunos que no estaban de buen estado los desechábamos. Entonces los vendíamos a las tiendas que compraban ese tipo de cosas y entonces podíamos comprar en Breslau comida, cosas, etc. con ese dinero. Breslau era una ciudad muy conocida por el buen teatro. De ahí el tío Gross se atrevió a regresar a Polonia a vender su casa y luego se regresó. Nosotros en Breslau teníamos miedo porque aún existían pogromos y había mucho miedo de regresar a su casa de origen porque era peligrosísimo, es más la aya de mis padres nos contestó la carta diciendo que mejor no regresábamos a la casa, nosotros entendimos la indirecta y no regresamos sino que dejamos esa casa así.

Entonces de Breslau pasamos a Fürstfeldbruck que quedaba como a una hora de tren de München, y ahí había un club en donde se reunía la gente sobreviviente de la guerra. Había algunas personas que tenían el signo del campo de concentración marcada, había gente que sobrevivió de Siberia, no había casi niños, los únicos niños que recuerdo eran mis familiares porque yo no conocí ahí a ningún niño sobreviviente. Pero como yo iba a estudiar a una hora en tren a München a una escuela hebrea, ahí si había niños y en esa escuela conocí.

Pasamos dos años en Alemania buscando la forma de emigrar a Israel, pero la migración a Israel estaba cerrada, los barcos eran devueltos a Chipre, porque en ese momento todavía no se llamaba Israel sino Palestina y los ingleses devolvían los barcos de los refugiados a Chipre. Entonces nos quedamos estancados en Alemania, pero podíamos comer. Unos zapateros me hicieron un par de zapatos

que me quedaban muy cortos pero yo por salir a la calle en invierno exageré, doblé los dedos y dije que eran una maravilla. Ahí podíamos comer porque se vendían cosas de contrabando. Por ejemplo a mí me daban un bolso de cigarrillos americanos y chocolates para venderlos en el club y yo sabía que siendo niño si me agarraban no me iban a hacer nada, era menos peligroso que un adulto. De dónde sacaban esos cigarrillos y esos chocolates, no sé, pero sí sé que los contrabandeábamos.

2. ¿Qué más solías hacer en ese club?

En ese club aprendí a jugar tenis de mesa y ajedrez. Jugaba con los ancianos y recuerdo que una vez aposté una barra de chocolate con un señor de cierta edad que me dijo: “bueno vamos a jugar y apostamos una barra de chocolate”, pero yo le dije que yo no podía financiarla entonces me dijo: “yo te la compro de todas maneras, si tú ganas yo te la doy y si tú pierdes te doy la mitad de la barra”, entonces yo acepté y él me ganó y me dio la mitad de la barra de chocolate. Eran unos chocolates grandes que tenían un papel cebolla que los envolvía, porque yo recuerdo que era muy sabroso al tacto el papel y uno veía el chocolate a través del papel y se me hacía agua la boca. Creo que fue la primera vez que yo probé un chocolate. Recuerdo que cuando ya estaba en Venezuela yo estaba fascinado con el chocolate, había unas barajitas que salían de Savoy de un álbum botánico y otro de zoológico, y los niños buscaban las barajitas y desechaban los chocolates, entonces yo cambiaba las barajitas por chocolates. En el club también se jugaban barajas los de mayor edad y apostando dinero, pero yo nunca jugué ni me hubieran permitido, apenas me dejaban jugar ping pong y vender lo que yo vendía.

3. ¿Cómo era la casa en donde vivían en Alemania?

Nosotros vivíamos en Fürstfeldbruck, en la Maisach Schulstrabe que era la calle que venía desde Fürstfeldbruck hasta el aeropuerto americano de Maisach, y una de las últimas casas de esa calle era donde nosotros vivíamos, en la número 60, yo lo recuerdo hasta hoy en día. Había una familia alemana que vivía en el piso de arriba y nosotros vivíamos todos en una habitación en la planta baja, y

había un sótano en donde podíamos bañarnos y uno podía calentar el agua, y claro en invierno uno se bañaba una vez a la semana. Había un jardín con unos árboles de manzanas que cuando yo vi las manzanas se me ocurrió una idea, recogí las que estaban maduras, las llevé al club y las vendí. Y el alemán que vivía arriba se puso furioso conmigo pero yo no le paraba ni medio, yo recogía mis manzanas y yo las vendía en el club y ganaba dinero. Por supuesto, como yo estudiaba en München descubrí el cine con una fascinación tan grande, primero descubrí el planetario que no era realmente un planetario, sino que el cine proyectaba en el techo el universo con las estrellas y los planetas, y comencé a frecuentar repetidamente ese cine.

A mí me parecía una maravilla y claro en el colegio conocí a una amiguita que vivía también en Fürstenfeldbruck, que era sobreviviente de un campo de concentración y que tenía su marca en el brazo, se llamaba de apellido Klainer, y ella y yo nos íbamos después del colegio al cine, pero lo que sucedía era que perdíamos entonces el tren de regreso a Fürstenfeldbruck y teníamos que coger el tren a Maisach que salía tarde en la noche y luego caminar varios kilómetros hasta llegar a Fürstenfeldbruck atravesando un bosque y pasando del lado del aeropuerto americano de lado izquierdo en donde pasaban camiones, pero nunca nadie nos dio la cola ni nosotros la pedíamos.

4. ¿Cada cuánto ibas al cine?

Eso era varias veces a la semana, porque cada vez que pasaban una película nosotros no nos la perdíamos. Yo sé que una de las películas que yo vi en esa época fue Hamlet con Laurence Olivier, que me impactó de una manera tan tremenda que nunca lo he olvidado, siempre me pareció el actor más importante y grande del mundo. El cine se convirtió para mí en una pasión y en Venezuela continuó por supuesto.

5. ¿Cómo era el cine por dentro?

El cine tenía butacas pequeñas y pantallas pequeñas, porque en ese momento no existían las pantallas panorámicas de hoy en día, eran como de tres por tres, algo así. Y entonces en Fürstfeldbruck yo me acostaba muy tarde en la noche, pero yo tenía que madrugar. Recuerdo que Marcel trabajaba en una escuela de tecnología y aprendía a reparar máquinas de escribir y se volvió un gran técnico en esa materia. Recuerdo que íbamos en una bicicleta a la estación, porque teníamos que agarrar el tren muy temprano. Yo me sentaba en la parte de adelante en la barra. Esa bicicleta tenía la particularidad de que como no tenía cauchos, Marcel le adaptó unas mangueras macizas en las ruedas. Esa bicicleta no sé de dónde la sacó Marcel, si la encontró o la hizo. Muchas personas de la ciudad andaban en bicicletas mucho más sofisticados. Marcel iba manejando y yo en la barra a la estación que nos quedaba un poco distanciada a pie, porque nada más la calle del número 60 era un buen trecho.

A veces agarrábamos el tren en pleno vuelo, luego llegaba a Fürstfeldbruck y cambiaba de tranvías dos veces más hasta llegar a la escuela. La escuela comenzaba temprano y era todo en hebrero, entonces bueno creo que aprendí muy poco, pero sí me destacué en matemática porque había un ex aviador alemán que daba clases particulares de matemáticas e inglés, y entonces a mí me daba clases privadas. Ya nosotros éramos capaces de financiar eso con el contrabando que hacíamos, de tal manera que cuando yo llegué a Venezuela y no tenía ningún documento de haber estudiado en ningún lado, porque todo eso se perdió en la guerra, entré en el Moral y Luces, y me pusieron en 4to grado de una vez porque yo sabía inglés y álgebra. También recuerdo que como mamá cuando era joven tocaba piano y cantaba en una coral, ella quería que yo también aprendiera a tocar un instrumento, entonces me obligó a tocar violín pero yo no tenía ningún talento para eso, entonces recuerdo que cuando venía la profesora yo me escondía en el escaparate para que ella no me encontrara, porque comenzó con el arco, que yo moviera los brazos y sostuviera el violín. Yo no sé por qué se le metió a mi mamá eso en la cabeza pero yo no tenía ningún talento, al final la maestra tuvo un ataque de nervios, no regresó y yo me salvé.

6. ¿Qué más recuerdas de esa época?

Esa época fue muy interesante, el viajar en los tranvías con la niña Klainer. Ella decidió no pagar el boleto, porque no le iba a pagar a los alemanes, entonces cuando venía el señor del tranvía a que le pagaran su boleto, yo siempre tenía una cosa de estudiante pendiente de mostrarle y era equivalente al boleto, pero ella se negaba entonces cuando le pedía el boleto ella le mostraba la mano con el número del campo de concentración, y lo insultaba y le decía: “¿tú quieres ver mi boleto?, aquí tienes mi boleto”, y siempre andaba fúrica, no estaba tranquila. Ella después engordó mucho y caminaba muy lento, y yo siempre la apuraba le decía: “apúrate”, ya yo estaba a 100 metros de distancia en el bosque de noche en vía de Fürstfeldbruck. A veces yo la acompañaba a su casa, porque ella sí vivía en el centro de la ciudad y yo afuera de la ciudad.

Era una época ya muy diferente, ya todos comíamos. Mis padres trabajaban muy poco porque no tenían en qué emplearse, pero hacían lo que hacía todo el mundo: conseguían cosas de contrabando y las vendían discretamente. Lo mismo que yo, y yo les daba el dinero, y me quedaba con algo para ir al cine. Pero un trabajo formal no tenían. Pero se comía, yo podía comer manzana, y por ejemplo el chocolate que me dio el señor, porque yo no podía financiarlo, era muy costoso. Yo jugaba mucho ajedrez con el señor más viejito de la ciudad, con un sobreviviente.

Luego aprendí a esquiar en invierno cuando era niño. Había montañitas y se esquiaba. Era toda una aventura ir a la gran ciudad que era München. Estaba destruida, había edificios muy destruidos. Ese edificio en donde funcionaba la escuela, por pura casualidad no, pero München estaba casi toda arrasada.

7. ¿En qué ciudad alemana iban a las ruinas Henry y tú?

En Breslau fue donde más investigamos los edificios y todo lo que recogíamos lo vendíamos. Comenzamos a ser muy avispados porque como en Rusia no había nada de eso, ahora veíamos posibilidades y oportunidades en todas partes. En

Breslau vivíamos en una misma casa con los Gross. Recuerdo las aventuras con Henry, y recuerdo que ya había comercios en donde la gente podía comprar abiertamente alimentos. Se podía comprar hasta jamón, que era muy famoso el jamón polaco. Recuerdo que había mucho control de parte de mi familia: “que no saliera, que era peligroso”, mamá nos preguntaba que qué estábamos haciendo y nos regañaba, pero nosotros lo hacíamos inclusive a escondidas. Claro que una plataforma de esas que se fuera para abajo nos podíamos matar. A veces cruzábamos una viga para ir a otra habitación que veíamos juguetes de niños, los recogíamos y los vendíamos a los negocios que estaban especializados en vender todo ese tipo de cosas.

8. Cuéntame sobre la patineta que mencionaste anteriormente.

En Szczecin me compré la patina. Uno de los dolores más grandes es que cuando nos fuimos de Szczecin a Breslau, mis padres me dijeron que yo no podía llevarme la patineta y yo les dije que era el único juguete que yo había tenido en mi vida, y se lo regalaron a un muchacho que era enemigo mío, que me había golpeado. Eso fue un dolor increíble, un sufrimiento impresionante, porque él me había golpeado muy fuertemente y justo a él que se acercó le dieron mi patineta. Yo tenía una caja de monedas que había recolectado de diferentes sitios, porque se encontraban monedas por ahí, y tenía una caja de monedas alemanas, polacas, austríacas, y de la rabia agarré la caja y la tiré al monte, todo mi tesoro. Después, cuando llegamos a Viena todas las monedas servían, eran dinero que se podía usar, no era fuera de uso sino auténtico. Pero ya no lo tenía, lo boté de la rabia por haberme quitado la patineta. Eso fue un trauma, nunca me he olvidado de eso. Me regresa el dolor cuando pienso en eso. Yo compré esa patineta con mi propio dinero y esfuerzo, y era una patineta tan adelantada que la rueda de atrás eran más grandes que las de adelante y tenía un pedal que tú podías apretar y la rueda de atrás giraba y no tenías que sacar un pie afuera. Creo que la patineta era roja. Yo nunca he visto otra patineta como ésa, yo no necesitaba bajarme de ella. Yo iba raspando por la acera a una velocidad impresionante, no tenía miedo.

9. Cuando viajaron desde Kargalinka, ¿cómo viajaron?, ¿en vagones de ganado?

No, eran camiones que se trancaban atrás y en las fronteras todo el mundo se quedaba en silencio, nos decían que nos calláramos la boca, los niños no debían llorar y les decíamos a los guardias en las fronteras que el conductor estaba llevando una mercancía, pero en realidad éramos nosotros. Hasta que por fin cuando llegamos a Alemania, ya estábamos libres porque ya se había terminado la guerra. Pero nos ocultamos en los camiones porque todavía había peligro de que nos hicieran daño, todavía había pogromos. Ya en Alemania yo andaba por mi cuenta, ya nadie me cuidaba ni se preocupaba, yo llegaba tardísimo a mi casa y me acostaba a dormir en una cuna, porque no había sino una cama para mis padres, una para Marcel y una cuna para mí. Pero yo cabía perfectamente porque yo era pequeño, yo no me había desarrollado. Recuerdo que en las mañanas, Marcel se levantaba temprano y pulía sus zapatos, él era sumamente perfeccionista para ir a la academia técnica. Era impecable, la voluntad de Marcel era envidiable. Él era puntual y comenzó a ser organizado. Bueno, era todo un muchachote y yo todavía seguía siendo un niño.

10. ¿Cómo era Emma Davidovich físicamente?

Era regordeta, pelo negro. Ella era una persona atractiva, la personalidad la hacía resaltar como una persona atractiva.

11. ¿Con qué escribía sus cartas?

Buena pregunta, no sé con qué escribía. No sé si encontraba una de esas plumas antiguas y un tintero.

12. ¿Cómo enviaba las cartas?

Por correo. Había un correo en el pueblo. Y siempre recibía respuesta: “su marido está saludable y trabaja”. Lo habían asesinado antes del año 1939.

13. ¿Cómo se llamaba su marido?

No recuerdo, sólo recuerdo a Emma. Pero habían sido furibundos comunistas. Y Emma se quedó, pero ella hubiera podido salir si se hubiera casado aunque fuera de mentira con alguien no inscrito en el partido comunista. Pero ella dijo que no, que ella iba a esperar a su marido, porque Stalin le había dicho que estaba saludable y que trabajaba. Después cuando estábamos en Alemania recibimos una carta dramática de ella confesándonos que se había enterado de que habían matado a su marido hacía muchos años, y que Lina había perdido a su padre prácticamente de bebé. Y más nunca supimos de ella. Obviamente no pudo salir o no quiso salir.

14. ¿Cómo consiguieron esa casa para vivir en Alemania?

En Fürstfeldbruck nos ubicaban en casa de alemanes, les quitaban a ellos una habitación y le daban una a los sobrevivientes, casi como plan de emergencia.

15. ¿Los trataban bien?

Casi no nos hablábamos, pero había una señora alemana en el piso de arriba que se hizo amiga de mamá y hacía negocios con ella. Ya el trato era bueno, una vez terminada la guerra. Los americanos estaban instalados en la Alemania oeste en Baviera, y los rusos se dividieron la Alemania en dos en el lado este.

Recuerdo que yo me negaba a comer, y mamá aprovechaba y preparaba unos pancitos y le daba al profesor y yo comía con él, para que yo comiera porque yo me negaba comer, la comida no me interesaba para nada, y me decían: “te vas a morir de hambre”.

SÉPTIMA ENTREVISTA

Venezuela

Fecha: 25/02/11

1. ¿Por qué decidieron ir a Venezuela?

De alguna forma localizamos a Marcelino Rawicz que es un primo hermano por parte de mi padre, hijo de una hermana de mi padre, a través de la compañía que localizaba gente que se había perdido durante la guerra y lo localizaron en Venezuela, y entonces decidimos venir a Venezuela, tan sencillo como eso. Él nos mandó las visas y todo, y de Fürstfeldbruck pasamos a München. De ahí fuimos a París, luego pasamos a un puerto en Bordeaux y de ahí a Venezuela en un viaje que duró dos semanas. Primero llegamos a La Guaira una madrugada, pero no había sitio para desembarcar, entonces nos enviaron a Puerto Cabello.

Recuerdo que cuando llegamos a Puerto Cabello en la madrugada, vimos a unos heladeros, docenas de heladeros, y nosotros estábamos en la cubierta del barco y ellos nos miraban, y de pronto abrieron sus carritos y nos comenzaron a obsequiar sus helados. Ese día probé mi primer helado, creo que era de mantecado EFE, pero no estoy seguro. Entonces, bueno, fue un recibimiento increíble. Yo luego pensé: “bueno esos heladeros serán de una compañía, así que ellos mismos tuvieron que sufragar los helados porque se dieron cuenta de que nosotros éramos unos extranjeros que no teníamos dinero para comprar nada”.

2. ¿Qué pasó después de que llegaron a Puerto Cabello?

De Puerto Cabello nos llevaron en unos autobuses a Trompillo, a unas tres horas. Ahí nos instalaron en unas casitas. El gobierno nos daba tres comidas diarias magníficas y nos daba Bs.10 por persona, incluyendo a los niños porque Marcel y yo también recibíamos, así que teníamos Bs.40 diarios durante dos semanas, y con ese dinero se podía hacer mucho. En ese entonces, una Coca Cola valía un mediecito (1/4 de un Bolívar) y por Bs. 1 se podía comprar un racimo de cambures gigantesco. Era increíble lo que significaba los Bs.10 por persona.

Estuvimos en Trompillo dos semanas hasta que mi primo Marcelino nos solicitó y nos buscó y fuimos a Caracas. Fue un recibimiento muy generoso, muy extraordinario y fuera de lo común. Así fue mi llegada a Venezuela y siempre

pensé que ese obsequio de los heladeros me impactó tanto que cuando yo oí que Venezuela era la sucursal del cielo, yo comencé a creerlo de verdad y, desde entonces, siempre le tomé mucho amor y mucho cariño al país.

3. Cuando estaban en Bordeaux, ¿ya sabían que iban a Venezuela?

Sí, sabíamos. Era un barco portugués que se llamaba **S. S. Portugal** con emigrantes. Yo no sé con qué pagaron mis padres el viaje en el barco ni cómo fue que lo abordamos. Sabíamos que íbamos a Venezuela, pero no sabíamos qué era Venezuela. Pero habíamos recibido una carta de Marcelino que decía que él estaba en Venezuela, que era un país tropical que no tenía invierno y nosotros dijimos: “eso es imposible, ¿cómo puede existir un país que no tenga invierno?” Primera vez en la vida que escuchábamos algo así. Nos dijo que había comida y que se consigue trabajo y que la gente es muy amable, y nos describió unas cosas del país. No teníamos idea de dónde quedaba Venezuela, y lo demás de que había comida y trabajo nos entusiasmó en sobremanera.

Cuando recibimos las visas nos examinó físicamente un médico en München, para dar el visto bueno antes de ir a Francia. Era un médico venezolano sumamente simpático y agradable, y ahí comenzó todo. De München nos fuimos a París y de ahí a Bordeaux a abordar el barco. Íbamos en clase de emigrantes, ahí abajo. Había una clase de turistas arriba y nosotros llegamos como emigrantes en el sótano 3 o algo así, pero no nos importaba porque nosotros íbamos a una nueva vida, a un nuevo país, mis padres todavía eran jóvenes, Marcel era un adolescente y yo un niño, y llegamos sin nada, sin un penique. Y Marcelino Rawicz nos acogió y nos instaló primero en un apartamentico que él tenía en Sábana Grande, pero ese mismo día le nacía un hijo, así que tenía que ir al hospital y entonces mi madre y yo nos quedamos, y mi padre y Marcel como no cabían en el apartamento porque era muy pequeña, se instalaron en la pensión Johnson en San Agustín del Sur. Después mi madre pidió ayuda a sus hermanos de EEUU y le mandaron un dinero, y con eso pudimos alquilar un apartamento en Bello Monte en el edificio San Nicolás.

4. ¿Qué recuerdas de París?

Recuerdo que cuando nos quedamos en París en un hotel, yo me escapé, como solía ser de niño, y me fui al metro y comencé a ver el mapa y vi pasar los metros y me llamó muchísimo la atención el movimiento de ida y venida del metro. Y, de repente, se me acercó un señor que me dijo algo y yo le respondí que no entendía francés, entonces me preguntó que de dónde era y le dije que de Polonia, entonces me empezó a hablar en polaco, qué coincidencia. Me dijo: “¿qué estás viendo?”, y le dije: “estoy viendo este mapa”, y me dijo: “¿y los metros?”, y le dije: “sí y los metros, estoy tan emocionado, yo nunca había visto unos trenes así en mi vida”, y me dijo: “¿y tienes dinero?”, y le dije: “no, no tengo dinero”. Entonces el hombre me dio dinero, compré un boleto y recorrí todo París, desde la estación en donde arranqué en metro. Yo estaba tan fascinado, para mí eso era un gran descubrimiento, el haber visto una cosa subterránea. Porque, claro, yo había visto los trenes de arriba, pero nunca un metro, no sabía que existía algo que caminaba debajo de la tierra. Mis padres estaban desesperados y yo aparecí de nuevo en el mismo sitio. No sabían qué hacer conmigo, mi mamá me armó un escándalo, me dijo: “muchacho, nos estábamos muriendo”. Ya después no me atrevía, entonces iba solo de Gare du Nord a Gare de l’Est Station. Nos quedamos varios días en París.

Después en Venezuela, descubrir que no había invierno, que era caliente, que era trópico. Imagínate que Caracas tenía 300.000 habitantes. La gente paseaba por Los Caobos y había grupos tocando música clásica. Descubrí el trópico. La primera palabra que aprendí en español fue “mañana”. Mi papá ya hablaba español porque él había vivido en Argentina, y él también sabía en dónde quedaba Venezuela y que había cambures. Yo por primera vez comí una comida decente, recuerdo que nos sirvieron pabellón y yo estaba encantado, hasta hoy en día creo que es mi comida preferida. En esa casa de Trompillo estábamos todos los emigrantes, ya no nos trataban como refugiados sino como emigrantes. Y después mis padres solicitaron la nacionalización, y luego cuando cumplí la mayoría de edad manifesté que quería seguir siendo venezolano y salió en la Gaceta Oficial.

5. Antes de viajar en el barco no habías visto el mar, ¿verdad?

Yo había navegado por ríos en Siberia, pero nunca había visto el mar. Me maravillé pero también me mareé. En ese barco pasaba el tiempo buscando niños para jugar y conocí a Walter Oravsky, que iba como residente en primera clase. Él me dijo cómo subir a primera clase, entonces del sótano 3, yo me subía a la primera clase y jugábamos. Él era un muchacho que también se ganó la vida escondido durante la guerra con sus padres, de origen judío por supuesto. Los nazis no los agarraron. Después de la guerra, no sé cómo, lograron recuperar parte de sus pertenencias, porque era gente adinerada. El padre tenía una fábrica y trajo todo eso de Checoslovaquia, y montaron el negocio aquí en Venezuela.

Luego estudió conmigo en el colegio Moral y Luces, 4to, 5to y 6to grado, y luego bachillerato en el liceo Andrés Bello. Pero los padres decidieron sacarlo y lo enviaron a Estados Unidos a una escuela militar. Yo lo envidiaba muchísimo, porque cuando él venía de vacaciones, me llamaba y yo lo veía con aquel uniforme. Se ponía su uniforme, con los zapatos brillantes y todo impecable, y yo parecía un gusano al lado de él. Yo decía: “este hombre parece un capitán”. A él no le iba bien en los estudios del liceo, me imagino que por eso lo sacaron, pero era sumamente hábil en los negocios. Él siempre tenía dinero, porque siempre inventaba un negocio.

ENTREVISTA — REGINA ZINN

Fecha: 17/11/10

1. ¿Cuántos años tenías cuando estalló la guerra?

Yo tenía nueve años, iba a cumplir diez años cuando comenzó la guerra. Yo nací en enero y en el año 1940 cumpliría años.

2. ¿Cómo era el lugar en donde naciste?

Donde yo nací, en la ciudad de Nisko, era una ciudad ayuntamiento. Había una plaza grande, una escuela pública a donde iban todos los niños de Nisko y había unas escuelas secundarias que era un gimnasio y al graduarse de ahí iban a la universidad. Era una ciudad muy bonita, en la plaza se hacía un mercado y alrededor estaban los edificios de la alcaldía y el juzgado. Una vez a la semana se hacía ahí un mercado, y se traían frutas y verduras.

3. ¿Cuál es la flor más común de Polonia?

La rosa era una planta común y la lilac que viene en unos racimos en forma de pirámide.

4. ¿Cómo era el clima en septiembre en Polonia?

En septiembre llueve mucho y hace frío porque ya es otoño.

5. ¿Visitaste la casa de mi papá?

Sí, Jaroslaw y Nisko estaban sobre un río común: el río San, pero para Jaroslaw íbamos en tren. La casa de los Abend tenía en la planta baja una tienda grande de telas y arriba tenían la casa. Nosotras fuimos allá en verano, en mayo a conocer a Harry cuando nació. Mi hermano Henek y yo llorábamos porque queríamos ir a la casa. También recuerdo que en la calle de atrás había una pastelería, y aquello

olía divino cuando sacaban los pasteles del horno, y Mamá Rela nos mandaba a buscar postres.

6. ¿Cómo era la casa?

En el piso de arriba tenía una sala, una cocina del lado izquierdo con un comedor y una sala muy bonita. Había habitaciones y baños adentro del edificio. Atrás de la casa había un jardín en donde salíamos a jugar al escondite, pelota y rayuela.

7. ¿Cómo eran los Abend?

Mamá Rela era muy cariñosa y muy alegre, y mi tío Julio también era muy cariñoso con los niños. Él nos enseñó a bailar, porque él vivió en Buenos Aires pero regresó a Polonia porque no soportó el clima. Nos enseñó a bailar milonga y samba.

8. ¿Cómo era Marcel?

Yo era contemporánea con Marcel, él era tremendo, pelirrojo y muy pecoso. Cuando él venía a mi casa en Nisko, salía sólo a la calle. Un día buscó una ferretería y dijo: “mi tío Romer va a pagar” y pidió unos clavos y los comenzó a clavar en el piso de madera de mi casa, y recuerdo el grito de mi mamá al ver eso. También iba a los establos en donde vivían los campesinos y buscaba a los caballos y se quedaba allá embelesado. Durante la guerra cuando estábamos en Siberia también le gustaban los caballos.

9. ¿Cómo era Kasha?

Una campesina polaca, de contextura gruesa y gruñona.

10. ¿Cuánto tiempo tardaron en salir de Nisko al estallar la guerra?

Nos fuimos rápido, tardamos como 15 días. Nos fuimos porque llegó un oficial alemán del ejército que no era nazi. Estábamos nosotros tres con mi mamá, porque mi papá ya se había escapado con otros hombres de la ciudad con la bicicleta. Salió un anuncio en la radio de que todos los judíos debían llevar toda la

platería a la plaza del mercado en tres días, y mi mamá llevó todo lo que podíamos cargar nosotros y un carromato de esos con caballos nos llevó a donde mi mamá nació y estuvimos como tres semanas, y mi papá vino a buscarnos. Él estaba en el lado polaco y nosotros en el lado alemán de Polonia. Él empezó a hacer las diligencias para irnos todos y así llegamos a la parte que estaba ya ocupada por los rusos y ahí nos acomodamos. Mi papá alquiló la parte de una casa y nosotros fuimos a la escuela. Hasta que llegó la policía rusa y mi papá se escondió en el desván y cuando preguntaron por el padre de la familia mi mamá les dijo que él estaba de viaje, pero no se lo creyeron y lo buscaron y lo encontraron. Entonces nos preguntaron que si podíamos ir a América y les dijimos que sí porque ahí teníamos familia, y nos dijeron que recogiéramos todo porque nos llevarían a América pero, en vez de eso, nos deportaron en vagones de ganado a Siberia.

ENTREVISTA — ANTONIO RODRÍGUEZ YTURBE

Fecha: 25/02/11

1. ¿Consideras que las consecuencias de la Primera Guerra Mundial son los antecedentes de la Segunda Guerra Mundial?

Sin duda que sí, porque cuando ocurre la rendición definitiva con el Tratado de Versalles que es el que fija las condiciones finales en 1939, las condiciones que se le impusieron a Alemania no fueron ni siquiera de negociación sino que fueron unos términos sumamente duros. No solamente rendición incondicional, sino además de pérdida de territorio y de una humillación pública prácticamente al perdedor que, sin duda alguna, el principal fue Alemania. La humillación a la que se somete el pueblo alemán y la vejación en cierto nivel al mismo, ocasiona un resentimiento ciertamente que, eventualmente, va a ser capitalizado por Adolfo Hitler cuando llega a poder y promete al pueblo alemán una reinserción, una reivindicación de sus derechos, una vuelta a la grandeza alemana, una denuncia además del Tratado de Versalles y de todos esos tratados que de una forma u otra hubieran causado prejuicios muy grandes en el pueblo alemán.

2. ¿Podría considerarse una guerra de poderes?

No, la Segunda Guerra Mundial tiene varios surcos. Uno de ellos, ciertamente, es la promesa que hizo Adolfo Hitler de un retorno a las tradiciones, un retorno a la grandeza alemana, una denuncia y una eventual ruptura con todos los tratados que Alemania estuviera condicionada de su actuación con los poderes ganadores de la guerra. Pero, por otro lado, toda la cosmovisión hitleriana que iba muchísimo más allá de eso, porque era la creación del hombre nuevo basado en la pureza de la raza y en la eliminación de todas aquellas razas que no llenaran los requisitos que según Hitler debían tenerse para poder crear ese hombre nuevo que para él sólo tenía la pura y auténtica raza aria, y la eliminación sistemática y definitiva de

lo que para él eran los causantes de todos los males de la humanidad. En primer término los judíos, y en segundo lugar a los negros, gitanos y todas aquellas personas que estuvieran incapacitadas para representar al nuevo hombre que estaba surgiendo.

3. ¿Por qué Hitler se empeñó en invadir Polonia?

Bueno, él inclusive en el año 1938 ya había invadido Checoslovaquia, y cuando continúa con Polonia en 1939 es cuando realmente rompe las hostilidades y es cuando comienza la Segunda Guerra Mundial. Él se empeña en invadir Polonia, sencillamente porque tenía una sed expansionista gigantesca. No era solamente la cosmovisión de la eliminación de la raza judía, sino también la visión de una Alemania que fuera prácticamente invencible y que tuviera el control y el dominio de por lo menos toda Europa. Esto lo llevó a romper posteriormente el acuerdo que tenía de No Agresión con Stalin. Lo que comienza a cambiar, lo que en un principio se veía como un gigantesco, impredecible e imparable fuerza de ataque alemán fue: primero, el intento de tomar Rusia, que resultó un fracaso final con la famosa batalla de Stalingrado y aquel famoso invierno ruso que también ayudó al fracaso de esa invasión, e igualmente la que fue en 1941, y segundo, la presencia en la guerra, que hasta ese momento se había mantenido neutral, de Estados Unidos a raíz del ataque a Pearl Harbor de los japoneses que eran aliados de los alemanes. Entonces al efectuarse ese ataque de los Estados Unidos que es una potencia económica gigantesca capaz de producir en masa armamento y participar activamente en una guerra, va a empezar a cambiar el curso de los acontecimientos y a terminar produciendo cuatro años después la derrota definitiva de Alemania.

4. ¿Por qué a Italia le convenía estar aliada con Alemania?

No es que le convenía, sino que Mussolini y Hitler tenían muchos parecidos. De hecho muchos consideran a Hitler como el discípulo más aventajado de Mussolini. Hitler le tenía una gigantesca admiración a Mussolini, aunque él no participara en la cosmovisión de la raza de Hitler, pero sí en otras cosas eran sumamente

parecidos. En un gobierno sumamente autocrático y dictatorial, en la eliminación de todo tipo de disidencias, y en la creación del caos para imponer luego ellos el orden y hacerse aparecer ellos como los hombres firmes en una Europa que estaba en una crisis emergida. En eso Hitler siguió a Mussolini al pie de la letra en muchas ocasiones. Y no sólo eso, cuando Hitler era joven, le pide el autógrafo a Mussolini y éste se niega.

5. ¿En qué momento comienzan a celebrar en Europa la caída de Alemania?

Bastante antes, porque inclusiva la liberación de los campos de concentración alemanes ocurre en febrero, marzo, abril de 1945, y uno ocurre a finales de 1944. De forma que ya en el 44 el fin de la guerra estaba muy próximo, y prácticamente la cesación de hostilidad en mayo de 1945.

6. ¿Por qué Hitler no cumplió el Pacto de No agresión con Stalin?

Porque sus ansias expansionistas eran muy grandes y consideró que tenía la suficiente fuerza para dominar toda Europa, porque sus primeras acciones del primer año fueron una sucesión ininterrumpida de victorias que no parecía presagiar que Alemania pudiera ser contenida. Hitler pensó en consecuencia que con ese poder que estaba adquiriendo cada vez más grande de posesión, la ambición desmedida de expansión, lo deslució y trató a como diera lugar de adueñarse de la antigua Unión Soviética.

ENTREVISTA — RABINO BRENER

Fecha: 14/03/11

1. Algunas personas piensan que si Dios existiera no hubiera ocurrido el Holocausto. ¿Cuál es su opinión con respecto a esto?

Bueno, yo respeto la opinión de otros, si es que eso es lo que concluyen. Yo creo que los únicos que tienen el derecho de concluir eso son quienes pasaron por el Holocausto y sienten que Dios los abandonó. Pero quienes no pasaron por el Holocausto y utilizan esto como una razón para decir que Dios no existe no me cae tan bien. Para mí, personalmente, es un problema sin duda alguna, ¿en dónde estaba Dios en ese momento?, pero si uno compara el Holocausto con los desastres naturales, ¿cómo uno explica la furia de la naturaleza?, ¿qué culpa tiene el hombre frente a eso?, ¿por qué hay muertes en ese caso?

El hombre fue dotado con inteligencia, con libre albedrío, y son los desafíos y los retos lo que lo impulsan para estudiar, para conocer mejor la naturaleza, para conocerse mejor a sí mismo. Las enfermedades son un incentivo para conocer mejor el cuerpo humano y así conocer cómo se puede resistir mejor las enfermedades. Los fenómenos naturales muchas veces nos obligan a buscar medios para contrarrestar esos fenómenos. Por otro lado, los terremotos son necesarios para que la tierra se vaya consolidando. Nadie conoce por qué acontecen esos fenómenos, pero puede que sean parte de una estructura física de los planetas que requieren ciertos eventos que son catastróficos para quienes habitan el planeta, pero que para la salud del planeta a lo mejor son necesarios. Pero el ser humano fue dotado con inteligencia, de tal manera que él puede hacerle frente a muchas cosas y esos son incentivos para que vaya ampliando sus conocimientos y para que vaya creciendo intelectual y espiritualmente.

En el caso del Holocausto es más fácil porque, ¿quién fue el culpable del Holocausto?, no fue Dios, no fue la naturaleza, fueron otros seres humanos. Ése es el problema: la crueldad que hay en la especie humana. Eso quiere decir que tenemos que tomar consciencia de que tenemos mucho por hacer. Nosotros insistimos mucho en la parte material, pero deberíamos afilar nuestro intelecto hacia la salud emocional y espiritual de las personas. La culpa es de otros seres humanos, entonces es nuestra obligación como habitantes de este planeta de educar a toda la especie humana, a enseñar valores, a insistir sobre ellos, y sobre cualquier violación hay que reaccionar y no dejar que se vuelva algo común. Hitler no llegó de un día al otro, esas cosas no acontecen de un momento a otro. La humanidad está un poco viciada también, sólo que reacciona en ciertos momentos. Creo que son lecciones para la humanidad, lo que ocurrió en Alemania es un gran ejemplo para todos nosotros, así que no me quita a mí la fe en Dios. Claro, quisiera que Dios interviniera, pero entonces por otro lado no tendríamos el libre albedrío, la posibilidad de hacer lo que queremos y la gran gloria del ser humano. Nada es gratis en este mundo, ¿quieres libre albedrío?, bueno hay una responsabilidad por eso.

2. ¿Siente que desde el Holocausto el pueblo judío es más fuerte?

No tengo la menor duda. Por un lado hubiera preferido que no ocurriera, pero por otro lado estoy seguro de que no volverá a ocurrir algo similar. Quizás matarían a muchos judíos, pero muchos de ellos matarían a miles de los otros también. Ya no irían tan pasivamente, aunque no tuvieran armas. Porque nadie podía creer que durante el período del Holocausto lo podían matar a uno, ¿por qué?, ¿me van a llevar a una cámara de gas para matarme?, ¿qué he hecho yo? Pero ahora sabemos que sí es posible. Un sobreviviente dijo que él aprendió en el Holocausto que si una persona te apunta con una pistola para dispararte, debías creerle. Creo que fue una gran lección para toda la humanidad.

3. ¿Cree que la fe en Dios ayudó a muchas víctimas del Holocausto a sobrevivir y a poder seguir adelante?

Mira, hay quienes dicen lo siguiente: “para el creyente no hay preguntas y para el no creyente no hay respuestas”. El creyente ve la mano de Dios y el no creyente ve suerte o cualquier cosa. Uno siempre puede explicar las cosas de acuerdo con la hipótesis, al prisma que uno tiene delante. Yo he visto a personas que después de la Segunda Guerra Mundial reconfirmaron su fe y he visto a personas que negaron su fe porque dicen: “si Dios permitió eso, yo no creo”. Pero otros más bien vieron episodios que de alguna manera acentuaron su fe en Dios. Hay un dicho que dice: “si yo me veo bien a mí mismo, yo veo bien el mundo. Si yo tengo problemas internos, veo el mundo desde otro punto de vista”. Yo creo que en momentos de peligro, en momentos de inflexión, sale a relucir lo que realmente eres.

4. ¿Por qué cree que Hitler tenía tanto odio hacia los judíos?

Yo no puedo penetrar en la psique de Hitler, pero he visto que depende de la materia prima que uno tiene, y a veces salen a relucir sentimientos que uno tiene. Yo conocí a un gran rabino que dijo lo siguiente: “yo sé que soy malo, pero sé que yo puedo dominarme porque he estudiado la Torá y la tradición judía”. Entonces él sabía que vengarse no era lo correcto y, aunque tenía esa tendencia, él la podía dominar. Y el judaísmo lo que predica es que tú puedes sobreponerte a cualquier cosa, que tú eres el capitán de tu barco. Aunque hayas tenido miles de malas experiencias, tú puedes sobreponerte a eso. Pero también puede ser que la persona que tiene que luchar más, es la que puede escalar más. Las dificultades pueden ser el factor catalítico para que tú te desarrolles más.